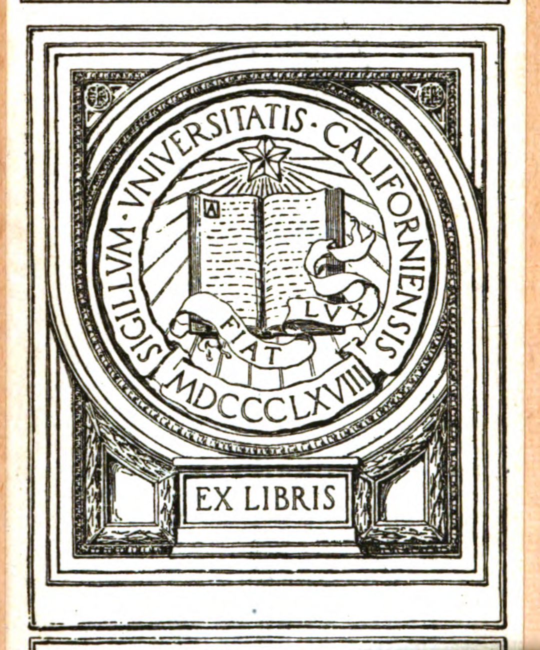



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

COLECCIÓN UNIVERSAL

J. W. Gœthe

LAS CUITAS DE WERTHER

MCMXIX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

J. W. GŒTHE

Las cuitas de Werther

NOVELA

Traducción de don José Mor de Fuentes. Revisada y corregida.



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

MADRID.—Imp. Clásica Española, Glorieta de Chamberí.

LAS CUITAS DE WERTHER *es una de las primeras grandes obras de Goethe. Publicóse en 1774. Tenía Goethe entonces veinticinco años. Hallábase en plena agitación romántica: entusiasmo por la poesía y el arte popular, Ossian y la épica griega, las catedrales góticas—Estrasburgo—la naturaleza viva, los arranques espontáneos y sublimes del alma, el odio y el desprecio a lo acompasado, regulado y frío, la aspiración vehemente a expresar con vigor y arrebato sentimientos hondos y arrolladores. Es la época de la literatura alemana que se conoce con el nombre de* «Sturm und Drang», *palabras que significan «tormenta y agitación», y expresan precisamente ese estado de ánimo desenfrenado, los impulsos de unos espíritus sensibles para quienes la suma verdad se halla en la suma espontaneidad.*

A esta misma época pertenece el drama «Goetz von Berlinchingen», 1773.

Pero ya en el Werther *se inician motivos característicos de otra fase del romanticismo, una actitud más abandonada, más melancólica y soñadora quizás, que activa y potente. Si en el drama de Goetz*

domina la tempestad de la acción, en cambio en el Werther *intensifícase la intimidad de la pasión doliente. La influencia que el* Werther *ha tenido en la literatura universal es extraordinaria. No precisa ponerla de manifiesto en concreto; además habría que citar a todos los poetas del romanticismo, desde Byron a Espronceda, pasando por Víctor Hugo, Vigny, Lamartine.*

Como todas las obras de Goethe, tiene el Werther *un fondo autobiográfico, personal. En 1772 residió Goethe en Wetzlar y conoció allí a Kestner, secretario de la Legación de Hannover. Era Kestner un joven instruído, inteligente, probo y reflexivo. Goethe conoció también a la novia de Kestner, llamada Carlota Buff, hija de un intendente de los bienes de la Orden teutónica, y se enamoró de ella. Falto de toda esperanza, y temeroso de sí mismo, Goethe se marchó súbitamente sin despedirse de sus amigos. Pocas semanas después, Kestner, en una carta a Goethe, le refirió la muerte de un amigo suyo que se había descerrajado un tiro en la cabeza, por contrariedades amorosas. Con estos elementos externos compónese el* Werther; *por dentro, con la sensibilidad exquisita de Goethe y sus íntimos afanes.*

La traducción que publicamos es la que, en 1835, dió a la estampa D. José Mor de Fuentes. A pesar de su estilo algo entonado, excesivamente conciso y casticista, tiene valor, porque ha sido hecha directamente del alemán, y porque su autor, hombre fino y sensible, ha sabido, en ocasiones, hallar la expresión justa y a la vez apasionada. La hemos revisado cui-

dadosamente y cotejado con el texto alemán. Algunas correcciones ha sido preciso introducir; muchas de ellas son rectificaciones de erratas y descuidos de la edición de 1835; otras son más importantes y remedian verdaderos errores en la inteligencia del texto.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Cuanto he podido rastrear acerca del cuitado Werther va aquí esmeradamente coordinado, y lo saco a luz contando con algún agradecimiento. Tras cierto embeleso y cariño para con su ingenio y su temple, no desdirán sollozos y lágrimas por su malogro.

Y tú, alma candorosa, acosada de iguales quebrantos, embalsámalos con sus cuitas; y haz de este librito el íntimo de tus entrañas, ya que, por estrella o culpa tuya, no aciertes a dar con otro más genialmente allegado.

LAS CUITAS DE WERTHER

LIBRO PRIMERO

4 de mayo de 1771.

¡Qué bien hallado estoy con mi ausencia! Amigo del alma, ¿qué viene a ser el corazón del hombre? ¡Dejarte amándote tantísimo, profesándome tu inseparable, y estar bien hallado!... Sé que me lo perdonas. ¿No fueron todos mis demás enlaces como entresacados a mano por el destino, para traspasar un pecho como el mio? ¡Ay de Leonor! Pero yo fuí inculpable con la desventurada. ¿Cabia en mi el hacerme cargo de que, mientras los primores altivos de su hermana me franqueaban un deporte placentero, labraba en su cuitado corazón tales pesares? Sin embargo, ¿soy en realidad tan inocente? ¿No estuve dando pábulo a su sensibilidad? ¿Y no he sido yo el fomentador de aquellos naturalisimos arranques, con los que, aun siendo tan ajenos de chanzoneta, solía movernos a risa? ¿No he sido yo?... ¿Y quién es el hombre que se lamenta de si mismo? Voy a enmendarme, y ya no más he de andar paladeando y rumiando los sinsabores que nos depara el des-

tino, como hasta ahora lo he estado haciendo; voy a disfrutar lo presente, y lo pasado, pasado. En verdad que tienes mil razones, mi querido; los quebrantos se aliviarían para los hombres... Dios sabrá allá por qué los hizo de tal encarnadura... si no dedicasen con tanto ahinco su fantasía a recapacitar desdichas ya pasadas, más bien que a avenirse con una actualidad tolerable.

Tendrás a bien manifestar a mi madre que su encargo queda ventajosamente desempeñado, como se lo noticiaré en breve. Hablé a la tia, que no es, ni por asomo, tan desencajada como nos habían pintado. Es una señora vivaracha y vehemente, pero de sanísimas entrañas. Expliquéle la desazón de mi madre acerca de la retención de su parte de herencia. Expúsome sus motivos, fundamentos y contratos, bajo los cuales se hallaba pronta a desprenderse de cuanto apeteciamos, y algún tantillo más. En suma: no me internaré en pormenores, y baste decir a mi madre que todo quedará corriente; y en este asuntillo, amigo del alma, acabo de palpar de nuevo que la desidia y las trabacuentas ocasionan en el mundo más desconciertos, que el antojo y la maldad. A lo menos, estos dos causantes no menudean tanto.

Por lo demás, me hallo en mis glorias. La soledad es el bálsamo eficacísimo en estos sitios elíseos, y la actual estación de la juventud, enardece y cuaja mi pecho palpitante. Cada árbol, cada mata es un ramillete, y quienquiera se trocara en mariposa, a trueque de revolotear por un piélago oloroso y de empaparse en aromas, por alimento.

El pueblo queda desairado, contrapuesto a sus contornos, que atesoran el sumo embeleso de la naturaleza. A impulso de su amenidad, el conde de M... colocó su jardín sobre uno de los oteros que con primorosa variedad se entroncan y van abrazando hermosísimos vallecillos. Su planta es sencillísima, y al primer asomo, se echa de ver que no fué un jardinero científico, sino un corazón sensible su inventor, para gozarse en él a sus anchuras. He derramado ya a redobles mis lágrimas al fallecido, en el desmoronado cenador, su sitio predilecto y el mío. Llevo camino de campear luego, a fuer de dueño, por sus enramadas; estoy bienquisto hace sólo dos días con el jardinero, y a fe que no ha de estar malhallado con mi intimidad.

10 de mayo.

Una bonanza asombrosa embarga todo mi espíritu, idéntica con la madrugada apacible de primavera, que paladeo hasta lo último de mis entrañas. Aquí solito me voy recreando con mi existencia, por sitios criados de intento para almas como la mía. Me hallo, mi siempre querido, tan venturoso, tan de extremo a extremo sumido en el regazo de mi plácido sosiego, que desfallece mi arte en tan sumo abandono. Nada he acertado aún a dibujar, ni siquiera una pincelada, y, sin embargo, jamás he venido a ser pintor tan grande como en este momento. Cuando la galana vega me inciensa, y el sol encumbrado baña el haz de la lobreguez impenetrable de mis arboledas, y tan sólo algún penado destello llega

a calar hasta el santuario, entonces me tiendo por el mullido césped, junto al arroyuelo despeñado, y en la inmediación al suelo, millares de yerbezuelas se me hacen reparables; cuando percibo de cerca en mi pecho, el torbellino de un mundo en miniatura, y entre los tallos, innumerables e inapeables hechuras de gusanillos y de mosquituelos, y me encarna la presencia del Todopoderoso que nos crió a su semejanza, con el ambiente del amor mismo, cuya perpetua oleada es todo holganza y alimento para nosotros... ¡Ay amigo!, cuando luego anochece para mis ojos, y tierra y cielo se agolpan allá sobre mi espíritu como la imagen del dueño idolatrado, entonces me echo menos a mi mismo, y recapacito: «¡Ah!, si acertases a expresar cumplidamente, si pudieses reanimar sobre el papel cuanto vive y arde en toda tu esencia, para que allí se espejase toda tu alma, como ésta se espeja en el sumo Criador!...» ¡Ay amigo!... Pero me ataja el desengaño, y rindo al poderío de todo un numen tanto embeleso.

12 de mayo.

Ignoro si espíritus hechiceros se andan solazando por estos sitios, o si mi acalorada y sobrehumana fantasía es la pobladora que, desde sus íntimos senos, brota en derredor paraísos. Tengo aquí delante un manantial, y manantial es donde resido, como Melusina con sus hermanas. Allí se explaya una loma en declive, y se arquea luego una enramada con más de veinte tramos bañados por la corriente cristalina que mana entre mármoles. La paredilla que

cerca el recinto, los grandiosos árboles que entoldan en torno, la frescura del sitio; todo este conjunto embelesa a un tiempo y desconsuela. Siéntome allí todos los días por espacio de una hora. Las muchachas del pueblo acuden por agua; quehacer tan inocente como indispensable, que en lo antiguo solían desempeñar infantas. Asáltanme sentado intensísimos recuerdos patriarcales, con aquello de que los mayores en las fuentes entablaban sus enlaces y festejos, y que por las fuentes y manantiales revolotean espíritus cariñosos. No habrá por cierto quien, tras el angustioso ejercicio del estío, se haya recreado con el fresco de una fuentecilla, y no se empape en idénticos pensamientos.

13 de mayo.

Pregúntasme si me devolverás los libritos... Amor mío, déjame en paz, por Dios Santo. No más arrobos, ímpetus ni acaloramientos, harto hierve de suyo mi corazón; arrullos quiero, y los hallo que rebosan en mi Homero. ¡Cuánto no halaga y adormece los arrebatos de mi sangre! Pues no has visto corazón más desigual, más alborotado que el mío. ¡Ay querido! ¿Necesitas que te lo noticie, a ti que cargaste y recargaste con el peso de explayarme en mis desconsuelos, y me has visto ir a parar de una melancolía halagüeña a congojas mortales? Haz cuenta que mi corazón es un niño enfermizo a quien hay que satisfacer todas sus voluntariedades. Callémoslo, porque hay gentes que harían caudal para zaherirme.

15 de mayo.

La gentecilla ínfima del pueblo me va conociendo, se encariña conmigo, y más los niños. Cuando, al principio, me les arrimaba para hacerles tal cual preguntilla amistosamente, se maliciaban algunos que trataba de mofarme, y se me desviaban desatentísimamente. No me enojaba por eso, haciéndome cargo con ahinco de lo que tengo muy reparado, a saber, que los sujetos de cierta jerarquía se soslayan con despego de la gente plebeya, teniendo a mengua su roce, al paso que los frívolos o majaderos se suelen hacer encontradizos para descollar y asaetar más y más con sus quijotadas a los desvalidos.

Me hago cargo de que ni somos iguales, ni podemos serlo; pero doy por sentado que quien conceptúa necesario alejarse de la plebe para lograr acatamientos es no menos reprensible que un cobarde, quien se retrae de un contrario, por zozobra de quedar avasallado.

Ha poco estuve en la fuente, y me encontré con una criada, que, puesto su cántaro en el ínfimo escalón, se desojaba en busca de alguna compañerilla que le ayudase a encaramarlo sobre su cabeza; acudí allá diciéndole: «¿Gusta usted que le ayude, muchacha?» Sonrojóse toda y exclamó: «No, por Dios, caballero.» «Con mil amores»—le repliqué—. Alzó su vasija, ayudéla, me dió las gracias, y marchóse.

17 de mayo.

Cuento con toda especie de conocidos, con ningún compañero. No caigo en cuál puede ser mi género de atractivo para con los hombres; acuden a mí tantos y están todos tan pendientes de mí, que me apura no poder ir con ellos mucho rato. Cuando me preguntas cómo son aquí las gentes, no puedo menos de responderte que al par de dondequiera. Asoma siempre cierta uniformidad en el linaje humano. Los más se afanan la mayor parte del tiempo para vivir; y aquella porción de ensanche que les cupo, se desalan tras todos los medios asequibles para malograrla. ¡Tal es el signo del hombre!

La gente es llana y corriente. Cuando a veces me desentiendo de mí mismo, disfruto las holganzas que todavía se reservan los hombres, y en una mesa aseada se chancean sin rebozo ni zozobra, disponen oportuna y acertadamente un día de campo, un bailecillo u otro desahogo semejante, me prueba todo a las mil maravillas; pero tengo que ir encubriendo otros registros que se inutilizan y enmohecen con su ningún ejercicio. ¡Ay cómo esta opresión ahoga las entrañas! Y todavía nuestra suerte es vivir siempre mal avenidos.

¡Ah, la íntima de mis mocedades feneció! ¡Ah! ¿Por qué la he conocido?... Debiera decirme: «eres un mentecato, buscas lo que no has de hallar.» Pero yo la he tratado, y hermanándome con aquel espíritu grandioso y descollante, en cuya presencia pa-

reciame ser yo más de lo que era, por cuanto era todo lo que ser podía. ¡Dios mío! ¿Holgaba entonces una sola facultad de mi alma? ¿Con ella no me era obvio el desentrañar aquella sensibilidad asombrosa con que abarca mi pecho la naturaleza entera? ¿No era nuestro trato un entretejido perpetuo de arranques recónditos y de agudísimas aprensiones, cuyo temple tosco o selecto llevaba en sus extremos el sello del numen?... ¡Ah! ¡Me aventajaba en años, y se me anticipó al sepulcro! No la olvidaré, ni mucho menos su sólido tino y su sobrehumano sufrimiento.

Hace poco me encontré con un joven, B..., mozalbete desenvuelto, de aventajada estampa, recién desembarcado de la Academia, y aunque no se conceptúa ya sabio, se sobrepone, desde luego, en saber a los demás. Se estudió conmigo, según mi cuenta, y en suma está adelantadillo. Sabedor de que yo era dibujante y helenista (fenómenos ambos en el país), se vino para mí, y desembuchó a mares su erudición, desde Batteux a Wood, desde Piles a Winkelman, y me espetó que se había mamado muy por entero la primera parte de la Teoría de Sulzer, y que atesoraba un manuscrito de Heyne sobre el estudio del antiguo. Todo me pareció de perlas

También se me ha deparado el trato del apoderado del príncipe, sujeto excelente, sano y naturalísimo. Cuentan que es una gloria el verle embullado con sus hijitos, que son hasta nueve, descollando entre todos sobremanera su niña mayor. Me ha brindado con su casa, y voy un día de éstos a visitarle. Habita como a legua y media de aquí, en la

quinta o cazadero del príncipe, cuyo permiso ha obtenido, por cuanto la mansión en la ciudad y la mayordomía se le hace, después del fallecimiento de su consorte, dolorosísima.

Se tropieza también a cada paso con otros entes mohosos que son el mismo empalago, y sobre todo se hacen intolerables por sus agasajos.

Pásalo bien; la cartita no puede menos de halagarte el paladar, por ser toda histórica.

22 de mayo.

Que la vida humana se reduce a un sueño, es allá especie que se ha ofrecido a varios, y que yo traigo clavada en mis entrañas. Al ver el coto donde se encarcelan tantas facultades activas y desaladas del hombre; al ver el sumo ahinco con que se aferra en acudir a las urgencias atenidas únicamente a ir alargando nuestra lastimosa existencia, y luego que el logro de ciertos afanes viene a ser una soñada conformidad para ir salpicando con floridos matices y perspectivas voladoras la cerca que nos empareda... todo esto, Guillermo, me enmudece. Me interno en mí mismo, y hallo un mundo, todo corazonadas y lóbregos anhelos, sin facultades consistentes y ejecutivas. Todo entonces se bambolea ante mis potencias, y pára en fin, en risa, mi largo sueño.

En que los niños lo apetecen todo a ciegas están acordes dómines y palaciegos; pero que también los adultos, al par de los niños, van dando traspiés por este globo, sin saber de dónde vienen, adónde van, sin tino, y manejados con bizcochitos, meren-

gues y palmetas, en esto nadie apenas cae; aunque en mi dictamen es de suyo tan de bulto y tan palpable...

Ya me estás diciendo, que precisamente los venturosos vienen a ser cuantos, así como los niños, se atienen al dia y vida, andan paseando su muñequilla, van y vienen, y con sumo acatamiento, colgados del cajón donde mamá guarda las golosinas, en saliendo con su intento, mascan a dos carrillos y claman por más... ¡Venturosos individuos, como también los que dan a sus fruslerías o arranques dictados positivos, y los pregonan como heroicidades dedicadas a la salud y prosperidad del género humano! Si es así, contento. Pero quien se hace cargo en su sosiego del raudal de los acontecimientos, y echa de ver con cuanto primor cada cual ensalza su huertecillo en paraíso, cómo se despereza el desventurado para gatear con su carga, y cuánto se afanan todos por gozar un instante más la luz del sol... aquél se dilata, se labra un mundo para sí, y se da por dichoso sólo con ser hombre. Mas, por emparedado que yazga, abriga siempre en sus entrañas el halagüeño arranque de su independencia, bajo el concepto de poder escalar la cárcel a su albedrío.

26 de mayo.

Sabes mi maña inveterada de establecerme en dondequiera, plantear en sitio adecuado mi choza y hospedarme allí en mi estrechez; y háseme deparado aquí un rinconcillo a medida de mi anhelo.

Como a una legua del pueblo se tiende una cam-

piña llamada de Wahlheim (1). El asiento sobre una loma es peregrino, y en remontándose sobre el sendero de la quinta se otea de cuajo el valle. Una bondadosa huéspeda, placentera y lozana en medio de su edad, proporciona vino, cerveza y café; y ante todo hay dos tilos, cuyo extendido ramaje entolda la plazuela de la iglesia, cercada de casillas, pajares y corrales. En este sitio, cual en ninguno, vivo a mis solas y a mis anchuras, me hago traer asiento y mesa de la hostería, tomo mi café y me estoy leyendo mi Homero. La primera vez que en una hermosa siesta vine, por casualidad, a pasar a mis tilos, hallélos solitarios. El vecindario estaba en el campo; y un niño, como de cuatro años, sentadito en el suelo, tenía a otro de algún año y medio entre sus piernecillas, afianzándolo con ambos brazos contra su pecho, de modo que venía a servirle como de asiento, y fuera del despejo de sus miradas se mantenía inmóvil. Flechóme aquella vista, me acomodé sobre un arado que estaba al frente, y me dediqué con ahinco a dibujar el hermanal grupillo. Añadile una cerca, la puerta de una granja, una rueda de carro quebrado, que caía por la misma línea, y en el espacio de una hora me encontré con un dibujo arregladito y peregrino, sin el menor aumento de mi propio caudal. Me ratifico en mi propósito de atenerme en lo sucesivo a la naturaleza pura. Infinita

(1) Excusado es el que el lector se afane en busca del sitio, pues ha sido forzoso alterar los nombres hallados en el original.



es su riqueza, y ella sola es quien hace grande al artista. Expláyense cuanto quieran sobre la ventaja de las reglas, que allá se va con las alabanzas de todo enlace social; quien rasguea a su albedrío no abortará lo estragado y mohoso; como el que se conforma con las leyes y el decoro no será un vecino incómodo ni un malvado odioso; por el contrario, las reglas, digan cuanto quieran, dan al través con los legítimos arranques y la acertada expresión de la naturaleza. Dirás que esto se pasa de raya; ciñámoslo, despampanemos el follaje de la vid, etc. Amigo de mis entrañas, ¿hemos de acudir a un símil? Sucede aquí lo que con el amor. Un galán primerito, clavado en pos de una muchacha, rendido a toda hora, extrema sus alcances y atosiga sus potencias para estarle sin cesar evidenciando que es todo suyo. Asoma un don Severo, un empleado público, y le dice: «Caballerito, el amar es muy de hombres, pero aun amando se ha de ser hombre. Hay que repartir las horas, y las que sobren del trabajo dedíquense placenteramente a la Clori. Ajustar sus cuentas, y del sobrante, ¿quién quita que se le hagan sus regalos, ya para sus cumpleaños, ya para sus dias, etc...?» Sigue el consejo; lábrase un mozo de provecho, y aun estimularía yo a un príncipe para que lo colocase en algún colegio. Pero... adiós cariño, y si es artista, voló su arte. ¡Ay amigo! ¿Por qué el numen escasea asi sus raudales, sus hervideros y el ímpetu arrollador de sus avenidas?... Querido mío, allá se apoltronan señorones por ambos ribadizos, cuyos pensiles, alfombras de tulipanes y

praderas irían al través, si no acudiesen tempranito con espaldones y resguardos al amago del gran peligro.

27 de mayo.

Ya veo que, engolfado con mis vuelcos, símiles y declamaciones, se me trascordó el relatarte el paradero de los niños. Empapado todo en mi ejercicio pintoresco, cuyo pliego de ayer tienes ahí tan malparado, seguí en mi asiento del arado cumplidas dos horas. Hacia la tarde, una joven se abalanzó a los niños siempre inmóviles, con un cesto al brazo, voceando de lejos: «¡Buen muchacho, Felipe!» Me saludó, le correspondí; levantéme, fuíme acercando, y le pregunté si los niños eran suyos. Respondióme que sí, alargando al mayorcillo un bollo, y besando al pequeñuelo con los extremos del cariño maternal. «Entregué—dijo—a mi Felipe esta criatura, y he ido con el mayor al pueblo, en busca de pan blanco, azúcar y una olla de tierra»; todo lo cual aparecía en el cesto, cuya cubierta se había caído. «Voy a cocer una sopita para la noche a mi Juanillo, el menorcito; el malvado del mayor me quebró ayer la olla peleándose con Felipe por un bollo.» Pregunté por el mayor, y no bien me había dicho que andaba por el prado tras un par de ánsares, cuando de un brinco se aparece él mismo, con una varilla de avellano para el segundo. Seguí conversando con la mujer, y supe que era hija del maestro de niños, que su marido estaba en Suiza, tras la herencia de un primo. «Le han estado engañando —añadió—sin contestarle a ninguna de sus cartas,

y, por tanto, ha tenido que acudir en persona. Ojalá no haya padecido algún tropiezo, pues me hallo sin noticias suyas.» Se me iba haciendo violento el desprenderme de su lado, di a cada niño una moneda, y aun para el pequeñuelo entregué también la suya a la madre, con el encargo de traerle un bollo cuando fuese al pueblo, y nos separamos.

Sábete, alma mía, que si no acierto a enfrenar los disparos de mis potencias, amaina al menos todo su alboroto al contemplar criaturas, cuyo bienaventurado sosiego se mece en el cerco estrecho que le cupo, se va sosteniendo de día en día, y, presenciando la caída de la hoja, nada recapacita, sino que sobreviene el invierno.

Abundo ya por aquel sitio, y están los niños tan avezados conmigo, que, al tomar café, me piden azúcar, y, por la tarde, parten conmigo sus mantequillas y su cuajada. El domingo cuentan con mis monedas, y cuando no acudo sobre las vísperas, la patrona hace mis veces.

Se franquean conmigo, me lo cuentan todo, y, en especial, me embelesan con sus arranques y sus desaliñados repentes de privanza, cuando se agolpan otros niños de la aldea.

No he tenido poco que hacer en desengañar a la madre de su aprensión «de que pudieran desazonar al señor».

30 de mayo.

Cuanto dije últimamente acerca de la pintura, cuadra por puntos a la poesía. Basta alcanzar lo excelente, arrojarse a expresarlo, y, en verdad, ahí se

cifra todo. Se me ha rodeado hoy un lance, cuya descripción vendría a ser un lindísimo idilio. Pero, ¿a qué es poesía, lance ni idilio? ¿Desmerecerá el asunto en rasguearlo naturalísimamente?

Si, tras este exordio, cuentas con encumbrados primores, te equivocas de medio a medio; todo se reduce a un campesino encariñado con estos extremos entrañables. No acertaré, como acostumbro, a referirlo a derechas, y tú supongo harás de las tuyas conceptuándome recargado. Se vuelve a tratar de Wahlheim; y siempre es Wahlheim, donde brotan estas preciosidades.

Hubo concurrencia a tomar café en los tilos, y como me congeniaba poco, me desvié con un pretexto.

Salió un mozo de la casa inmediata y se puso a habilitar el arado del dibujo. Me gustó su traza, entablamos coloquio, me informé de sus circunstancias, nos dimos pronto a conocer, y, como suele sucederme con los de su clase, quedamos corrientes. Me refirió que estaba sirviendo a una viuda, y bien hallado en la casa. Me habló tan largamente de la dueña, y con tales alabanzas, que luego eché de ver que era todo suyo en cuerpo y alma. «No es ya joven—dijo—, ha vivido atropellada por su difunto y no quiere más desposorios.» Y en su relación descollaba el atractivo y aun hermosura que todavía conservaba para él, cuanto anhelaba ser su marido, para hacerle borrar todo recuerdo de las demasías del anterior, que debiera yo repetirte por ápices sus expresiones, para retratarte al vivo el acendrado

cariño y la pasión leal que se le estaba viendo. Con efecto, se requeriría estar dotado de esclarecido numen poético, para expresar el brío de su ademán, la melodía de su habla y el ardor entrañable que despedían sus intensísimas miradas. No pronunció en palabra alguna la ternura, que rebosaba en toda su estampa y expresión, y pobrea cuanto intento manifestarte. Me enterneció especialmente con su zozobra de que pudiera yo maliciar siniestramente algún proceder impropio con ella, y dudar de su leal desempeño. ¡Cómo me traspasaba al hablarme de su estampa y gallardía, en medio de carecer de lozanía juvenil, que le tenían prendado y rendido, en términos que sólo cabe recordar en mis íntimas entrañas! Jamás vi tal raudal de disparados, fogosos e insaciables anhelos, en tal grado de pureza, y, añado, de pureza ni ideada ni soñada. No me zahieras si te manifiesto que el recuerdo de tanta inocencia y veracidad me enardece el alma toda, que la imagen de tanta lealtad y ternura me acosa sin cesar, y aun me caldea, me sofoca y me acongoja.

Voy en busca de la señora, quiero verla... Pero más bien, si estoy en mi acuerdo, voy a sortearla. Más acertado será verla por los ojos del amante; quizá no se aparecerá tal a los míos, como ahora la estoy viendo. Y, ¿a qué fin ajar su imagen?

16 de junio.

¿Por qué no te escribo?, me estás preguntando, y ¿eres del gremio erudito? Debieras adivinar que lo paso bien, y por cierto... En suma: acabo de enta-

blar un conocimiento que se va encarnando por mis entrañas. Acabo... no acierto.

Para proceder por partes, cómo se ha rodeado el tropezar con este primor de los primores, es ardua empresa. Estoy en todas mis glorias, y, por tanto, soy un historiador torpísimo.

¡Un ángel!... ¡ay! cada cual apellida así a su dueño del alma; ¿no es lo que sucede? No alcanzo, sin embargo, a descifrarte cuán cabal es, y en qué y cómo; ello es que embargó todas mis potencias.

Tan sumamente sencilla y despejada, tan cariñosa y tan formal, tan sosegada de temple, siendo la misma travesura y la propia actividad...

Un chapuz, un mamarracho, es lo que rasgueo; dictados campanudos que ni un asomo expresan. Otro día...; no, otro día, no; ahora mismo te lo voy a referir. Si no lo hago ahora, no lo hago nunca. Acá para nosotros, desde que me he puesto a escribir, tres veces he tenido impulsos de soltar la pluma, mandar ensillar el caballo y dar por ahí mi carrera. Sin embargo, me juramenté desde la madrugada para no cabalgar, y, entretanto, me estoy pormomentos asomando para ver a qué altura está ya el sol.

No puedo conmigo; tengo que ir a ella. Al punto estoy de vuelta, Guillermo. Cenaré mi manteca y te escribiré. ¡Qué regalo es para mi alma el verla acaudillando los traviesos y donosos niños, sus ocho hermanillos!...

Si yo continuase así, vendrías al fin a quedar tan enterado como al principio. Oye, pues, voy a violentarme explayándome en mis pormenores.

Ya te noticié cómo había entablado trato con el apoderado S..., quien me instaba para visitarle en su ermita, o, más bien, en su reinecillo. Lo iba dilatando, y quizá no se realizara, a no haberme descubierto el acaso la preciosidad que atesoran estas apacibles campiñas.

Nuestros mozalbetes habían dispuesto en el campo un baile, a que asistí gustoso. Me brindé por pareja a una bondadosa, agraciada, pero sosísima señorita del país, y quedamos apalabrados en tomar yo un carruaje y acudir con mi bailarina y su tía, al paraje de la función, recibiendo al paso a Carlota S... «Va usted a conocer una linda señorita—me dijo la compañera—; tenemos que ir atravesando el bosque desmochado para llegar a la quinta.» «Sobre todo—dijo la tía—no hay que dejarse flechar.» «¿Y por qué?»—dije—. «Porque está apalabrada—me contestó—con un excelente sujeto que se halla de viaje para el arreglo de sus negocios, por haber muerto el padre, y tener que agenciarse un cuantioso establecimiento.» El aviso me pasó de largo.

Habría aún cuatro horas de sol, cuando llegamos a la puerta. El ambiente estaba bochornoso y las damas se explicaban con zozobra de tormenta, por los nubarrones pardos y lóbregos que se iban encastillando por los aires. Yo trampeaba sus temores, aparentando anuncios favorables, a pesar de mi corazonada de que iba a aguarse nuestro recreo.

Habíame yo apeado, cuando asomó a la puerta una muchacha pidiéndonos que nos aguardásemos un poquillo, pues la señorita Carlota venía al mo-

mento. Atravesé la entrada de la suntuosa casa, trepé por la gradería que luego se presenta, y, al asomar a la puerta, presencié el cuadro más primoroso que jamás habia visto. En la antesala revoloteaban hasta seis niños de dos a once años en torno de una muchacha de linda estampa y de mediana estatura, vestida de blanco, sencillamente, con lazos rojizos en las mangas y al pecho. Tenía en la mano una hogaza morena, e iba cortando para los niños del derredor a cada cual su rebanada, a proporción de la edad y del apetito, tan cariñosamente, que todos le voceaban de corazón sus gracias, alargando todos sus manecitas en alto, hasta despacharles sus tajadas, y ufanos luego con su pitanza de cena, ya se iban brincando, ya los de temple más apacible llegando hasta la puerta del atrio para hacerse cargo de los forasteros y del carruaje donde se habia de ir Carlota. «Habrán ustedes de disimular—dijo ésta—la mala obra que se les sigue tanto a usted como a las damas, de tenerlos ahí esperando. Además de las disposiciones y el arreglo de la casa en mi ausencia, se me había trascordado el reparto a los niños, quienes no quieren recibir el pan de su cena sino de mi mano.» Contestéle con un cumplido cualquiera. Toda mi alma estaba clavada en su acento, su estampa, su porte, cuando pude rehacerme de mi sobrecogimiento, mientras corrió para su cuarto en busca de los guantes y del abanico. Los niños me miraban de reojo con cierto desvío, y me arrojé al menorcillo, que era lindísimo. Iba huyendo, al punto que asomó Carlota a la puerta y le dijo:

«Luis, dale la mano al caballero primo.» Con esto el niño se despojó, y no pude menos de besarlo redobladamente, a pesar de sus desaseadas naricillas. «¡Primo!—exclamé—mientras le daba la mano, ¿me conceptúa usted acreedor a la dicha de ser su pariente?» «¡Oh!—me contestó con una sonrisa traviesa—, nuestro primazgo es muy largo y tendido, y me daría lástima el que fuese usted de los menos allegados.» Andando, dió a Sofía, su inmediata, niña como de once años, el encargo de estar a la mira de los niños y saludar al padre cuando volviese de su paseo a caballo. Amonestó a los niños que obedeciesen a Sofía como a ella misma, y así lo ofrecieron algunos expresamente. Pero una rubilla de seis años, toda entonadita, exclamó: «¡Conque no estarás, Carlota! Mejor nos hallamos contigo.» Los dos mayorcillos se habían ya encaramado en el carruaje, y, a mis instancias, les permitió acompañarnos hasta el extremo del bosque, ofreciendo ellos no enredar y portarse con juicio.

Apenas estuvimos corrientes, las damas se cumplimentaron mutuamente sobre su porte, explayándose ante todo acerca de los sombreros, dando su pasada oportuna a los concurrentes, cuando Carlota mandó parar el coche para que se apeasen los hermanillos, quienes quisieron besarle de nuevo la mano, el mayor con sumo ahinco, siendo de unos quince años, y el menor con mucho arrebato y despejo. Saludólos y seguimos nuestra carrera.

Preguntóle la tía si había despachado ya el librito que últimamente le había remitido. «No por

cierto —respondió Carlota—, porque no me gusta; así puede usted recogerlo, y a fe que el anterior allá se iba.» Manifesté mi extrañeza, y le pregunté qué especie de libros eran, y me contestó (1)... Hallé tanto tino en cuanto dijo, y vi en cada palabra nuevos primores, nuevos destellos del alma que brota por su semblante, y que luego se fué complaciendo en explayarlos, hecha cargo de que yo los calaba por puntos.

«Cuando yo era más niña—añadió—me desvivía por las novelas. Sabe Dios cómo estaba en mis glorias cuando los domingos, arrinconadita, me empapaba con toda el alma en las dichas o fracasos de una Juanita, o lo que fuere. Confieso que este género literario aun tiene para mí atractivo. Pero ya que escasee mi lectura, ha de ser de mi paladar; y aquel autor se me hace más apreciable, con el cual me hallo entre los míos, con los cuales sucede lo que conmigo, y cuya historia me es tan amena y entrañable como mi vida íntima, en la cual, si no hallo un paraiso, es en suma un manantial de indecibles logros.»

Me ahinqué en encubrir mi conmoción tras estas expresiones. El vaivén fué breve, pues la oí hablar con propiedad, y como de paso, del cura de Wake-

(1) Consideramos preciso el cercenar este paso, para no causar malos ratos a nadie; aunque, en suma, los autores no debieran hacer gran caudal del fallo de una niña aislada o de un hombrecillo novel.



field, de (1) ...; estuve fuera de mi, dije cuanto sabía, y entonces eché de ver que Carlota se encaraba con los demás, quienes todo el rato estuvieron con los ojos desencajados, como si no vinieran con nosotros. La tía me estuvo mirando, con un frunci-miento burlón, que no hacía hincapié conmigo.

Se rodeó la conversación del recreo del baile. «Si esta afición es culpable—dijo Carlota—, confieso a ustedes que estoy loca por el baile; y cuando me encalabrino con alguna especie, me siento al piano, y en redoblando una contradanza, quedo corriente.»

¡Cómo, mientras hablaba, se estaba apacentando mi ánimo en sus negrísimos ojos! ¡Cómo sus encendidos labios y sus frescas y lozanas mejillas embargaban toda mi alma! Y ¡cómo, absorto en su discreción soberana, ni siquiera oía las voces con que las expresaba!... A bien que ya tienes antecedentes, porque te consta esta mi maña. En suma, me apeé del carruaje, como entre sueños, al llegar al sitio aplazado, y seguía tan dormido en medio de tanta brillantez, que apenas percibí el eco de la orquesta que desde la sala iluminada nos bajaba al encuentro.

Los dos caballeros, Audran y cierto N. N., eran las parejas de la tía y de Carlota; nos recibieron a la portezuela, cargaron con sus damas, y yo conduje la mía escalera arriba.

(1) Se han omitido aquí también los nombres de autores nacionales. Hicieran el caso que quisieran del concepto de Carlota, siempre les desazonaría el hallarlo en este sitio; y luego ninguna falta les hace este conocimiento.



Nos fuimos entreteniendo con minuetos; fuí sacando una dama tras otra, y siempre las más zompas eran las más tardías en dar la mano y acabar la danza. Carlota y su pareja pusieron una contradanza, y ya te puedes figurar cuán de perlas me vino el tener yo que hacer frente con ella en el arranque. Hay que verla bailar. Ello es que todo su corazón y toda su alma están allí concentrados. Su cuerpo armónico, sin afán, sin estudio, como si fuese propiedad nacida y ajena de su noticia, campea y se desentiende en aquel punto de cuanto existe.

Pedíle la segunda contradanza; me ofreció la tercera, y con el despejo y el donaire del mundo me manifestó que bailaría, con mil amores, una alemanda. «Es aquí estilo, añadió, que cada pareja sigue inseparable para la alemanda, y como mi compañero no acierta a valsar, me agradece el que le descargue de este empeño; la pareja de usted, ni sabe, ni puede tampoco, y he visto en la contradanza que usted valsa maestramente; si usted quiere acompañarme en la alemanda, puede usted ir a recabarlo de mi pareja, que yo haré otro tanto con la de usted». Le di la mano, y quedó arreglado que su pareja se dedicase a divertir a la mía.

Salimos, y nos estuvimos un rato entreteniendo con redoblados enlaces y desenlaces de brazos. ¡Con qué primor! ¡Con qué agilidad se movía! Nos abalanzamos a valsar, y como al pronto el cerco era desahogado, nos explayamos con ensanche; pero luego, habiéndose estrechado, nos dimos un encon-

troncillo de traspiés. Nos fuimos ajuiciando y amainando con nuestra furia; y como los torpes iban franqueando el recinto, entramos de nuevo, y nos arrebatamos con otra pareja, Audran y su compañera. Nunca fuí tan al vuelo ni tan cabal... Dejé de ser hombre. Tener en mis brazos beldad tan peregrina, girar con la rapidez de un torbellino, que arrebata cuanto le rodea y... Guillermo, a fe de mi pundonor, llegué a jurar que una idolatrada mía no valsaría sino conmigo, y a medida de mi albedrío... Ya me entiendes.

Dimos algunas vueltas por la sala para desfogarnos. Sentóse, y las naranjas que traje conmigo, y eran ya las únicas y postreras, surtieron un efecto asombroso; pero cada cachito que madama, por atención, iba repartiendo a sus descomedidas vecinas, era un puñal que me traspasaba las entrañas.

En la tercera contradanza fuimos la segunda pareja. Mientras las corríamos todas, y Dios sabe con cuán sumo embeleso, me colgaba de sus brazos y de sus ojos, como que era para mí la gloria de las glorias, una dama interesante por la traza, aunque ya fuera de su florida lozanía, miraba sonriéndose a Carlota, y enarbolando un dedillo amenazador, entonó por dos veces el nombre de Alberto, allá al paso, y con cierto retintín.

«Y ¿quién es ese Alberto—dije a Carlota—, si es que no raya la preguntilla en desacato?»—Iba a contestarme, cuando tuvimos que desviarnos para la cadena, y al encararnos de nuevo, se me figuró que asomaba alguna cavilación en su semblante.

«Nada de embustes—me contestó—al darle la mano para hacer el paseo—; Alberto es un honradísimo sujeto, con quien estoy nada menos que apalabrada.» No me pudo coger de nuevo la especie, pues me la habían noticiado las compañeras en el camino, y sin embargo, me sobrecogió sobremanera; por cuanto en mi embeleso de aquel rato se me había trascordado de todo punto el aviso. En suma, me trastorné; y ya fuera de tino, me embrollé con la pareja zompa, que a ciegas se disparaba de arriba y abajo, y se requirió toda la frescura de Carlota para entonarnos con sus empujes y tirones.

En medio del bailoteo, las llamaradas que centelleaban en la lejanía, relampaguearon encima con redobles, y los truenos retumbaron sobre la orquesta, a pesar de todos mis anuncios. Tres señoras, con sus caballeros, se nos habían desertado; siguióse un desconcierto general, y enmudeció la orquesta. Es muy natural que todo fracaso, acaecido en medio de un regocijo, nos encarne más que en otras circunstancias; ya por la contraposición que tan intensamente nos lastima, o ya, principalmente, porque nuestra sensibilidad, desenvuelta y patente, se impresiona más al vivo con las novedades. A esta causa atribuyo cuantos aspavientos extremaron las más de nuestras damas. La menos asombradiza se arrinconó, de espaldas a la ventana, tapándose los oídos; otra se arrodilló, ante cualquiera, para encubrir su cabeza con las faldas. Otra tercera, se embutía entre dos compañeritas y las abrazaba, hecha un mar de lágrimas. Unas querían volver a casa;

otras, todavia más fuera de sí, ni aun conservaban entereza para rechazar la travesura de nuestros perillanes, que acudían ansiosos a los labios de las hermosuras angustiadas, para coger las plegarias que estaban exhalando al cielo. Algunos de los caballeros se marcharon abajo para fumar la pipa a sus anchuras, y a los demás nada se les ofrecía, cuando la huéspeda tuvo la acertada ocurrencia de encaminarnos a una estancia con ventanas y persianas. No bien habiamos entrado, cuando Carlota fué formando un cerco de sillas, y habiéndose todos sentado a su instancia, entabló un juego.

Fuí reparando a varias que, al eco de una prendecilla chabacana, fruncían ya sus labios, y como se desperezaban, «jugamos por números—dijo la jefa—¡atención!—Sigo el cerco de derecha a izquierda, y todos han de ir contando, cada cual según el número que le quepa, hasta mil, con el bien entendido, que quien vacile o se equivoque, lleva un sopapo». Todos nos pusimos alerta, y fué dando vueltas al círculo con los brazos abiertos. El primero, por supuesto, era uno; el segundo, dos; el tercero, tres, y asi de los demás. Empezó luego la función; apresurándose más y más por puntos... Se descuidaba uno, zás, bofetón; grandes risadas; al siguiente, zás, y siempre redoblando. También a mí me cupo mi par de sopapos, y allá, en mis adentros, me sirvió de complacencia el reparar que me había descargado más recio que a los demás. Una carcajada y alboroto general acabó con el juego, antes que se acabalase el millar. Los íntimos se fueron de

nuevo emparejando; había abonanzado el temporal, yo me volví tras Carlota a la sala. Díjome en el camino:—«Con el revesillo, fué a volar para usted tormenta y todo.» No acerté a contestarle. «Yo era—continuó—la más despavorida, y traté de mostrarme animosa, para infundir aliento a los demás, y apropiármelo también.»—Nos asomamos; tronaba en la lejanía, y una lluvia magnífica resonaba por la campiña, mientras un aroma vivificante cuajaba con precioso temple el ambiente. Con la mano en la mejilla, tendía Carlota sus miradas por el horizonte y por el firmamento, parando últimamente en mí. Vi sus ojos llorosos, puso su mano sobre la mía, y exclamó: «¡Klopstock!» Recordé al punto la grandiosa oda que la embargaba, y mis impulsos se armaron con el raudal que su espíritu volcaba sobre el mío: y, sin poder resistirlo, me incliné sobre su mano, y se la besé, entre lágrimas de alborozo. Le clavé de nuevo la vista... ¡Prenda del alma, si vieses cómo te endiosabas en estas miradas! ¡Así no oyese yo a nadie profanar ya tu augusto nombre!

19 de junio.

No sé adónde llegaba con mi relación; lo que sí tengo muy presente es que me acosté a las dos de la madrugada, y que si en vez de escribir, te lo chacharease de viva voz, quizá durara la relación hasta entrado el día.

No te he referido, ni estoy muy para ello, la retirada del baile.

El amanecer fué magnífico. Gotea[1] .. el bosque, la campiña exhalaba fresco, y las compañeritas se iban

adormeciendo. Preguntóme Carlota si quería yo también dormir, que por ella no me preocupase. «Mientras vea esos ojos abiertos —le contesté mirándola con ahinco—no hay peligro de modorra.»—Nos apeamos entrambos hasta la misma puerta, donde acudió, quedito, su muchacha, y le informó, por sus preguntas, que padre y niños seguían sin novedad, durmiendo todavía. Al dejarla, le supliqué me permitiese visitarla aquel mismo día; quedó conforme, y estoy de vuelta. Desde entonces, ya pueden el sol, la luna y los astros, desempeñar apaciblemente su giro, yo no sé si es de día o de noche, y el universo entero se sumió en derredor de mí.

21 de junio.

Estoy viviendo días tan dichosos, como los que reparte el Altísimo a sus bienaventurados; y sucédame lo que quiera, no seré yo quien diga que no he disfrutado los logros, los más acendrados logros de la vida... Ya sabes, mi Wahlheim; de allí media menos de una horita hasta Carlota; allí me gozo conmigo mismo, y paladeo cuanta dicha cabe en el hombre.

¡Quién soñara, al recoger Wahlheim por término de mis paseos, que estuviese tan inmediato a mi cielo! ¡Cuántas veces he visto la quinta, ahora centro de todos mis anhelos, allá en mis lejanas andanzas, ya desde una cumbre, ya desde la vega por allende el río!

Amiguísimo Guillermo, no ceso de recapacitar ese afán de los hombres por esparcirse y vagar en pos

de nuevos descubrimientos, y al mismo tiempo ese intimo impulso de ceñirse gustosamente a su coto, atenerse al carril de la costumbre, y arrostrar a diestro y siniestro las ocurrencias.

Es asombroso: venir aqui, otear desde la montañuela esa amenisima vega`que en torno me embelesaba... allá la arboleda... ¡Ah, si pudieras emboscarte por sus sombras!... Acullá el picacho de la sierra... ¡Ah, si pudieras tú señorear desde allí la anchurosa campiña .. el entronque de las eminencias y los encajonados valles!... ¡Asi pudiera trasponerme por ellos!... Apresuréme, volvi, y eché de menos cuanto anhelaba. Sucede con la distancia lo que con el porvenir. Un conjunto enmarañado se explaya ante nuestra alma, las potençias se ofuscan como la vista, y nos abalanzamos con todo nuestro ser, con el sumo alborozo de disfrutar colmadamente un solo, grandioso y sobrehumano enamoramiento. Pero ¡ay! cuando allá nos arrojamos, y que el acullá se vuelve aquí, el paradero viene a ser lo anterior, quedamos en nuestro desamparo y estrechez, y nuestro espiritu sediento se desala tras el alivio.

El más azogado vagabundo suspira al fin por su patria, y halla en una chocilla, en el regazo de su esposa, en el cerco de sus niños y en los quehaceres caseros, aquel júbilo que anduvo buscando en balde por el anchuroso mundo.

Al madrugar, con el sol tras mi Wahlheim, entro en el huerto, cojo por mi mano los guisantes, me siento, los desgrano, y entre medias voy leyendo a mi Homero; cuando luego voy a la cocinita, escojo

mi puchero, deslío la manteca, avivo y surto la lumbre, y, si se ofrece, rajo mis astillas; entonces me impresiono hasta lo sumo de los denodados novios de Penélope, todos afanados en matar, descuartizar y asar bueyes y cerdos. Nada embarga mi sensibilidad en tanto y tan apacible grado, como los rasgos de la vida patriarcal, que yo, a Dios gracias, no aparento, sino que traigo de mío.

Bien haya mi pecho que acierta a paladear los deleites sencillos e inocentes del hombre, que pone un repollo en su mesa criado por su mano, y no sólo disfruta la berza, sino también el día apacible, la ma-drugada preciosa en que la plantó, la despejada tarde en que la regó, el gozo de estar viendo sus gallardos medros, todo en un idéntico momento.

29 de junio.

Anteayer vino el médico de la ciudad a casa del Apoderado, y me encontró sentado en el suelo con los hermanillos de Carlota, que gateaban unos al derredor, otros me pellizcaban, otros, a mis cosquillas movían grandísima bulla. El doctor, que es allá un estafermo muy entonado, que acude a los pliegues de sus vueltas y se está aliñando su interminable pechera, graduó todo esto de indecoroso para un sujeto de modales, y lo desaprobó con sus fruncimientos. Desentendíme, dejándole desempeñar sus formalísimos asuntos, y repuse a los niños sus castillejos de naipes que habían desbaratado. Luego anduvo por el pueblo chismeando que los chiquillos del Apoderado estaban de suyo harto

mal criados, y que Werther los acababa de rematar.

Cuenta, querido Guillermo, que los niños son mis íntimos allegados sobre la tierra. Cuando los estoy mirando, y entre medias de sus cosillas, se me transparentan los arranques de todas las prendas y facultades, que indispensablemente han de venir luego a ejercitar; cuando hasta en sus antojos diviso el tesón y solidez de sus pechos, en su despejo la jovialidad placentera para sortear contingencias en los tropiezos del mundo, y todo tan intacto y tan cabal... siempre, siempre me recalco sobre aquel dicho de oro del Maestro de la humanidad: *Mientras no vengáis a ser como éstos...* Ahora bien: querido del alma, a estos que son nuestros semejantes, y que debiéramos mirar como nuestra norma, los tratamos como vasallos. No deben tener voluntad... ¿Y qué? ¿No la tenemos nosotros? ¿Y en qué estriba esta regalía? En que tenemos más años y miramientos... Aquí de Dios y del cielo; tú eres un niño adulto, o tierno, y nada más; cuanto alcanzo a deleitarle lo tiene ya experimentado tu muchacho. Pero si no se le cree, ni se le escucha... Esto sí que es antiguo: el amoldar el niño sobre sí mismo, y... Adiós, Guillermo, no estoy para bodoquear más sobre el asunto.

1.° de julio.

Que Carlota ha de ser un consuelo para un enfermo, lo percibo yo acá en mi cuitado corazón, el cual adolece, más que muchos tendidos y exánimes en sus lechos. Tiene que venir por algunos días al pue-

blo, para acompañar a una señora muy cabal, que, según dictamen de los facultativos, está muy al extremo, y quiere por despedida tener consigo a Carlota. Fuí la semana pasada con ella a visitar al cura de St..., sitio a media hora sobre la falda de la sierra. Llegamos hacia las cuatro. Carlota quiso llevar consigo a su segunda hermanita. Al llegar a la entrada, bajo el toldo de los grandiosos nogales, estaba el buen anciano sentado en un poyo a su puerta, y al ver a Carlota se vivificó, olvidó su báculo, se envalentonó y le salió al encuentro. Corrió Carlota a él, le precisó a volver al sitio, sentóse a su lado, le dió miles de saludos del padre, abrazó su asquerosillo mozuelo, el curandero de su vejez, y allí la hubieras visto cómo se afanaba con el anciano, cómo esforzaba la voz para hacerla más halagüeña a su sordera, cómo le habló de jóvenes lozanos, que habían fallecido impensadamente, de la excelencia de las aguas de Carlsbad, y de su acertada determinación de tomarlas el verano próximo, y más que le hallaba mejor entonado respecto de la vez anterior. Entretanto, acudí a rendir mi cacho de obsequio a madama, la consorte. El anciano se fué despabilando, y por cuanto no pude menos de celebrarle los nogales que nos entoldaban, se puso a historiarlos, aunque con algunos tropiezos. «El antiguo—dijo—, no consta quién fué el plantador; suponiendo unos que este cura, y otros que aquél; e joven ese, es contemporáneo de mi esposa, que cumple por octubre sus cincuenta. Su padre lo plantó en la madrugada del día en que nació por la tarde.

Fué mi antecesor, y no hay que decir cuán apasionado era del árbol, no siéndolo yo menos. Mi mujer estaba sentada en una viga, haciendo media, hace veintisiete años, cuando asomé por la primera vez a esta entrada como un pobre estudiante.» Preguntó Carlota por su hija, y dijeron que habia ido con el señor Schmidt a trabajar en los prados altos, y el anciano continuó su relación, y paró en que se había granjeado la privanza de su antecesor, y, por supuesto, de la hija, siendo al pronto su regente y luego sucesor. No bien acabada la historia, se apareció la muchacha de casa con el señor Schmidt, por el huerto. Saludó con entrañable expresión a Carlota, y, en verdad, que no me desagradó; morenita, vivaracha y bien formada, con quien pudiera un hombre estar bien hallado en la campiña. Su amante (pues con asomos de tal se mostraba el señor Schmidt), ladino, aunque sosegado, por más que le brindó Carlota, no quiso terciar en nuestra conversación. Lo que más me desazonó fué que por sus facciones vine a rastrear que su desvío procedía más bien de engreimiento y de adustez, que de limitación de alcances. Por desgracia, se echó luego de ver a las claras, pues yendo de paseo al par de su novia, con Carlota, y, por supuesto, conmigo, su semblante pardusco se enlobregueció en términos, que llegó el caso de que Carlota me pellizcase el brazo para insinuarme qué chanceaba demasiado con su dama. Y a fe que nada me destempla tanto como el que dos se estén asaeteando, cuando los mozos, en la lozanía de su vida, que deben estar

dispuestos para todo alborozo, anublando con chocarrerías sus escasos logros, y es ya muy tarde cuando lleguen a hacerse cargo de la monstruosidad de sus demasías. Me acaloré, y no pude menos, cuando a la vuelta, por la tarde, tomamos en la entrada un platito de leche en la misma mesa, de asir el hilo y explayarme muy de veras contra el mal humor. «Nos estamos lamentando—empecé—de que escasean los días apacibles y sobran los infaustos, a mi parecer, sin fundamento. Si anduviésemos siempre con el temple de espíritu adecuado para disfrutar las finezas que el Señor nos depara, tendríamos al par el brío suficiente para sobrellevar los quebrantos que nos sobrevienen.—Pero no está el temple en nuestra mano—contestó la huéspeda—; estamos muy pegados a la carne, y cuando ésta se halla lastimada, todo se destempla.—Debemos, pues—continué—, considerarlo como una enfermedad, y preguntar si hay o no algún remedio.—Dicho se está—exclamó Carlota—; a lo menos yo opino que depende en gran parte de nosotros. Hablo por mí; cuando algo me punza y lleva camino de desazonarme, allá me arrojo, tarareo un par de contradanzas arriba y abajo, y corriente.—Cabalmente es eso lo que yo iba a decir—le repliqué—. Sucede enteramente con el mal humor lo que con la pereza, y la hay de varias especies. Nuestra naturaleza propende a ella; pero si tenemos pujanza para envalentonarnos, la tarea cunde en las manos, y palpamos en el obrar una verdadera complacencia.» La novia estaba atentísima, y su íntimo me replicó: que el hombre

no es dueño de sí mismo, ni mucho menos capaz de avasallar sus propios arranques. «Aquí se trata—insistí—de arranques desapacibles, a los que cada cual se goza en sobreponerse, y nadie sabe hasta dónde alcanzan sus bríos, si no lo experimenta. Seguramente, el enfermo anda preguntando a todo facultativo, y se conforma con paladear la pócima más infernal, a trueque de recobrar su anhelada salud.» Advertí que el respetable anciano estaba con tanto oído ansiando terciar en nuestro coloquio, y esforcé la voz encarándome con él. «Se está predicando—dije—contra infinitos vicios, y no ha llegado a mi noticia de que le haya cabido también su descarga, desde el púlpito, al mal humor (1).—Eso corresponde—dijo—a los curas de la ciudad, pues el mal humor jamás tiene cabida con los campesinos.—Alguna vez, sin embargo, no dejaría de ser provechoso, aunque no fuese más que por su consorte y el señor Apoderado.» Todos, y especialmente él mismo, dispararon la carcajada, hasta que le asaltó la tos, y nos interrumpió el habla por un rato. Luego volvió a tomarla el novio: «Ustedes califican el mal humor de vicio; no es para tanto.—Mucho—le contesté—; pues aquello que daña a sí mismo y a sus inmediatos merece ese nombre. ¿No basta el que dejemos de favorecernos mutuamente, sino que hemos de ir a defraudarnos de aquella dicha que cada pecho puede a veces atesorar en sí mismo? Y a ver,

---

(1) Tenemos en el día una plática excelente de Lavater sobre este punto, entre las del libro de Jonás.

¿cuál es el sujeto tan comedido en su destemplanza, que se la reserve y la sobrelleve a solas, sin que trascienda a sus inmediatos? ¿Y no es más bien allá cierta desazón por nuestra propia indignidad, un menosprecio a sí mismo, que se da la mano con la envidia, aguijoneada por una vanidad frenética? Estamos viendo hombres dichosos a quienes no proporcionamos dicha, y esto nos es intolerable.» Carlota se me sonrió porque echó de ver mis ímpetus, y alguna lágrima en los ojos de la novia me espoleó para seguir. «¡Ah de aquellos—dije—que echan el resto contra un corazón que dominan, para arrebatarle los sencillos logros que le brotan de suyo! Todos los regalos, todos los mimos del orbe, no equivalen a un momento de complacencia íntima que nos acíbara el descomedimiento envidioso de un tirano.»

Mi pecho rebosaba en aquel punto, y el recuerdo de varios lances agolpándoseme a porfía, me asomó el llanto a los ojos.

«¡Si cada cual—exclamé—se dijera todos los días: lo más que puedes hacer por tu amigo es dejarle disfrutar de su ventura y aumentarla compartiendo su goce! ¿Está en tu mano, cuando toda su alma yace traspasada de quebranto y yerta con el fracaso, embalsamarla con una gota de alivio?»

Y cuando la postrera dolencia está acosando a la criatura despavorida, a quien ajaste sus floridos días, y que, postrada y desfallecida, alza sus ojos insensibles al cielo, con trasudores mortales, que demudan su frente macilenta, y, entretanto, junto a su lecho, estás como un reo con el entrañable que-

branto de que a nada alcanza tú sumo ahinco, y la congoja te tiene aherrojado el corazón al verte imposibilitado de suministrar un adarme de alivio, una chispilla de aliento al moribundo...»

El recuerdo de este trance que presencié, se me apoderó de lleno con mis últimas palabras; acudí con el pañuelo a mis ojos, y me desvié de la cuadrilla, cuando la voz de Carlota que me gritó: «¡Nos vamos!», me hizo volver en mí. ¡Cómo resonó en mi oído, acerca de mi acaloramiento para todo, y que adónde iría a parar con mi propensión, que debía reportarme! ¡Ay, qué ángel! Viviré por causa de ti...

6 de julio.

Sigue de enfermera de su amiga moribunda; siempre la misma, siempre la primorosa que está en todo, y que, dondequiera mire, alivia quebrantos y hace dichosos. Ayer tarde salió de paseo con Mariana y Magdalenita; lo supe, me hice encontradizo, y fuimos juntos. Tras un ejercicio como de hora y media, vinimos de vuelta al pueblo a parar a la fuente, para mí preciosa, y ahora más que preciosísima. Sentóse Carlota en el poyo, y los demás permanecimos en pie, a su frente. Miré en derredor y ¡ay!, cuán al vivo se me representó el tiempo en que mi corazón yacía solitario. «Fuente del alma—dije—, desde entonces no me he empapado en tu frescura, y, en mis arrebatados tránsitos, ni una vez siquiera te he visto.» Miré hacia abajo, y vi a la niña subir muy afanada con un vasito de agua en la mano.

Volvíme a Carlota, y me latió el pecho con cuantos extremos de cariño le profeso. Llegó en esto el angelito con su vaso; intentó arrebatárselo Marianilla. «No, no—exclamó la niña, con la expresión más entrañable—; no por cierto. Carlota ha de ser la primerita que beba.» Conmovióme en tanto grado el arranque y la naturalidad con que clamaba, que, sin acertar a dar otro vado a mis impulsos, levanté en alto a la niña, la besé desaladamente, de modo que se puso a chillar y llorar. «¡Que le hace usted daño!»—dijo Carlota. Quedé traspasado. «Ven Magdalenita—continuó, asiéndola de la mano y bajándola al caño—; lávate aquí al manantial fresquito, apriesa, apriesa, y voló todo.» Mientras, estaba yo mirando con cuántas veras la pequeñuela, con sus manitas mojadas, se restregaba las mejillas, con qué fe se aferraba en que la fuente de las maravillas la desimpresionaba de toda impureza, y borraba el rastro de la odiosa barba; mientras Carlota le decía que era bastante, y la niña con mayor ahinco se lavaba y relavaba, como si lo mucho fuera más eficaz que lo poco, te protesto, Guillermo, que jamás asistí con mayor acatamiento a ningún bautizo... y apenas subió Carlota, con mil amores me le arrodillara, como ante un Profeta, que acrisolaba de sus culpas a una nación entera.

Por la tarde, rebosando todo de complacencia, no pude menos de referir mi desacuerdo a uno que, por sus alcances, juzgaba yo atinado. Pero, ¡cuitadillo de mí! Me dijo que Carlota había andado desacertada, pues no se debía dar tal enseñanza a los niños,

que les imbuía en infinitos errores y vulgaridades, de que se les debiera preservar desde muy temprano. Recordé al punto que mi hombre había bautizado a su hijo ocho días antes; no formé aprensión del caso, y dejé encarnar en mi corazón la máxima de que debemos proceder con los niños como el Altísimo con nosotros, a quienes nunca favorece con tanta dicha como cuando nos empapamos de bruces en el baño de la íntima confianza.

8 de julio.

¡Cuán niño es el hombre! ¡Cómo se desala tras una mirada! ¡Cuán niño es el hombre!... Fuimos a Wahlheim; apeáronse las damas, y, durante el paseo, creí en los ojos negrísimos de Carlota... Soy un loco, perdónamelo; ¡si tú los vieras! ¡Aquellos ojos! Abreviemos (porque me cierra los párpados el sueño); ello es que subieron las damas y quedamos en derredor del carruaje el joven W. Selstadt, Audran y yo. Hubo charla en la portezuela con los perillanes, que estuvieron joviales y templados en extremo. Yo a caza de los ojos de Carlota, que andaban de paso de uno en otro... y a mí, a mí..., que estaba todo embargado en ellos, no venían a parar. Mi corazón le hizo mil despedidas, y ella ninguna. Miré y remiré, y vi el tocado de Carlota contra la portezuela, y se inclinó para ir mirando... ¡Ay! ¿A mí?... ¡Amado mío! ¡Qué vaivén el de esta incertidumbre! Este es mi consuelo... Quizá me miraba a mí... ¡Quizá!... Buenas noches. ¡Qué niño soy!

10 de julio.

¡Si me vieras hacer el papel del bobo cuando me la nombran en tertulia! ¿Y cuando hay quien me viene con la preguntilla de si me gusta?... ¡Gustarme! Detesto de muerte semejante expresión. ¿Qué catadura de hombre será aquel a quien Carlota gusta, y no le arrebata de improviso sentidos y potencias? ¡Gustar! Hubo, no ha mucho, quien me preguntó si me gustaba Ossian.

11 de julio.

La señora M... va de mal a peor: ruego por su vida, a causa de mis padecimientos con Carlota. La veo tal cual vez en casa de mi amiga, y hoy me ha referido una novedad muy extraña. El anciano M... es un tacaño regañón e indecente, que ha tenido de por vida a su mujér en la mayor estrechez y tormento; pero ella ha sabido siempre amañarse. Hace pocos días que, desahuciada por el médico, llamó a su marido, y, en presencia de Carlota, le habló en estos términos: «Tengo que manifestarte un negocio que pudiera, después de mi fallecimiento, ocasionar desazón y trastorno. Hasta aquí he manejado la casa con cuanto método y economía me ha sido dable; pero me habrás de disimular que te haya estado engañando de treinta años a esta parte. En la primera temporada de nuestro enlace me señalaste una suma para el costo de la mesa y otros gastos corrientes. Creció la servidumbre, se aumentaron las atenciones, y te negaste a ir acrecentando a pro-

porción la cuota semanal; en fin, ya sabes que, en las temporadas más costosas, te empeñaste en que había de redondear mi semana con siete florines. Tomélos sin réplica, pero el desfalco se acabalaba con lo que iba agenciando de la caja, sin que nadie lo maliciase de la señora. Nada he malgastado, y sin hacerte esta confesión podría ir confiada ante la Divinidad, si no fuera porque pienso que, quien se encargue en lo sucesivo del manejo de la casa, no conseguirá salir adelante con lo que das, y podrías tú aferrarte en que, tu primera mujer, hacíalo sin dificultad.»

Hablé con Carlota sobre el alucinamiento de los hombres, que jamás llegan a sospechar que ha de salir de otro fondo lo que sobrepuja a los siete florines, cuando están viendo que el gasto asciende a doble cantidad. Pero he conocido gentes que acertaron a poseer en su casa, sin la menor extrañeza, la alcuza perpetua del profeta.

13 de julio.

No, yo no me equivoco. Estoy leyendo en sus negros ojos su interés entrañable conmigo y con mi suerte. Percibo, y viva mi corazonada, que... allá me arrojo a poner por medianero el mismo cielo... que me corresponde.

Me quiere... y ¡cuánto me realzo a mis ojos! ¡Cuánto... te lo digo sin rebozo, puesto que eres atinado en la materia... cuánto me adoro a mí mismo desde que me corresponde!

¿Y esto es temeridad o percepción íntima de la

certidumbre?... No conozco sujeto que me cause zozobra en cuanto al pecho de Carlota; y, sin embargo..., en hablando de su novio, ¡con qué vehemencia, con cuánto cariño se expresa!... Héteme como uno a quien se despoja de timbres y honores, y luego se le desarma.

16 de julio.

¡Cuánto redoble corre por mis venas, cuando inadvertidamente mis dedos se rozan con los suyos, o nuestros pies se encuentran por debajo de la mesa! Retírolos como de la lumbre, y un impulso íntimo los empuja de nuevo para delante... tal es el vaivén de todas mis potencias... ¡Oh! Su inocencia, su alma angelical, no percibe hasta qué punto me asaetean sus más mínimas finezas... Si tal vez hablando pone su mano sobre la mía y en la eficacia del coloquio se me acerca tanto que el aliento celestial de su boca alcanza a mis labios... me voy desmayando como acentelleado... Y, Guillermo, cuando ella se me confía, ¡aquel cielo, aquella intimidad!... Ya me entiendes. No; mi corazón no es de los encenagados... débil, débil de sobras... ¿Y esto no es ya corrupción?

Para mí ella es un sagrado. Todos mis ímpetus se postran a su presencia. A su lado no acierto a saber lo que me pasa, y es como si el alma se me fuese explayando por todos mis nervios...

¡Qué melodía cuando toca el piano con aquel espíritu angélico, tan sencillo como expresivo! Tiene un cantar predilecto que despeja todos mis quebran-

tos, desbarros y humoradas, desde el arranque del primer punto.

Nada se me hace ya inverosimil acerca del hechizo antiguo de la música, según el flechazo que me da la candorosa tonada. ¡Y cómo sabe acudir a ella en ocasiones que me descerrajaría un tiro en la sien! Los duendes y lobregueces de mi alma se disipan, y mi aliento se desahoga.

18 de julio.

¿Qué supone, Guillermo, el mundo entero sin amor? Lo mismo que una linterna mágica sin luz. Apenas se mete la lamparilla resplandecen los personajes galanos por la pared enjalbegada. Y aun cuando no fuese más que esto mismo, a saber, una fantasmería escapadiza, siempre se cifra en él nuestra dicha, aunque no seamos más que admirados jovenzuelos embelesados con el maravilloso trampantojo. Hoy da el almanaque abstinencia de Carlota, porque me ataja un visitón imprescindible. ¿Qué arbitrio me quedaba? Envié allá al criado, para tener a mi alrededor a alguien que haya estado hoy cerca de ella. ¡Con qué impaciencia le estuve esperando, y qué alegrón al verle! Por empacho no le abracé y besé desaladamente.

Cuentan de la piedra de Bolonia que, puesta al sol, se cala y empapa de sus rayos en tales términos que luego alumbra largo rato de noche. Otro tanto me sucedió con el susodicho. La impresión de aquellos ojos sobre su semblante, mejillas, ropón, botonadura y corbata hacía para mí todo esto sagrado y

peregrino. No diera en aquel punto el mozo por mil duros; tan bien hallado estaba con su presencia... Cuidado con tomar todo esto a risa, Guillermo. ¿Serán sueños los que con tanto extremo nos enamoran?

19 de julio.

Voy a verla—exclamé—desde la madrugada, y fuí yo todo lozanía, y el sol todo serenidad esplendorosa... Voy a verla, y no ha asomado por mi ánimo otro anhelo en todo el día. Todo desaparece; todo, todo, tras esta perspectiva.

20 de julio.

Ese pensamiento de irme con el embajador no cuadra todavía conmigo. No soy de mío muy amante de la sujeción, y luego todos saben cuán desagradable es ese hombre. Mi madre, me dices tú, gustaría de verme empleado... ¡Ay, qué risa! ¿No soy naturalmente ejecutivo? ¿Y no se va allá, en suma, el estar contando guisantes o lentejas? Todo en el mundo viene a ser fruslería, y quienquiera que por dinero o por distinciones se avasalla el albedrío ajeno, sin que le congenie o le sea forzoso, es siempre un orate.

24 de julio.

En cuanto a tu encargo de no trascordar mi dibujo, pudiera pasarlo de largo con decirte que después acá, poquísimo lo ejercito.

Sin embargo, nunca viví más dichoso, ni fueron mis raptos tras la naturaleza, aun descendiendo a

hierbillas y peñascos, más cabales y entrañables. Y, no obstante, no acierto a expresarme, mis facultades representativas son tan escasas, todo se estremece y bambolea ante mi espiritu, que ni aun puedo delinear un contorno; pero se me figura que, con arcilla o con cera, formaría algún cuadrito. Me atendré a la arcilla, si esto dura, y la amasaré aunque salgan pastelillos.

Tres veces he emprendido el retrato de Carlota, y otras tantas he venido a quedar desairado; lo que me desazona tanto más, por cuanto iba ya estando atinado. Con esto le he sombreado el perfil, y tengo que contentarme.

26 de julio.

Si, amada Carlota: todo lo arreglaré y aliñaré con mil amores; vengan órdenes, y corriente. Sólo se me ofrece una súplica: y es que no haya arenilla en los billetes que se me deparan; pues el de hoy me lo apliqué tan arrebatadamente a los labios, que todavia me están rechinando los dientes.

27 de julio.

Tengo hechos mil propósitos de no menudear tanto por la casa. Pero ¿quién es hombre para cumplirlos? Todos los dias caigo en la tentación de mi visita; me comprometo inviolablemente..., mañana desvio... amanece, se atraviesa de nuevo algún motivo incontrastable, y antes que lo eche de ver ya estoy alli. Sea que me dice por la tarde: conque ¿vendrá usted mañana?... y entonces ¿quién se desentiende?

O que me hace un encargo, y me parece lo más propio el ir en persona con la respuesta; o que está el día tan apacible, que me encamino a Wahlheim, y hallándome allí no queda más de media horita... estoy en su mismo ambiente... Ea, ya estoy allí. Mi abuela solía contar una conseja de la montaña Imán; los bajeles que se acercaban se quedaban al golpe sin hierros; los clavos se disparaban en pos del monte, y los desventurados pasajeros venían a estrellarse entre los encontrones de la tablazón desencajada.

30 de julio.

Vino Alberto, y tendré que marcharme; pero aun cuando tuviese que tratar con un sujeto excelente, con todo un caballero, siempre se me hará intolerable el presenciar su posesión de tantísimas perfecciones... ¡Su posesión!... Basta, Guillermo; ahí está el novio: un hombre pundonoroso y amable, y felicidades. Por mi dicha no me hallé a su llegada; esto me traspasara las entrañas. Además es tan mirado, que en mi presencia no la ha besado una vez. El Altísimo se lo tenga en cuenta. En consideración al señorío con que trata a su novia, debo apreciarle. Está muy fino conmigo, circunstancia que conceptúo es más bien obra de Carlota que arranque suyo. En esta parte las mujeres son linces, y lo aciertan. Cuando logran tener bienquistos entre sí a los amantes, si por maravilla acontece, ellas son siempre las gananciosas.

Entretanto no puedo menos de guardar atencio-

nes a Alberto. Su exterior sosegadísimo se contrapone sobremanera al vaivén de mis ímpetus, y resalta de plano. Es afectuoso, y se ve correspondido. No adolece del achaque de enfadadizo, que me indispone de remate con sus pacientes.

Me conceptúa de algún despejo, y mi pasión a Carlota, la complacencia con que desempeño sus encarguillos, realzan su triunfo y estimulan su cariño. Allá se las haya con su lejanía de celos, que yo en su lugar no me consideraría tan en salvo de los asomos de semejante diablillo.

Séase como quiera, mi dicha de estar junto a Carlota voló. ¿Llamaremos a esto demencia o ceguedad? ¿Qué suponen los nombres? El caso está hablando por sí. Sabía cuanto sé ahora; antes de la venida de Alberto sabía que no había lugar a pretensiones, y ninguna hice, que en suma es no aspirar a la menor parte de tan exquisita preciosidad, y, sin embargo, estoy hecho un mirón estafermo, porque el otro llegó, en efecto, y cargó con la dama.

Me muerdo los labios, y chanceo una y muchas veces sobre aquello de que debo conformarme, porque al cabo no puede menos de ser así... Quítenme de acuestas ese espantajo... Me embosco a carrera por los alrededores, y cuando acudo a Carlota y está sentada con su Alberto al lado, debajo de la enramada del huertecillo, no me queda otro arbitrio sino hacer el mentecato rematado y entretenerme con alguna inconexa mamarrachada... «Por Dios santo, me ha dicho hoy Carlota, que no tengamos pasajes como el de anoche; me asusto con tales chanzone-

tas...» Acá para nosotros, estoy acechando que el hombre tenga algún quehacer. ¡Ay! Entonces acudo, y estando solita siempre me va de perlas.

8 de agosto.

Por Dios, querido Guillermo, que no hablo contigo, cuando supongo a los hombres insufribles, al requerir tanto rendimiento con la suerte inevitable. Ni soñé siquiera que te atuvieses a semejante sistema. Pero, en realidad, lo aciertas. Pero fijémonos, amigo del alma. Poco se aventaja en el mundo con la disyuntiva de aquello o esto; la sensibilidad o el denuedo se sombrean tan redobladamente, como los grados intermedios del aguileño y el chato.

Por tanto, no llevarás a mal que me explaye en el asunto y procure situarme entre esto o aquello.

O estás, me vienes a decir, esperando, o no, con Carlota. Corriente en el primer caso; hazte adelante hasta colmar la medida de tus anhelos. En el segundo, haz de la necesidad virtud, y arroja allá una pasión que acabará con todas tus potencias... Amado mío, eso está dicho pronto y bien.

¿Y al desventurado que se va desahuciadamente amorteciendo con una enfermedad alevosa, intentarás recabarle que se despene de una vez por medio de una puñalada? ¿Y aquel idéntico enemigo, que le socaba sus facultades, no le desapropia también de la pujanza necesaria para libertarse?

Pudieras contestarme con un símil de la misma calaña: ¿quién no se deja desde luego cercernar un brazo, más bien que jugarse la vida, con temblores

y convulsiones?... Lo ignoro... Y luego, no andemos a vueltas con nuestros parangones. Basta... Sí, Guillermo, también me asaltan mis repentones de arrojo y desmayo, y entonces... si yo pudiera saber adónde, allá iría.

Por la tarde.

Mi diario, que tenía orillado hace algún tiempo, me vino hoy a las manos, y me pasmo de que tan a sabiendas, por mis pasos contados, haya tenido este paradero; que haya ido viendo mi situación tan a las claras, y me haya manejado como a un niño. Ahora mismo, lo estoy mirando todo muy patente, sin que asome apariencias de enmienda.

10 de agosto.

En mi mano estuviera el traer la más linda y venturosa vida, si no hubiese enloquecido de remate. No se rodean así como quiera circunstancias tan preciosas para embelesar a un individuo, como son las que me caben. ¡Cuán positivo es que nuestro corazón es el artífice de la propia felicidad! Ser como miembro de la familia más entrañable; verse bien quisto con los mayores, casi padre de los pequeñuelos, y con Carlota... Luego, el pundonoroso Alberto, que no altera mi ventura con enojos caprichosos; que me agasaja con suma intimidad, y para quien soy todo un privado detrás de Carlota... Guillermo, es una gloria el oírnos por el paseo explayarnos mutuamente acerca de la dama; no cabe en el mundo situación más cómica, y suelo entretanto enternecerme.

Cuando me refiere cómo la discreta madre, al morir, entregó su casa y niños en manos de Carlota, apalabrándola con él, y que desde entonces varió de temple; cómo en el esmero de su desempeño casero y en su formalidad se había hecho una verdadera madre de familia; cómo no hay para ella un punto sin actividad cariñosa y sin afán, no desmereciendo tampoco en jovialidad y despejo... sigo junto a él, voy cogiendo flores por el camino, aliño prolijamente un ramillete... lo arrojo a la corriente inmediata, y estoy mirando cómo se lo lleva pausadamente... No sé si te he dicho que Alberto permanece aquí, contando con un empleo decorosamente dotado de la corte, donde logra particular aprecio. En cuanto a manejo y eficacia para negocios, pocos he visto que le igualen.

12 de agosto.

Este Alberto es indudablemente el hombre más bondadoso que hay debajo del cielo; y me sucedió ayer con él un pasaje peregrino. Fuí allá para despedirme, pues me dió la humorada de cabalgar por las montañas, de donde te escribo, y mientras andábamos dando vueltas por su estancia, eché la vista sobre sus pistolas. «Vengan—le dije—para mi viaje.» «Corriente—me contestó—, con tal que usted se las cargue, pues las tengo ahí colgadas por plataforma.» Alcancé una, y continuó: «Desde que me chasquearon tan malditamente con todas mis precauciones, no me avengo con ese género.» Manifestéme deseoso de enterarme del caso. «Pasé—dijo—medio año en el campo con un amigo; tenía un par

de cachorrillos descargados y dormía sin zozobra. Una siesta lluviosa, estando ocioso, no sé cómo se me ocurrió que podíamos padecer un asalto, que no había como cargar los cachorrillos, y podíamos... Ya sabéis lo que sucede; se los di al criado para pulirlos y guardarlos; se puso a juguetear con la muchacha y en ademán de asustarla. Dios sabe cómo, se disparó el arma estando la baqueta dentro, y se le clavó en la mano a la mozuela deshaciéndole el pulgar. Tuve esta pesadumbre y que costear la cura, y desde entonces dejo todas mis armas descargadas. Conque, amiguito, ¿de qué sirven precauciones? No hay escarmiento que sortee el peligro. Por supuesto...» Ya sabes tú que estoy corriente con los hombres hasta que llega un «por supuesto». Pues, ¿no se deja entender que toda proposición que se da por sentada padece sus excepciones? Pero el hombre tiene sus despachaderas, y cuando conceptúa que ha dicho algo precipitado, general y medio cierto, no se cansa luego de poner cotos, de alterar, de añadir y de quitar hasta que se extravía del asunto. Aferróse en su tema; dejé de escucharle, me impacienté, y, con ademán ejecutivo, me asesté una pistola a la sien derecha. «¡Ay!—exclamó Alberto arrebatándome el arma—; ¿a qué viene eso?» Está vacía—le contesté—. Aun así, ¿a qué viene?—replicó azoradamente—. No alcanzo cómo un hombre enloquezca hasta el punto de dispararse, y así la mera aprensión me vuelca.

—Allá ustedes los hombres—prorrumpí—; en ventilando un asunto, luego sentencian, esto es demen-

cia, aquello cordura, lo uno bueno, lo otro malo. ¿Y qué significa todo esto? Para el intento, ¿han desentrañado ustedes íntimamente los pormenores de un negocio? ¿Saben ustedes deslindar, por puntos, los motivos de proceder o no a la ejecución? A ser así, no se atropellarían en sus dictámenes.

—Estaréis conmigo—dijo Alberto—de que ciertos procedimientos son de suyo viciosos, sea su móvil el que fuere.»

Le así de la manga, diciéndole: «También caben aquí sus excepciones. Ciertísimo es que el robo es vicioso; pero quien, para salvarse a sí o a los suyos de una muerte ejecutiva de hambre, sale a robar, ¿merece lástima, o castigo? ¿Quién será el que coja el primer chinarro para apedrear al casado que con legítima saña sacrifica su infiel consorte y al malvado seductor? ¿Quién contra la muchacha que, en un momento de embeleso, se engolfa en los halagos incontrastables del cariño? Hasta nuestras leyes, con toda su pedantesca sangre fría, se lastiman y retiran su castigo.

—Este es otro punto—respondió Alberto—, porque un hombre, arrebatado por sus arranques, viene a ser un beodo o un frenético.

—Vaya con los cuerdos—exclamé riendo—. ¡Conque impulsos, beodez, frenesí! Ahí yacen ustedes tan sosegados, tan indiferentes, señores juiciosos, zahiriendo al bebedor, abominando del insensato, o pasan de largo, como el sacerdote, y agradecen a Dios, como el fariseo, el no haberle criado a semejanza de aquéllos. Heme yo, tal cual vez, achispado,

y mis arranques se iban asomando al desvario, y no me arrepiento; por cuanto he conceptuado, a mi modo, cómo a todo hombre extraordinario, ejecutor de imposibles aparentes, se le suele apodar de beodo o de frenético.

Aun en la vida común se hace intolerable el que tras un hecho gallardo, esclarecido e inesperado, se le esté al paso apellidando beodez, fatuidad. Malhayan los sobrios, y peor los cuerdos.

—Aqui de tus disparos—dijo Alberto—; tú todo lo desencajas, y en esto, a lo menos, andas desacertado, encumbrando el suicidio, de que se trataba, al predicamento de grandioso; y cuando más, se debe graduar de flaqueza; pues realmente es más llevadero el morir, que el sobrellevar con entereza una vida desastrada.»

Tuve impulsos de darle un destemplón, pues ninguna razón me descompone como las insulsas y vulgarisimas que suelen anteponer a los arranques del corazón. Contúveme, sin embargo, porque harto le habia escuchado, con lo cual me habia ido más y más airando, y así le repliqué con cierto impetu: «Conque ¿flaqueza? No hay que descaminarse con las apariencias. ¿Se tildará de flaqueza el arrojo de un pueblo que, desangrando bajo el yugo de un tirano, al fin se encarama y estrella sus cadenas? Un hombre, en el sobresalto de ver incendiada su casa, se reviste de pujanza, y carga ágilmente con pesos que, en pleno sosiego, no alcanzaria a mover. El que con la saña de un insulto contrarresta a media docena, y los arrolla, ¿será débil? Y, amado mio, si

el ahinco es fortaleza, ¿por qué su redoble ha de ser lo contrario?» Alberto me clavó la vista, y dijo: «No hay que enojarse—; pero ese ejemplo, en mi concepto, nada tiene que ver con el asunto.—Todo cabe—le dije—; estoy harto de oir tachar mis raciocinios como rayanos del devaneo. Veamos, sin embargo, si de otro modo podemos hacernos cargo de que un hombre puede ser de sobra esforzado para arrojar de sí el peso de la vida, por otros títulos agradable. Pues sólo si nos conmovemos al unísono con una cosa, podemos hablar de ella honradamente.

La naturaleza humana—continué—tiene sus lindes; puede, hasta cierto grado, sobrellevar el gozo, el desconsuelo y el dolor; pero se estrella de plano en traspasando la raya. No cuadra aquí la pregunta de si, alguien es débil o fuerte, sino si, alcanzará a resistir a tal o cual impresión, y ésta se puede considerar física o moralmente; y aun así, es para mí extrañísimo el afirmar que un hombre es cobarde porque se quita la vida, como fuera inaudito el tildar a uno de cobardía porque fallece de una calentura maligna.

—Paradoja, muy paradoja—exclamó Alberto—. No tanto como os parece—le repliqué—: graduamos de mortal toda enfermedad, por lo cual está allá tan acosada la naturaleza, que socava, en parte, su pujanza, y en parte inutiliza lo restante, imposibilitándola de rehacerse, y de volver a su curso ordinario, por algún vuelco venturoso.

Apliquemos ahora, querido mío, esta doctrina al

ánimo. Mira al hombre en su conflicto, cómo le encarnan las impresiones, se le agolpan las especies, de modo que, finalmente, su padecimiento va medrando, hasta privarle de su cordura y darle un vuelco total.

En vano el sosegado, y en su acuerdo, se está haciendo cargo del trastorno de aquel desventurado, y le habla como un sano a la cabecera del doliente, que un adarme de su brío puede franquearle.»

Para Alberto, eran éstas meras generalidades; por tanto, le recordé la muchacha que no había mucho se halló ahogada, repitiéndole su historia. «Una inocente, que en el sendero estrecho de sus quehaceres caseros y su trabajo semanal se había criado, que no tenía miras de más desahogo que de ir algún domingo con sus galas, reforzadas de tarde en tarde, a pasearse con sus iguales hasta el pueblo, danzar tal vez en las grandes festividades, y fuera de eso, con todo el ahinco del más entrañable interés, pasar horas glosando una contienda o un chisme ruidoso con alguna vecina... Por fin, su natural fogoso fué sintiendo necesidades íntimas, fomentadas con los requiebros de los mozuelos. Hiciéronse desabridos los recreos anteriores, hasta dar con un hombre hacia el cual una sensación desconocida la inclinaba incontrastablemente, en quien vinculó todas sus esperanzas. Olvida el mundo entero; nada ve, oye, ni percibe, sino él, no anhela sino a él, solo y único. Exenta de las vaciedades de una vanidad inconstante, concentra sus miradas en un solo objeto, quiere ser suya, ansía hallar en un enlace perpetuo

la dicha de que carece, y gozar el complemento de cuantos logros está echando de menos. Mutuos comprometimientos sellan de remate sus esperanzas; tiernas finezas, que avivan más y más sus anhelos, aherrojan toda su alma; se mece en una confianza confusa, en un paladeo anticipado de bienaventuranza; sobrepónese a su esfera, y alarga, al fin, los brazos para afianzar estrechamente sus anhelos..., y su adorado la abandona... Atónita, sin sentido, está asomada a un despeñadero; anúblase el sol; sin esperanza, sin arrimo, sin consuelo... puesto que la desamparó quien era el centro de su existencia. Ni ve el mundo que tiene delante, ni los muchos que pudieran reparar aquel menoscabo. Su pecho estaba solitario y en desamparo del universo... Ciega y arrebatada, y en el disparador de la urgencia incontrastable de su corazón, se derroca y empoza, para acabar, por medio de una muerte ejecutiva, con los vaivenes que la martirizan... Mira, Alberto, esta es la historia de muchísimos hombres, y dime ¿no estamos en el caso de la dolencia? La naturaleza no halla escape del laberinto de su pujanza menoscabada o contrapuesta, y el paciente tiene que fenecer.

Malhayan cuantos la vean y exclamen: ¡Ah loca! Si hubiese tenido espera, y dado lugar a que hubiese obrado el tiempo, luego orillara su desesperación, luego hallara otro para consolarse... Es lo mismo que decir: ese loco falleció de calentura; si él tira un tanto para que su pujanza se restableciera, sus humores se acendraran y el alboroto de su sangre

se aquietara, todo se le rodeara a las mil maravillas, y estaría hoy mismo lleno de vida.»

Alberto, a quien el parangón no se le hacía tan palpable, volvió a las suyas, y, entre ellas, dijo que yo sólo había hablado de una aldeanilla inocente. «Pero un hombre de alcances menos limitados, y que está viendo otros recursos, no acierto a disculparle.» «—Amiguito—exclamé—, el hombre no deja de ser hombre, y la pizca de entendimiento que pudo caberle en suerte, queda inhábil cuando la pasión se dispara y los lindes de la humanidad lo atajan. Cuanto más... Queda aplazado el punto—dije—; y tomé mi sombrero.» Mi corazón rebosaba... y tuvimos aquel encontrón sin entendernos. Así sucede en el mundo, que apenas se comprenden unos a otros.

15 de agosto.

Ciertísimo es que nada en el mundo hace al hombre preciso, sino el amor. Así echo de ver en Carlota cuán cuesta arriba se le hace mi desvío, y los niños no manifiestan otro afán sino que vuelva mañana. Hoy los había dejado para afinar el piano de Carlota, y, habiéndome seguido a caza de un cuentecillo, ella misma ha mediado para complacerles. Les corto el pan, que reciben ya tan gustosos de mí como de la hermana, y les cuento, salteadamente, aquello de la Princesa servida por unas manos sin cuerpo. Me instruyo con esto, y te aseguro que me pasma lo mucho que se les impresiona. Cuando tengo que inventar algún accidentillo, suelo luego olvidar, se-

gún ellos me advierten, que antes no iba así, de modo que me voy ejercitando en usar, a los remates, cierta especie de tonillo uniforme. En esto echo de ver que un escritor desmejora sobremanera su historia, aun cuando la retoque aventajadamente en la parte poética, con las alteraciones de su segunda edición. El primer encuentro nos halla siempre más avenibles, y allá nos vamos desaladamente tras él; va en aumento el apego, y malhaya quien raspa y borra.

18 de agosto.

¿Será cierto que el manantial de nuestra dicha haya de parar en ser el de nuestra desventura?

Este afán ardentísimo y entrañable tras la naturaleza viviente, que era para mí la gloria de las glorias, alfombrando ante mis plantas el mundo con las galas de un paraíso, es ya un sayón fiero, un duende implacable qne me está martirizando a todo trance. Cuando allá, desde un peñasco de la ribera, solía otear el río y la vega amenísima, y veía que todo brotaba en ramilletes y pimpollos, y en plateadas corrientes; cuando miraba aquella montaña revestida, desde la falda hasta la cumbre, de árboles agigantados, y cada valle, con sus sesgos y recodos, entoldado por vistosos bosques, y el manso río resbalándose entre las sonantes cañas, donde se espejaban rizados celajes mecidos por el ambiente de la tarde; cuando oía las avecillas vivificando las arboledas, y que millones de mosquitillos, en redoblados enjambres, danzaban gozosamente a los postreros y

arrebolados destellos del sol, y hasta los susurrantes escarabajos, retozaban a su despedida por el césped; y que este entretejido bullicio me apeaba sobre la tierra, donde el musgo exprime su alimento de los peñascos berroqueños, y la retama crece por las faldas aridísimas de la loma arenisca, me desentrañaba todo la íntima, abrasadora y sagrada vida de la naturaleza. ¡Cómo abarcaba el conjunto en mis entrañas enardecidas, me empapaba como endiosado en su plenitud rebosante, y el augusto aparato del infinito universo se agitaba vivo en mi interior inflamado! Cercábanme enormes montañas, abríanse abismos ante mí, despeñábanse raudales hasta lo profundo; ríos arrolladores y bosques y montes retumbaban, y los veía batallar en las ensenadas de la tierra con su inapeable poderío, al paso que, por el suelo y los aires, giraban tantas especies de vivientes... Todo, todo se poblaba de millares de formas, y los hombres, apiñados en sus hogarcillos, se anidan, y, en su concepto, señorean el orbe anchuroso... ¡Pobre insensato, que todo lo contemplas enano, porque tú mismo eres pequeñísimo!... Desde las cumbres inaccesibles, sobre los desiertos sin huella humana, hasta el extremo del piélago desconocido, se tiende el espíritu del Hacedor perpetuo, y se vivifica hasta el polvillo que lo recibe y se remonta por los aires... ¡Ay! Entonces, como lo suelo hacer con las alas del águila que tramonta sobre mi cabeza, he volado hasta los términos del inmenso océano, y, en la copa espumosa del infinito, he sorbido el redoblado néctar de la vida, y sólo algún momento,

en las estrecheces de mi escaso pecho, he logrado paladear la bienaventuranza que por sí y ante sí lo abarca todo.

Hermano mío, el recuerdo solo de aquellas horas me enamora todavía; y el ahinco de renovar tan indecible impulso para expresarlo, embarga todo mi espíritu, y va luego redoblando las zozobras que, actualmente, me atosigan.

Hay tendido ante mí un telón, y la perspectiva de la vida infinita se me ofrece en el abismo del patente sepulcro. Podrás decirme: este es el paradero universal; allá lo arrolla todo el torbellino que vuelca nuestra tanda escasa de existencia; y ¡ay!, arrebatada, allí se empoza. No hay un momento que, al par de los tuyos presentes, no te vaya menoscabando, y en que no seas tú indispensablemente un volcador; el paseo más inocente cuesta la vida a millares de gusanillos; un solo paso derriba el trabajoso edificio de las hormigas, y hunde allá un pequeño mundo en la aciaga tumba. No, los grandiosos y peregrinos fenómenos del universo, los diluvios, los terremotos que empozan ciudades enteras, no me mueven; lo que me amortaja el corazón, es la pujanza asoladora que se encubre en toda la naturaleza. Quien nada labró, nada desmejoró, ni al vecino, ni a sí mismo. ¡Qué ahogo, qué mareo es éste! Cielo y tierra con su poderío disparado me arrebatan. No veo más que una alimaña devorando y rumiando incesantemente.

21 de agosto.

En vano tiendo mis brazos en pos de ella, por la madrugada, al desasirme de mis pesadillas; en balde la estoy buscando de noche en mi lecho, cuando un venturoso e inocente ensueño me embelesa, sentándome junto a ella en la pradera, asiéndole la mano y estampándole en ella besos a millares. ¡Ah! Cuando allá entre sueños la estoy palpando, y en mi alegrón... un torrente de lágrimas brota de mi corazón ahogado, y lloro sin consuelo contra esa lobreguez de lo venidero.

22 de agosto.

Es muy lastimoso, Guillermo, que esta actividad ejecutiva, quede atajada con un ocioso desasosiego, y así ni acierto a holgar ni a emplearme. Yace mi alma sin proyectos, sin sensaciones, sin estudios. En faltándose uno a sí mismo, le falta todo. Te juro que suelo apetecer verme hecho un jornalero, y, a la madrugada, acudir a mi afán, sin más miras ni más esperanzas que para el día viniente. ¡Cuánto envidio a Alberto, al verle con todos sus sentidos clavados en un proceso, figurándome lo bien hallado que estaría con ser otro él! A veces me pongo sobre mí; voy a escribir al ministro, en demanda de la plaza junto al embajador, que, según me asegura, es corriente. Así lo creo; me aprecia el ministro hace tiempo, y se me ha mostrado en ánimo de colocarme, y ello es que se ha de hacer. Luego, al recapacitarlo, me enamora la fabulilla del caballo, que, mal hallado con su libertad, se aviene con el freno

y la cincha, y lo cabalgan con desdoro... No sé lo que debo, amigo del alma. ¿No será, quizá, el anhelo tras la mudanza de situación, allá una impaciencia interna e incontrastable con la cual tengo al fin que avenirme?

28 de agosto.

Es ciertísimo que ni rastro me quedaría entre estas gentes de mi dolencia, si de suyo fuese curable. Hoy es mi cumpleaños, y tempranito he recibido un paquetillo de Alberto. Al abrirlo, me dieron en rostro los lazos rojizos que llevaba Carlota en nuestra primera vista, y que alguna vez le había pedido. Acompañábanlos dos tomitos en dozavo, que eran del Homero de Wetstein, edición que había estado apeteciendo, porque la de Ernesti no era propia para cargar con ella en el paseo. Ahí verás cómo salen al encuentro a mis anhelos, cómo me franquean amistosa y eficazmente sus regalos, mil veces más apreciables que los agasajos lujosos, con los que nos humilla la vanidad del obsequiante. Beso incesantemente los lazos, y en cada alentada, me voy empapando en el recuerdo de aquel cúmulo de primores, que colmaron los escasos y venturosos días que allá volaron para siempre. Así sucede Guillermo, y no me enojo, que las flores de la vida son de mera apariencia. ¡Cuántas nos pasan de largo, sin dejar tras de sí el menor rastro! ¡Cuán pocas fructifican, y cuántas menos brindan con sazonados frutos! Sin embargo, los hay con suficiencia; mas, ¡oh hermano mío! ¿Es posible que se abandonen, menosprecien,

y yazcan en la podredumbre los frutos más sazonados?

Pásalo bien; tenemos un estío precioso, y me suelo sentar entre los frutales del vergel de Carlota; con el cogedor en la mano, alargo mi percha y alcanzo las peras de la cima. Está debajo, y las va cogiendo al paso que se las brindo.

30 de agosto.

¡Desventurado! ¿Estás en ti? ¿No te engañas a ti mismo? ¿A qué conducen estos vaivenes y estos arranques interminables? No aspiro más que a ella; en mi fantasía no cabe más que su aspecto y el de todo lo suyo; y de cuanto me ofrece el mundo en derredor, nada veo sino sus entronques con ella misma; y allí se cifran para mí las dichosísimas horas... hasta que vuelva a desencajarme de mi centro. ¡Ah Guillermo! ¿Adónde suele arrebatarme mi corazón?... Sentado junto a ella las dos y las tres horas, me estoy empapando en su estampa, en su ademán, en la sobrehumana expresión de sus palabras, y se van más y más explayando mis potencias? A lo mejor, como que me anochece, apenas oigo; dirán que un malhechor me estrecha la garganta; mi pecho, latiendo a violentos redobles, se afana y se acongoja tras la respiración, y todo para en extremado desconcierto... Guillermo, ni sé a veces si estoy en el mundo, y... si acaso el trastorno prepondera, y Carlota me franquea el lastimoso consuelo de ir desfogando en lloros sobre su mano el hervidero de mi interior... allá me disparo, allá me arrojo,

vuelo desatinadamente por la campiña, voy trepando por los riscos, tengo a gloria el arrollar la maleza impenetrable, rompiéndome un sendero, por vallados que me lastiman, por zarzales que me arañan. Entonces logro algún desahogo... alguno... y cuando, postrado a la sed y al cansancio, muchas veces a deshora, la luna llena se remonta sobre mí, me embosco a solas, me siento en un tronco caido, para dar algún alivio a mis plantas mal heridas, y, con el desmayado reposo, entre vislumbres me adormezco... ¡Oh Guillermo! La solitaria vivienda de una celdilla, el cilicio y el ceñidor punzante fueran alivios que anhelo con toda mi alma. Adiós; no veo a tanta desdicha otro paradero que el de la tumba.

3 de septiembre.

Voy a partir. Te agradezco, Guillermo en el alma, el haberme fortalecido en mi resolución. Llevo quince días pensando en que voy a abandonarla... Voy a partir. Allá está de nuevo con otra amiga en el pueblo; y Alberto... y... Voy a partir.

10 de septiembre.

Era de noche, Guillermo; ya todo lo contrarresto. No la he de ver más. ¡Cómo te me arrojara al cuello, para con millares de lágrimas y arrebatos, demostrarte el desenfreno de mis agitaciones entrañables! Sentado y boquiabierto en pos del ambiente, procuro sosegarme, estoy esperando la madrugada, y al rayar el sol están listos los caballos.

¡Ah!, mi dueño duerme sosegadamente, y ni sue-

ña siquiera que no me ha de ver más. Estoy como rescatado, y me he armado de entereza hasta el punto de no escapárseme un asomo de mi propósito, en dos horas de coloquio... y ¡Dios santo, qué coloquio!

Alberto me había citado para el jardín, con Carlota, sobre la cena. Me estuve en el terrado, al toldo de los castaños empinados, mirando al sol, que por la vez postrera se me trasponía, a la vega primorosa y al manso río. ¡Cuántas veces había estado aquí con ella, disfrutando tan sublime perspectiva! Y ahora... Anduve arriba y abajo por mi alameda predilecta; una vehemente corazonada me había dado tanto apego a este sitio, aun antes de conocer a Carlota; y ¡cómo nos holgábamos, en el arranque de nuestro trato, al declararnos nuestra mutua inclinación por este recinto, que positivamente es de lo más romántico que he visto estampado por el arte.

Por de contado, entre los castaños se disfruta la perspectiva más dilatada. Ya, si mal no me acuerdo, te he ido escribiendo largamente acerca del paraje donde un cerco altísimo de hayas nos ataja, y por un espesillo, se va entoldando más y más la calle, cuyo paradero es un encierro que causa el pavoroso desconsuelo de la soledad. Todavía me resiento de lo mucho que me encarnó su sensación, al asomar por primera vez aquí; hacia el mediodía, la corazonada me amagó ya insensiblemente con los anuncios de bienaventuranza y de martirio.

Habíame engolfado como media hora en el piélago de mis yertas y apacibles aprensiones de la par-

tida y del regreso, cuando la oí subir al terrado. Corrí a su encuentro, y con un escalofrío le así y le besé la mano. Al ir andando, asomó la luna sobre el cerro arbolado. Fuimos hablando sin coto, e indeliberadamente llegamos a la glorieta sombría. Entró y sentóse Carlota, Alberto a un lado, y yo a otro. Mi desasosiego me arrebató luego del asiento; púseme en pie y enfrente, anduve a diestro y siniestro, volvíme a sentar; me ahogaba la congoja. Nos hizo reparar en el hermoso viso de la luna que, al extremo del cerco de hayas, bañaba todo el terrado; vista peregrina y tanto más asombrosa, por cuanto estábamos cercados de una opaca vislumbre. Permanecimos callados, y tras un ratillo, rompió Carlota el silencio: «No hay vez que me pasee a la luna, sin que me asalte el recuerdo de los amigos que perecieron, con la sensación de la muerte y de lo venidero. Tenemos que revivir—dijo con voz entrañable y afectuosa—; pero, Werther, ¿nos encontraremos? ¿Conoceremosnos? ¿Qué barrunta usted? ¿Qué opina?
—Carlota—dije—, alargándole la mano, y con los ojos llorosos, nos hemos de ver acá y allá. Sí, nos veremos... —No pude seguir... Guillermo, ¿a qué venía tal pregunta, cuando la aciaga partida me estaba angustiando el corazón?

—«¡Si nuestros íntimos finados—continuó—alcanzasen a saber de nosotros, si percibiesen que, en hallándonos bien, los recordamos con mayor fineza!... La estampa de mi madre, se me está apareciendo sin cesar allá en tardes apacibles, cuando sentada entre estos niños, suyos y míos, se me apiñan, como se le

apiñaban entonces. Cuando miro al cielo con lágrimas dolientes, y anhelo que pueda contemplarme desde allí un momento, y ver cómo cumplo la palabra que le di en el trance de su fallecimiento, de hacer las veces de madre, cuán intensamente exclamo: perdonadme, adorada mía, si no soy para los niños lo que erais para ellos... hago, sin embargo, cuanto puedo; están vestiditos y alimentados, y lo que supone más que todo, educados y queridos. Si pudieras ver nuestra hermandad entrañable, madre sobrehumana, alabarías a Dios con el mayor ahinco de haberle pedido con tus últimas y amargas lágrimas el bienestar de tus niños...»

Esto dijo, Guillermo, y ¿quién acertará a repetir lo que dijo? ¿Cómo pueden renglones yertos y exánimes retratar aquella flor celeste de su espíritu?... Medió apaciblemente Alberto, y le dijo: «Eso os conmueve en demasía, querida Carlota; sé que ese alma está a toda hora clavada en tales especies, y así suplico... —¡Oh Alberto!—exclamó—, me consta que no has olvidado aquellas tardes cuando estábamos sentados en torno de la mesita redonda, mientras el padre estaba de viaje y los niños ya acostados. Solías tener algún buen libro, y por maravilla te avenías a leerlo... —¿El trato de aquella alma sobrehumana no valía más que todo? ¡Qué señora más bella, apacible, gozosa y siempre activa! Sabe Dios cuántas fueron mis lágrimas, derramadas en el lecho, para que se dignase hacerme su semejante.

—Carlota—exclamé, arrojándome a sus plantas y asiéndole la mano, bañándola con lágrimas a milla-

res—, Carlota, la bendición del Señor recayó en vos con el espiritu de la madre... —Si usted la hubiese conocido—me dijo, con un estrechón de mano... era muy digna de que usted la conociese... Creí morirme; nunca se habían pronunciado expresiones más sublimes y halagüeñas para mí. Carlota continuó: «Y esta señora falleció en la flor de sus años, puesto que su hijo menor era de seis meses. Su dolencia no fué larga; estaba sosegada y conforme; sólo le apesadumbraban los niños, con especialidad el pequeñuelo. A los asomos del trance me dijo: tráemelos, y llegados que fueron, los menorcillos, que nada alcanzaban, y los mayores, que estaban fuera de sí, cercaron el lecho. Alzó las manos, oró por ellos, los fué besando y los despidió, y me dijo: has de ser su madre; le di en prenda la mano. Mucho prometes—prorrumpió—, hija del alma. ¡El corazón y los ojos de una madre! He estado viendo en tus lágrimas afectuosas que percibes lo que eso encierra en sí. Trata con cariño a los hermanitos, y como verdadera mujer a tu padre; sé su consuelo. Preguntó por él. Estaba fuera, ansioso de ocultarnos la intolerable pesadumbre que le traspasaba; estaba fuera de sí.

Alberto, tú te hallabas en el cuarto. Despidió a los demás, preguntó por ti, te llamó a sí, y al vernos, con una mirada serena y satisfecha, como que íbamos a ser felices, felicísimos con nuestro enlace... Alberto la abrazó y besó, exclamando: «lo somos y lo hemos de ser.» El sosegado Alberto se enajenó, y yo vine a quedar fuera de mí.

—Werther—prosiguió—: ¡y aquella mujer hubo de morir! ¡Ay Dios! ¡Cuando cavilo cómo el hombre pierde lo mejor de su vida! ¡Y sólo los niños, que se apesadumbran tanto, se estuvieron lamentando de que los hombres negros les habían robado a su mamá!...

En esto se levantó, y aunque vuelto en mí y conmovido, la tenía de la mano. «Vamos—dijo—que ya es hora.» Quiso desasirse de mi mano, y yo se la afiancé de nuevo. «Nos hemos de ver—exclamé—, nos hemos de hallar, y siempre y bajo todos los aspectos nos hemos de conocer. Voyme—dije voluntariamente—, y aun cuando yo dijese para siempre no lo cumpliría. Adiós, Carlota; adiós, Alberto. Nos veremos. —Supongo que mañana—contestó ella chanceando.» —Se me encarnó aquel mañana. ¡Ay! No sabía cuándo desprendió su mano... Marcháronse arboleda arriba; paréme, los vi a la claridad de la luna, me arrojé al suelo, lloré, gemí, levantéme, subí al terrado, y vi aun allá, entre la sombra de los empinados tilos, aquel vestido blanco resplandecer por las verjas del jardín; tendí desaladamente los brazos... y desapareció.

LIBRO SEGUNDO

20 de octubre de 1771.

Ayer llegamos. El Embajador se halla indispuesto, y se mantendrá algunos días de recogimiento. Con tal que no sea desatento, corriente. Voy, voy viendo que el destino me avasalla con arduos trances. Buen ánimo, sin embargo. Un temple apacible da vado a todo. ¡Temple apacible! Me mueve a risa el ver esa palabrilla salida de mi pluma. Un asomo de sangre sosegada me haría el viviente más bienaventurado del orbe. ¿Cómo? Al paso que otros, con sus escasillos alcances fachendean ufanísimos, ¿desconfío de mis facultades y mis prendas? ¡Dios mío!, ya que me favoreces con tales finezas, ¿por qué me despojas de la mitad y las repones en presunción y complacencia?

Paciencia y más paciencia; todo se irá mejorando. Te protesto que tienes mil razones, querido mío. Al engolfarme de continuo entre las gentes, y al ver cómo obran, cómo se entrometen, estoy más bien

hallado conmigo. A la verdad, somos tan propensos a compararnos con todo, y a comparar todo con nuestro ser, que la dicha o la desventura estriban en los objetos con que nos enlazamos, y, por tanto, la soledad es de suyo expuestísima. Nuestra imaginación, propensa por naturaleza a remontarse, fomentada por los retablos fantásticos de la poesía, se fragua allá una jerarquía de esencias, siendo los ínfimos nosotros, y todo nos deslumbra como peregrino y consumado respecto a nuestra pequeñez, y esto es naturalísimo. Estamos palpando a menudo tantas carencias de cuanto vemos en poder ajeno, que brindamos, en cambio, con todo lo nuestro, con cierta complacencia ideal, y así la suma felicidad de los demás viene a ser parto nuestro.

Al contrario; si en medio de nuestras flaquezas y afanes, nos dedicamos en derechura a una empresa, con nuestras pausas y sesgos, resulta luego que nos aventajamos a cuantos navegan a vela y remo, y entonces se patentiza el poderío del individuo que toma la delantera a los demás.

26 de noviembre.

Empiezo a hallarme hasta cierto punto tolerablemente. Lo mejor es que abunda el quehacer, y con él, las gentes, cuyas figuras nuevas y variadas vienen a formar un teatrito vistoso para mi espíritu. He venido a conocer al conde de C..., sujeto a quien debo venerar más por cada día; sujeto capacísimo, y no por esto menos afectuoso; antes, por los muchos objetos que abarca, se explaya su disposición

para la intimidad y el cariño. Se interesó por mí desde que despaché con él un negocillo, y a las primeras palabras se hizo cargo de que nos entendíamos, y que podía explicarse conmigo cual no con todos. Celebraré hasta lo sumo su franqueza conmigo, por cuanto el júbilo más entrañable que cabe, es ver un corazón magnánimo, que se pone de manifiesto.

24 de diciembre.

El Embajador me da tantísimo enfado como me había previsto; es el majadero más quisquilloso que se vió jamás. Meticuloso y detallista, todo lo desmenuza como una tía, y siempre desavenido consigo mismo, mal puede avenirse con los demás. Tengo mis despachaderas, y como sale la obra, así queda; pero allí está él en acecho para devolverme el borrador y decirme: «Está corriente, pero déle usted un repaso, y hallará expresiones más adecuadas y alguna particulilla más airosa.» Y yo me doy a todos los diablos. Nada de enlaces ni de conjunciones, y es enemigo mortal de toda inversión, aunque me salga de suyo. En no estando las cláusulas entonadas a su sonsonete, traído de los cabellos, ya no le caben en los cascos. Es un martirio el tener que habérselas con tales entes.

Hasta ahora la confianza con el conde C... es mi único resarcimiento. Díjome últimamente con muchas veras lo infinito que le incomodaban las pesadeces y nimiedades del Embajador. «Hay gentes puestas en atormentarse a sí mismas y a los demás;

pero— dijo—es forzoso conformarse, como un viandante, cuando se le atraviesa un cerro; pues cierto que si el cerro no mediase, el camino sería más cómodo y más breve; pero él se atraviesa, y hay que tramontarlo.»

Mi principal, tiene entendido que yo estoy en mejor lugar que su señoría para con el Conde; causa de enojo, que le induce a asir de la melena toda ocasión para zaherir en mi presencia al Conde; y como le contradigo cual corresponde, se agrava la indisposición. Ayer me alborotó afirmando que el Conde, en cuanto a negocios, tenía despachaderas y además escribía bien; pero que, en instrucción fundamental, escaseaba como todos los aficionados a las letras. En esto puso un semblante como si dijese: allá va el saetazo; pero no me hizo mella, pues menosprecio a quien piensa y obra de tal modo. Sin descomedirme, le contrarresté con decorosa vehemencia. Díjele, que el Conde era sujeto apreciable por su carácter y su literatura. «A nadie—añadí—he conocido tan aventajado para explayar su entendimiento, abarcando un sinnúmero de objetos, sin que amaine su actividad para el trato general.» Esto fué para él, como si le hablara en griego, y me prometí no tener que tragar más hiel con sus despropósitos.

La culpa recae sobre quien me ha enganchado para este yugo, cacareándome tanto la colocación. ¡Colocación! Si quien siembra patatas y acude al mercado por trigo no hace más que yo, quiero que me amarren por diez años más a la galera donde estoy bogando.

¡Qué charolada desdicha la de estas gentes inmundas que se están viendo de continuo; su manía de grandezas, el afán con que se acechan y fiscalizan para anteponerse un pasito en sus competencias; los arranques lastimosos y deplorables, mal encubiertos! Hay una dama, por ejemplo, que a todos habla de su nobleza y de sus haciendas, en términos de embaucar a los extraños, y es una necia que, con sus humos, de sangre azul y de heredades, sueña mil portentos; y luego, lo que enfada más, es el saber que es hija de un escribientecillo. No alcanzo el desconcierto humano, que tan torpemente se desborda.

A la verdad, amigo del alma, que por cada día echamos de ver el desvarío de ajustar los demás a su propia medida, y como tengo tanto que hacer conmigo mismo, y es tan alborotado este pecho, dejo a los demás que sigan su camino, con tal que me dejen andar por el mío.

Lo que más me vuela, es la aciaga etiqueta de los conciudadanos. Me hago cargo, como cualquiera, de la necesidad de las jerarquías y de las ventajas que acarrean; pero que no atajen el camino por donde se me depare disfrutar algún logro, y allá cierta vislumbre de felicidades sobre la tierra. Trabé últimamente conocimiento con la señorita de B... en el paseo, de suyo amabilísima y de esclarecidas prendas, en medio de su vida empalagosa. Nos fué gustoso el coloquio, y, al despedirnos, le pedí permiso para visitarla. Se me brindó con tanto agrado, que estuve impacientísimo de que se rodease la oportu-

nidad de verla. Es forastera y vive con una tía, cuya cara no me plugo. Le rendí mil atenciones, encaréme siempre con ella, y en una media hora, quedé enterado de lo mismo de que luego me informó la señorita, a saber: que la amada tía, en su desahuciada vejez, no tenía más arrimo, más potencias, ni más pensamiento que la jerarquía de sus antepasados, con los cuales se atrincheraba, sin más recreo que el mirar desde su encumbramiento a los rastreros plebeyos. Había sido hermosa en su mocedad; y, endiosada con su presunción, había tenido a deporte el martirizar a algunos jovenzuelos; luego, en su madurez, había tenido que avenirse al mando de un oficial de graduación, y a tanta costa, con un mantenimiento regular, había cargado con el Matusalén, ya difunto. Ahora se ve yertamente aislada, sin reparar en que lo estaría mucho más sin el arrimo de su preciosa sobrina.

8 de enero de 1772.

¿Qué vienen a ser los hombres cuya alma, clavada en la etiqueta, se desvela y afana años y años tras un asiento en la mesa hacia la cabecera? Y no porque dejen de llamarles otros intereses; antes redoblan su ahinco para descargarse de los enfadillos que le acarrean asuntos de la mayor entidad. La semana pasada se corrieron patines y quedó aguado el recreo.

Es un mentecato el que no ve que el lugar nada influye, y que quien ocupa el primero, por maravilla es el galán de la comedia. ¡Cuántos reyes se go-

biernan por sus ministros, y cuántos ministros por sus secretarios! Y entonces, ¿cuál es el primero? Aquel, a mi parecer, que los enseñorea a todos, y goza tal predominio sobre la caterva, que se vale de las facultades y alcances de tantos, para el cabal desempeño de sus intentos.

20 de enero.

Voy a escribirte, Carlota del alma, en la estancia de un cortijo, donde me estoy guareciendo de un aguacero furioso. Mientras yacía anidado en el destierro de D..., bajo forasteros, forasterísimos a mi corazón, no he podido disponer de un instante, y sobre todo de mi pecho, para escribirte; y al fin, en esta choza, en esta soledad, en esta estrechez, donde la nieve y el granizo a redobles se estrellan contra mi ventana, has sido tú mi primer pensamiento. Al poner aquí el pie se me estampó esa imagen, con esos arranques, ¡oh Carlota!, tan peregrinos, tan entrañables, ¡ay Dios mío!, el primer momento venturoso de este plazo.

Si vieses, idolatrada mía, en el raudal de mis trastornos, ¡qué vuelco el de mis potencias!, ni un instante de desahogo para mi pecho, ni una hora dichosa... nada, nada. Estoy como en una tienda de juguetes; miro gente y caballos que revolotean, y suelo preguntarme a mí mismo si será una ilusión óptica. Juego, y aun juegan conmigo a fuer de polichinela; voy a asir al vecino por el brazo de madera, y, trémulo, me retiro. Por la tarde estoy en ánimo de disfrutar la salida del sol, y me apoltrono

en mi lecho; entre día, cuento recrearme con la claridad de la luna, y permanezco en mi cuarto. Ni sé a derechas por qué me levanto y por qué me acuesto.

El alimento que vivifica mi esencia se apuró; el móvil que a deshora de la noche me tenía alborozado, voló; y el que por la madrugada me desvelaba, no asoma.

Una sola criatura de tu sexo he hallado aquí, una señorita de B..., como tú, querida Carlota, si cabe semejanza contigo. Si me tachases de cumplimentero, no andarías muy desacertada. De algún tiempo acá he parado en chusco, y no puedo ser de otro temple; soy agudo, y las damas andan diciendo que nadie sabe requebrar como yo—ni mentir, dirás tú, que es requisito cierto, como se deja entender—. Hablo de la señorita B... Es despejada, y sus ojazos azules se enteran de todo. Su jerarquía le pesa, porque con nadie congenia. Se desentiende del bullicio, y allá ideamos largas horas con primores campesinos de acendrada dicha, y contigo. ¡Cuántas preciosas ausencias la deberás! Ya se las estás debiendo, puesto que se muestra gozosísima al oirme hablar... ya te quiere.

¡Si yo me postrase a esos pies en ese cuartito de placentera confianza, y que nuestros pequeñuelos del alma traveseasen en torno, y si alborotasen demasiado, los atraería con un cuentecillo medroso para acallarlos!...

El sol se pone magníficamente, bañando la campiña nevada; tramontó la tempestad, y yo... tengo que enjaularme de nuevo... Adiós. ¿Se halla ahí

Alberto? ¿Y en qué términos?... Perdóneme el Señor esta preguntilla.

8 de febrero.

Padecemos hace ocho días un temporal fierísimo; mas para mí es gloria. Desde que estoy acá no se ha engalanado el cielo con día más apacible que cuando nadie me asalta y desencaja. En lloviendo, ventiscando, helando o deshelando; ¡hola!, digo para mí, no lo pasaré peor en casa que fuera, y entonces todo va de perlas. Asoma el sol con anuncios de serenidad... no puedo menos de prorrumpir: el cielo nos favorece, no faltarán visitas, ¿cómo es posible? Mucho de saludos, risitas, recreo... todo majadería, insensatez, bostezadero, por más que se charolen con otros dictados. Me les pondría mil veces de rodillas, para que no loqueasen así de temporal.

17 de febrero.

Me temo que el Embajador y yo vamos a descompadrar de remate, y muy pronto, por cuanto el hombre es absolutamente intolerable. Sus resabios en el despacho son tan sumamente ridículos, que no está en mi mano el dejar de contradecirle y entablar los negocios según mi método y mis alcances, aunque para él, como es de suponer, va muy a tuertas; sobre lo cual ha representado a la Corte, y el Ministro me ha hecho una reconvención amistosa, pero, en fin, reconvención, y estaba en ánimo de pedir mi separación, cuando recibo de él una carta

de intimidad (1), una carta, ante la cual, puesto de rodillas, he adorado su esclarecido y atinado entendimiento. ¡Cómo trata de moderar mi sensibilidad excesiva! ¡Cómo decanta y califica de denuedo juvenil, mis conceptos grandiosos de actividad, mi influjo para con los demás, mi arrebato en el despacho, procurando no desarraigar estos arranques, sino suavizarlos y entonarlos, para, poniéndolos en quicio, surtir un efecto poderoso! Así es que en estos ocho días me he fortalecido y concentrado en mí mismo. El sosiego del ánimo y contentamiento íntimo es un logro apreciabilísimo... con tal, amigo del alma, que esta alhaja no fuese tan quebradiza como linda y costosa.

20 de febrero.

El Señor os bendiga, queridos míos, y os franquee tantos días venturosos como a mí me faltan.

Te agradezco, Alberto, el haberme engañado. Estaba colgado del anuncio de tu desposorio venidero, y tenía dispuesto el desprender solemnemente el perfil de Carlota de la pared, a fin de sepultarlo con otros papeles. Están ustedes ahora emparejados, y el retrato permanece así. ¿Por qué no? Sé que estoy ahí entre ustedes, que por ti permanezco en salvo en el corazón de Carlota, donde ocupo el segundo

(1) Por miramiento se han cercenado algunas cartas y alusiones más adelante, pues la curiosidad pública no podría descargarnos de la nota de inconsideración, en que, sin estas preocupaciones, pudiéramos incurrir.



lugar, y quiero y debo conservarlo. Sólo estando loco pudiera trascordarlo... Alberto, la aprensión sola, es para mi un infierno. Pásalo bien, Alberto; pásalo bien, ángel del cielo; pásalo bien, Carlota.

15 de marzo.

He padecido un sonrojo que, sin arbitrio, me arroja de aqui. Mis dientes rechinan, ¡qué diablura!, y a ver: ¿quién tiene la culpa, sino tú, que me espoleabas, zaherias y martirizabas, para agenciarme un destino que no me podía congeniar? Ya lo tengo, allá va... Y para que no me vengas diciendo que mis aprensiones desencajadas lo transfiguran todo, ahí tienes, mi dueño y señor, una relación lisa y sencillísima, cual un historiador pudiera delinearla.

Que el Conde de C... me aprecia y me particulariza, es muy notorio, y te lo he dicho repetidamente. Disfruté su mesa ayer mismo, día en que, por la tarde, hubo tertulión de ambos sexos y de sangre azul, en lo cual no caí ni recapacité por cierto, que no es dado terciar por tales alturas a nosotros los subalternos. Adelante. Como con el Conde, paseamos luego por el salón, sobreviene el coronel B..., y se fué haciendo hora para la concurrencia. Dios sabe que nada se me puso por delante. Asoma la reverenda señora de S..., con su caballero esposo y su maciza y gansilla señorita, pechihundida y encotillada a los mil primores; enarcan al paso sus altaneras cejas, mirando a reojo, y como esta ralea me es de suyo tan entrañablemente contrapuesta, iba a despedirme, y estaba tan sólo aguardando a que

el Conde se desenzarzase de la faramalla cumplimentera, cuando entra mi señorita B... Como mi corazón se explaya siempre un tanto al verla, trato de quedarme, me coloco a su espalda, y tras un ratillo, echo de ver que me hablaba, no como solía, con soltura, sino con cierto empacho. Extrañé la novedad. ¿Si será una de la grey?, estuve pensando. Y desatinado, quise irme. Permanecí, no obstante, ya por estar propenso a sincerarla; no acababa de creerlo, esperaba de ella un agasajo, y... lo que quieras. Entretanto se fué cuajando la tertulia. El barón F..., de pontifical, con su gala de la coronación de Francisco I; el consejero áulico R..., echando el resto, y el titulado caballero S..., con su sorda consorte, etcétera; no olvidemos el mal pergeñado J..., que reviste el desfalco de sus antiguallas, mal paradas, con arrapiezos flamantes; se fué agolpando la garulla; hablé con algún conocido, y estuvieron todos muy lacónicos. Quedé enterado, y sólo hice alto en mi B... No advertí que las damas secreteaban al extremo del salón, que los hombres se arremolinaban, y que la señora de S... hablaba con el Conde (como me lo ha referido después la señorita B...), hasta que, al fin, el Conde, llamándome a una ventana, me dijo: «Ya está usted impuesto en nuestras peregrinas etiquetas; parece que la concurrencia lleva a mal la presencia de usted. Por mí, ni aun asomo... —V. E. habrá de perdonar; pues ya debiera yo haber caido en eso; y me consta que se me disimulará esta torpeza: quería hacer rato, despedirme, añadí, pero algún espíritu maligno me ha

detenido.» Y, sonriéndome, le hice mi acatamiento. El Conde me estrechó la mano con un ahinco que lo decía todo. Fuíme escurriendo pausadamente de la lustrosa concurrencia. Tomé un calesín, y me marché hacia M..., para contemplar, desde la cumbre, la puesta del sol, y leer allí, en mi Homero, el canto magnífico sobre el hospedaje del excelente mayoral, a Ulises. Con esto quedé entonado.

Acudí por la noche a cenar, y había algunos huéspedes en el comedor, quienes, para jugar al chaquete, habían recogido el mantel a una esquina de la mesa. Llegó el caballero Adelín, arrimó el sombrero, y al verme, vino flechado, y me dijo quedito: —«¡Qué sonrojo has tenido!—¿Yo?—le dije—. El Conde te ha dado dimisorias de la tertulia.—Así la llevara el diablo—insistí—. Tenía afán por respirar el ambiente libre.—Siempre es un consuelo—dijo—el tomarlo con frescura; lo que siento es que la especie anda ya volando por dondequiera...» Entonces fué cuando empezó a remorderme el gusanillo. Cuantos se iban sentando a la mesa, y me miraban, estaba yo cavilando... éstos te clavan la vista por el asunto. La sangre se me volvía ponzoña.

No falta ahora quien, al verme entrar, se conduele, por cuanto oigo que mis émulos están en sus glorias cacareando: ahí está el hombre que se ladeaba con los más empinados, el que se finchaba tanto con sus alcances, y creía sobreponerse a todos los miramientos. Toda la consiguiente vocinglería. ¡Es para clavarse un cuchillo en el pecho! Hable quien quiera de tesón; vamos a ver cómo aguanta que la pi-

lleria ande maldiciendo, considerándose en lugar preeminente. Cuando las hablillas son infundadas, cualquiera se hace el desentendido.

16 de marzo.

Todo me acosa. Me encuentro hoy con la señorita B... en la alameda; no puedo menos de hablarla, y de manifestarle, apenas se desvian las gentes, mi pesar, por su extrañeza consabida. «¡Oh Werther!—me dice—con acento entrañable.—¿Conociendo mi corazón, puede usted interpretar así mi trastorno? ¡Cuánto padecí por su causa, apenas le vi en el salón! Todo lo previ, y cien veces lo tuve en la punta de la lengua, para decírselo a usted. Sabia que la de S... y la de T..., antes se hubieran estrellado con sus íntimos, que consintiesen en permanecer con usted. Sabia que el Conde no quería indisponerse con usted, y de ahí la corrección. Encubriendo mi asombro,—¿«cómo, señorita?—dije—; y al punto, cuanto me había informado anteayer Adelín, me corria como agua hirviendo por las venas.—«¡Cuánto estuve padeciendo!»—dijo la angelical muchacha, arrasándosele los ojos—. No era dueño de mí, y tuve impulsos de arrojarme a sus plantas.—Explíquese usted—exclamé—. Las lágrimas le bañaban las mejillas. Estaba fuera de mí. Se enjugó sin rebozo, y siguió:—«Está usted enterado acerca de mi tía; estaba presente, y ¡con qué ojos lo registraba todo! Werther, anoche le oí una plática, y hoy tempranito otra, sobre mi trato con usted, y he tenido que oir cómo le abominaban, le abatian, sin poder ni atreverse a sincerarle, sino a medias.»

Un estoque era cada palabra suya, que me atravesaba las entrañas. No se hacía cargo que, fuera conmiseración conmigo el callarme todo eso, y sólo añadió cuanta glosa se haría, y cuán triunfantes se ostentarían cierta especie de gentes. ¡Cómo se engreirán y me pellizcarán, con el escarmiento de mi presunción y menosprecio general, que tanto me tienen vituperado! ¡Y oir todo eso Guillermo, con el eco del interés más entrañable!... Estaba ido, y ahora mismo, interiormente, me enfurezco. Anhelaba que alguien osase echármelo en rostro para enristrarle una estocada, la vista de la sangre me balsamaría. Cien veces he empuñado ya un cuchillo para franquear aliento a mi pecho atosigado. Se habla de una casta de caballos, que al verse sobremanera acalorados y desbocados, se abren por instinto una vena, para desahogar la respiración; así pudiera yo abrirme la vena que me acarrease independencia perpetua.

24 de marzo.

He pedido a la Corte mi licencia, que supongo se me concederá, y me habrás de perdonar, si antes no te he pedido permiso. Tenía que hacerlo, y me figuro cuánto me dirías para reducirme a continuar, y además... Haz por amainar el temple de mi madre, pues yo no alcanzo a tanto, y quizá no le disguste el que yo me calle. Estará, por cierto, apesadumbrada. El ver atajada la brillante carrera de un hijo que allá se encumbraba a consejero áulico, a embajador, quedando reducido a la grey del establo...

Dispón sobre esto como gustes; arregla las proporciones asequibles en que hubiera debido mantenerme... corriente, me voy; y para venir a manifestarte mi paradero, está aquí el Príncipe... que se complace sobremanera con mi trato, y apenas supo mi ánimo, me instó para que nos fuésemos juntos a veranear, una temporadilla amena en su quinta. Se ha comprometido a dejarme a mis anchuras; y como hasta cierto punto nos entendemos, voy a disfrutar este logro, y me avengo a acompañarle.

19 de abril.

Gracias por tus dos cartas. No contesté porque detuve la esquela hasta que llegase mi despido de la Corte, receloso de que mi madre agenciase con el ministro el atajar mi propósito. Esto es hecho, vino la licencia. No sabré decirte cuán violento les ha sido el despacharla, y en qué términos me escribe el ministro; entonces volvería la cantinela de las lamentaciones. El Príncipe heredero me ha enviado veinte y cinco ducados para el viaje, con una palabrita que me ha enternecido; por tanto, se hace excusable el dinerillo que te pedí últimamente.

5 de mayo.

Salgo mañana, y como mi pueblo sólo dista seis millas de la carretera, le daré un vistazo, para renovar especies de días cuajados de sueños venturosos. Quiero volver por la puerta hasta donde me acompañó mi madre a mi salida, cuando a la muer-

te de mi padre abandonó el querido y regalado sitio para encarcelarse en la ciudad. Adiós, Guillermo, quedarás enterado de mi marcha.

9 de mayo.

He terminado la romería hacia mi patria con todo el fervor de un peregrino, y me han sobrevenido impulsos inesperados. Hice alto al grandioso tilo, a un cuarto de hora del pueblo, junto a S...; me apeé, enviando delante al postillón, para ir a pie empapándome en los recuerdos, ya nuevos y agudos, que embargaban mi pecho. Paréme bajo el árbol que, allá de niño, era el paradero y linde de mis paseos. ¡Qué diferencia! Entonces ansiaba, en mi venturosa inexperiencia, salir a volar por ese mundo desconocido, donde soñaba tanto pábulo y tanta complacencia para mi corazón, colmando así y halagando este pecho desaforado y anhelante. Heme aquí ya desembarcando del anchuroso mundo... ¡Ay, amigo del alma! ¡Con cuánto desengaño! ¡Con cuánto vuelco de mis planes y de mis esperanzas! Me encaré con la montaña que millares de veces atajó mis anhelos. Sentéme, como una hora, ensimismado; allá me engolfé por bosques y valles que tan halagüeñamente se me vislumbraban, y cuando llegó el punto de seguir la derrota, ¡con cuánta repugnancia fuí perdiendo de vista aquel sitio del alma! Al acercarme al pueblo, anduve saludando jardines y glorietas, extrañando los nuevos y cuantas alteraciones se habían ejecutado. Metíme por la puerta, y halléme en todo y por todo de vuelta. Querido mío: te lo diré en globo, pues los pormenores, para mí tan en-

trañables, se volverían morlés de morlés por su semejanza. Estaba en ánimo de hospedarme en el mercado, junto a nuestra antigua casa; pero advertí que la escuela, donde una reverenda anciana había juntamente engolosinado nuestra niñez, estaba trocada en tienda. Recordé el desasosiego, los lloros, el atolondramiento y los apuros padecidos en la zahurda... No daba paso en que no me embelesase; un peregrino en la Tierra santa no hace tanto caudal de arranques espirituales, y con dificultad sentirá tan conmovidas sus entrañas. Vaya un rasgo por miles. Anduve rio abajo hasta un corralón; éste, solía ser por lo más mi rumbo y el lugarcillo donde los muchachuelos nos ejercitábamos a cuál hacía rebrincar más las chinas por la corriente. Recordé intensísimamente, cuando solia plantarme a la orilla, con cuán vehementes corazonadas seguia el raudal, qué pintorescas me representaba las comarcas por donde habia de pasar, y qué pronto quedaba atajada mi fantasía; y, sin embargo, debía tramontar más y siempre más, hasta que venía a confundirme en la perspectiva de una lejanía inapeable. Hazte cargo, amado mío, de que tan limitados y tan venturosos eran nuestros antepasados, y tan aniñada su sensibilidad y su poesia. Cuando Ulises habla del piélago inmenso y de la tierra sin límites, esto es propio, humano, íntimo, ceñido y entrañable. ¿Qué me importa el que pueda repetir con cualquiera estudiantillo que esto es una bola? El hombre emplea pocos terrones para su regalo, y menos para su descanso.

Ahora estoy aquí en el coto del príncipe, quien lo deja disfrutar con el dueño, que es corriente y sencillo. Abultan a su lado sujetos que no llego a calar. No parecen bribones, y, sin embargo, tampoco tienen traza de señores. Suelen mostrarse atentos; pero yo estoy siempre receloso. Es lástima que el tal señor hable de asuntos sólo por lecturas o por oídas, y aun encajándolos en la situación en que se los presentan.

Aprecia más mis alcances y mi desempeño que mi pundonor, que es mi prenda solitaria, el manantial de todo, de potencias, de ilustración... y desventuras. ¡Ah! Lo que yo sé, lo aprende cualquiera... el corazón es acá para mí solo.

25 de mayo.

Me andaba cierta especie por la mente, que ni aun quería apuntarte hasta que cuajase; y ahora que ya voló, corriente. Quería meterme a guerrero, y estuve ahincadamente aferrado en el intento; y ésta ha sido principalmente el títere de mi venida con el príncipe, que es general en el servicio de... Paseando le desembocé mi ánimo: me lo desaconsejó, y hubiera sido más bien disparo que antojo, el no dar oídos a sus razones.

11 de junio.

Di cuanto quieras, no está en mi mano el permanecer. ¿Qué hago aquí? El tiempo se me apelmaza. El príncipe me agasaja cuanto cabe, pero no estoy en mi asiento; pues al cabo el desnivel es sumo. Es

sujeto despejado, pero adocenadillo. El trato nuestro no me aprovecha más que si leyera algún librito elegante. Tiraremos todavia una semana, y luego a volar otra vez. El único resultado de provecho en esta mansión, es el del dibujo. Al príncipe se le entiende el arte, y pujaría más, si no lo amarrase su pobrísima teórica, y la nomenclatura vulgar. Rabio a veces, cuando se dispara acaloradamente mi fantasía tras la naturaleza y el arte, y cree obrar a los mil primores viniendo a darme un encontrón con algún terminillo facultativo y del conjuro.

16 de julio.

No trato más que de ser un viandante, y como un lío sobre la tierra... allá nos vamos todos.

18 de julio.

¿Adónde voy a parar? Ese es el afán que, en confianza, me desembozas. Todavia seguiré por acá quince dias, y luego estoy rumiando el ir a visitar las minas de...; pero, al cabo, ni por sueño; mi ánimo me lleva hacia las cercanías de Carlota; a esto se reduce todo. Me sonrío de mis arranques... y allá me voy tras ellos.

29 de julio.

No; está bien, bien... Yo... ¡Su marido! ¡Oh Dios que me criaste!, si me labraras esta bienaventuranza debiera yo pasar la vida en plegarias entrañables. No entro en contiendas, mas perdóname estas lágrimas, y perdóname mis anhelos infructuosos... ¡Si fuese mi consorte!... Si estrechase en mis brazos

la criatura más peregrina que vió el sol.... Me estremezco de pies a cabeza, Guillermo, cuando Alberto abarca su cuerpecillo gentil.

Y ¿me atreveré a decirlo? ¿Por qué no, Guillermo? Sería más venturosa conmigo que con él. No es hombre para colmar los anhelos todos de aquel corazón. Cierta escasez de sensibilidad, una escasez... tómalo como quieras; los latidos de su pecho desafinan... ¡Oh!... Con los pasos de un librito halagüeño, donde mi corazón y el de Carlota se hermanan; en otros mil trances, cuando sucede que nuestros arranques se patentizan a un tercero... Guillermo mío... La ama, es verdad, entrañablemente, y ¡a qué no es acreedor tanto cariño!

Un pasado me interrumpe; enjugué mis lágrimas. Estoy trastornado. Adiós, querido mío.

4 de agosto.

No me encuentro solo en este trance. Malogros y desengaños se agolpan sobre el linaje humano. Visité a mi buena campesina en los tilos; el mayorcillo se me abalanzó, y a su gozoso alarido acudió la madre, que se mostró muy abatida. «Mi buen señor, fué su primera expresión, Juanillo se me murió.» Era su menorcillo; quedé suspenso... «Y mi marido—continuó—volvió de Suiza sin alcanzar nada, y sin las buenas almas hubiera tenido que pordiosear; le sobrevinieron calenturas...» No acerté a contestarle, despedí al niño; brindóme con unas manzanas, las tomé, y desviéme del solar de los aciagos pensamientos.

21 de agosto.

Que me alargue cualquiera la mano, ya no es a mi modo. Raya a veces allá una alegría en la carrera de mi vida; pero ¡ay de mí!, que es sólo por asomadas... Allá, en mis soñados desvaríos, se me apodera la aprensión de si Alberto falleciese... tú podrías... sí... ella podría... y entonces vuelo en alas de mi devaneo, hasta asomarme a un derrumbadero, del cual cejo...

Cuando salgo de los portales hacia el camino por donde fuí con Carlota al baile, todo ha padecido un vuelco; todo absolutamente ha ido al través. Ni un viso de lo anterior, ni un latido de la sensación pasada. Me sucede como quien volviera del otro mundo a visitar, tras un incendio y rematada asolación, un alcázar, edificado por un príncipe esplendoroso, colmado de mil primores suntuosos, dejado en herencia al morir, entre gallardas esperanzas, a sus amados hijos.

3 de septiembre.

Mi cavilación no alcanza cómo puede caberle otro cariño, puesto que yo tan vinculada, entrañable y colmadamente la idolatro, y nada conozco, sé, ni tengo más que ella sola.

4 de septiembre.

Por supuesto, como entramos en la otoñada, todo se vuelve otoño por mí y por los alrededores. Mi lozanía amarillea, y luego hallaremos en hojarasca la

gala de estos árboles inmediatos. ¿No te hablé del campesino de marras con quien tropecé a mi llegada por acá? Me informé de él en Wahlheim; y supe que había salido de la casa donde servía, sin que nadie se acordase ya de sus andanzas. Encontréme con él ayer, casualmente, en el camino de otro lugarejo; hablé, me contó sus cuitas, que me lastimaron en gran manera, como lo echarás de ver, desde luego, al repetírtelas. ¿Y a qué viene todo esto? ¿Por qué no me reservo para mi lo que tanto me angustia y traspasa? ¿A qué te estoy molestando? ¿A qué menudeo con mis lástimas para que me compadezcas y ampares? Así será, y esto mismo vendrá a ser parte de mi destino.

Contestóme el mozo, al pronto, con sosegado desconsuelo y aun con visos de esquivez; pero luego, franqueándose conmigo aun más que cuando nos empezamos a conocer, me puso de manifiesto sus yerros y me lloró sus desventuras. ¡Así pudiera, amigo del alma, representarte al vivo sus expresiones! Conoció y aun me refirió, con muestras de fruición y de gloria en su recuerdo, que su pasión por el ama iba de día en día en aumento, sin saber lo que se hacia o cómo se expresaba, sin saber dónde metía la cabeza...; que no podía ni comer, ni beber, ni dormir, andaba atragantado, había hecho lo que no debía, olvidando lo que se le encargara, y andaba como arrebatado por algún espíritu maligno; hasta que un día, sabedor de que estaba el ama en una guardilla, la había seguido, o más bien atraídola al desván; y como no daba oidòs a sus instan-

cias, trató de violentarla a viva fuerza; no sabía lo que le había sucedido; y ponia a Dios por testigo, de que siempre se habia portado lealmente en sus miras para con ella, y nada anhelaba tan ansiosamente como el desposarse y pasar la vida en su compañía. Tras estas razones, empezó a tartamudear como si le quedase por decir lo que no se determinaba a expresar, y por fin me confió con encogimiento que le había consentido algunas demasías, y casi había acabado de favorecerle. Se interrumpió dos o tres veces; y, redoblando vivísimas protestas de que en nada quería tildarla, se ratificó en que la amaba y apreciaba como antes, que nunca la había tomado en boca, y lo decía solamente para persuadirme de que no era un hombre ruin ni insensato... Y aquí, querido mío, vuelvo a mi cantinela de tabla; ¡así pudiera representarte el hombre, como se me aparecía y se me está todavía apareciendo! ¡Así acertase a decírtelo todo, para que te hicieses capaz de cuanto me interesaba y debía interesarme en su suerte! Ahora bien: tú sabes la mía, y me conoces, y, por tanto, sabes muy bien cuál es mi apego para con todo desventurado, y especialmente con éste.

Al repasar estos renglones, advierto que se me trascordó el paradero de la historia, que desde luego se deja adivinar. Resistióse la querida, sobrevino el hermano; con quien desde atrás estaba mal quisto, habiéndole mucho antes despedido de la casa, temeroso de que un nuevo enlace de la hermana defraudase a sus hijos de la herencia, que, no teniendo sucesión, estaban esperanzados de lograr;

echóle el hermano de la casa, armando tal conmoción que, aun cuando ella lo desease, no lo admitiría de nuevo. Por tanto, había admitido otro criado, por el cual dicen se había estrellado con el hermano, y se tenía por positivo que se casaría con él, pero que él estaba resuelto a no tolerarlo.

Cuanto te refiero no lleva pinceladas de realce, si acaso brochadas de mengua, y lo habré embastecido, puesto que va relatado en nuestros términos cultos y estudiados.

Este cariño, esta lealtad y estos extremos, no son tampoco invención poética. Vive en su acendrada pureza en esa ínfima clase que llamamos inculta y zafia, nosotros los acicalados... desafinados sin provecho. Lee, te lo suplico, devotamente la historia. Hoy no me muevo por escribirte; ya ves, por mi letra, que ni rasgueo ni me atropello, como acostumbro. Lee, mi querido, y recapacita que es la historia de tu íntimo del alma. Así me ha sucedido, así me sucederá, y no soy ni la mitad de valiente y denodado, como ese desventuradillo con quien no acierto a compararme.

5 de septiembre.

Ha escrito ya una esquela a su marido al campo, donde está por intereses. El encabezamiento es del tenor siguiente: «Amadísimo, preciosísimo, a casa volando, a paladear las dichas que te esperan...» Cierto amigo, recién llegado, trajo la noticia de que las circunstancias le imposibilitaban el volver tan pronto. El papelillo estaba de manifiesto, cayó ano-

che en mis manos, leílo y sonreíme. Preguntándome el motivo: «La imaginación—exclamé—es un sobrehumano; he podido por un momento figurarme que se ha escrito por mí.» Se desentendió, al parecer, con enojo, y callé.

6 de septiembre.

Asomó algún ceño hasta que deseché mi casaca azul y sencillita, con la que bailé por la vez primera, siendo pareja de Carlota, y que a la verdad iba estando deslucida: pero la he sustituído con otra absolutamente igual, hasta en collete y solapas, como también mi chupa y calzón amarillo.

No tendrá esto trascendencia; mas no sé... quizá con el tiempo me encariñe con ella.

12 de septiembre.

Ha estado algunos días de viaje, en busca de su Alberto. Hoy entré en su cuarto, me salió al encuentro, y le besé la mano con mil glorias.

Un canario le voló del espejo a su hombro. Un amigo más—dijo—y lo atrajo a la mano. Es para mi niñito. ¡Es tan mono! ¿Ve usted? Cuando le doy pan, aletea y lo pica con garbo. También me besa, ¿ve usted?

Puesto en la boca, se desvivía tan cariñosamente tras los almibarados labios, como si alcanzase a disfrutar la bienaventuranzas que paladeaba.

«Béselo usted también» —dijo—y me alargó el pajarillo. Voló boquiabierto de su boca a la mía, y el picoteo afectuoso fué como el ambiente y la sensación de un goce peregrino.

«Sus besos se me antojan como hambrientos; busca sustancia, y se desentiende, enojado, de los meros halagos»—le dije.

«También me toma la comida de la boca»—contestó—; le presentó unas miguitas en los labios, cuajados de sonrisas y de interés cariñoso por los logros de la inocencia.

Aparté la vista. ¿Para qué hacer eso? No debiera acalorar mi fantasía con estos rasgos de inocencia y de dicha sobrehumana, y desadormecer mi pecho, mientras se mece en el regazo de la indiferencia... Mas ¿por qué no?... Me trata con esta confianza, porque sabe adónde llega mi cariño.

15 de septiembre.

Es asunto de enfurecerse, el ver hombres sin alcance ni aprensión para lo poquísimo que hay en la tierra digno de aprecio. Ya sabes los nogales, a cuya sombra me senté con el respetable cura de St... y Carlota. ¡Qué arbolones tan asombrosos! ¡Sabe Dios cómo se regalaba con ellos mi espíritu embebecido! ¡Con qué halagüeña frescura entoldaban el umbral de la Abadía! ¡Qué ramaje tan pomposo, con el recuerdo del venerable eclesiástico que hacía tantos años los había plantado! El maestro de niños nos había repetido el nombre, que había oído a su abuelo; sujeto apreciabilísimo sería, y su memoria se me hacía sagrada debajo de los árboles. Sabe que el maestro me contó ayer, todo lloroso, que los habían cortado. —¡Cortado!— Estuve a pique de enloquecer: asaeteara al sacrílego que descargó el primer

hachazo. Yo que me contristara, porque, teniendo otros dos árboles grandiosos en mi corral, el uno se descuajase de vejez, ¿he de ver esto? Y así sucede, mi íntimo del alma. ¿Qué viene a ser esa sensibilidad humana? Los vecinos todos murmuran; y la señora del cura, en la manteca, los huevos y otras ofrendas, echará de ver la llaga que ha causado al pueblo. Es la del nuevo párroco (falleció el antiguo), una arpía enfermiza que tiene mil motivos para no tomar interés en el mundo, que no se interesa por ella; una mentecata, metida a sabionda y escudriñadora de los cánones, que se afana por la reforma flamante, moral y crítica de la cristiandad, emboscada en los desvaríos de Lavater, con su salud quebrantadísima, en ayunos de todo recreo sobre la tierra; tal era el único fenómeno capaz de cortar mi nogal. Estoy fuera de mí; ya se ve, la hojarasca le desaseaba y humedecía el atrio; los árboles le atajaban la luz, y en sazonando las nueces, los muchachos los apedreaban, y le estremecían los nervios, la perturbaban en sus tareones, cuando careaba las autoridades de sus clásicos... Al ver a los vecinos, en especial los ancianos, tan indispuestos, les pregunté: ¿Por qué lo habían tolerado? «—Aquí, en el campo—me contestaron—, en queriendo el alcalde, no queda arbitrio, ya está hecho.» Pero sucedió un divertido incidente. El alcalde y el cura, que quería sacar partido del antojo de la dama, que sin esto le haría el caldo sosísimo, pensaron ir a medias. Enteróse el Concejo y dijo: «Acá para mí», pues mantenía viejas pretensiones sobre el atrio de la abadía,

donde estaban los árboles; y los vendió al mejor postor. Si yo fuese príncipe, la dama, el alcalde y el Concejo irían... ¡Príncipe!... Si yo fuese príncipe, ¿qué me importarían los árboles en mis tierras?

10 de octubre.

En viendo sus negros ojos, ya estoy en mis glorias; empero lo que me acongoja es que, Alberto no se me aparece tan feliz como él... esperaba, como yo creía serlo, cuando... No ostento pinceladas conceptuosas, mas no acierto a expresarme de otro modo... y, en mi dictamen, harto a las claras.

12 de octubre.

Ossian ha desbancado para mí a Homero. ¡Qué mundo aquel por donde me arrebata su numen! ¡Viajar sobre las selvas, atronarse con los huracanes, que traen en lluviosas nieblas a las vislumbres de la luna los espíritus de los antepasados! ¡El oír entre breñas los ronquidos de emboscados raudales, los ayes profundos de los espíritus en sus cavernas, y los lamentos de la doncella en el trance de la agonía, junto a los peñascos enmohecidos, cuajados de césped en la tumba esclarecida de su amante! Cuando me encuentro con el macilento y extraviado bardo, que por la anchurosa maleza rastrea los pasos de sus padres, y ¡ay! que da con su túmulo, y se pone luego sollozando a contemplar el ansiado lucero de la tarde, que se empoza en el undoso piélago, y se renuevan en su alma heroica los tiempos pasados, en que sus destellos propicios alumbraban los peligros del

valiente, y que la luna centelleaba en su carroza magnífica y triunfadora... Cuando leo en su frente el entrañable desconsuelo, y que los postreros desamparados campeones vacilan con el desmayo de la yerta huesa, y que sus logros, siempre nuevos y siempre fementidos, le asaltan en la presencia exánime de las sombras de los finados, y tras la helada tierra otea las oleadas de la crecida hierba, exclama: «Llegará, llegará el viandante que me conoció en el esplendor de mi lozanía, y preguntará: ¿dónde está el cantor, esclarecido hijo de Fingal? Su planta huella mi huesa, y en balde anda preguntando por mí sobre la tierra...» ¡Ay amigo! Bien pudiera yo, cual un brillante guerrero, esgrimir la espada, libertar a mí príncipe del crudo martirio de su larguísima agonía, para irme con toda mi alma tras el semidiós, ya redimido.

19 de octubre.

¡Ay qué vacío! ¡Qué hueco tan pavoroso siento acá en mi pecho!... Estoy cavilando que si llegases a internarte en mis entrañas, una vez, una vez sola, quedaría colmado todo este vacío.

26 de octubre.

Tengo por cierto, amigo mío, no como quiera, sino por cierto, ciertísimo, que la existencia de un viviente importa poquísimo, nada. Vino una amiga a visitar a Carlota, entréme en la estancia inmediata, tomé un libro, no acerté a leer, luego asi una pluma. Las oí hablar quedo; se comunicaban fruslerías,

chismes; que se casó éste, que enfermó y de gravedad aquél. «Tiene una tos seca; las coyunturas le asoman a la piel, se desmaya; no doy un ochavo por su vida»—dijo la una—. «Muy mal lo pasa también N. N.»—repuso Carlota—. «Como que está todo hinchado»—contestó la otra—. Mi acalorada imaginación me arrebató a la cabecera de los tales desventurados; contemplé con qué repugnancia veían ir a exhalárseles la vida, como... ¡Guillermo! Y mis hembras hablaban de esto como todos... que Fulano expiró. Me resuelvo, voy mirando el cuarto, aquí la ropa de Carlota, allí los papeles de Alberto, estos muebles, y ese tintero, ya mis amigos, y reflexiono: «Hazte cargo de lo que eres en esta casa; todo en todo. Tus amigos te acatan; en ti cifran sus recreos, y tu corazón aparenta que no le cabe existir sin ellos; y allá... cuando te marches, cuando te desvíes de este cerco, ¿sentirán, por cuánto tiempo sentirán el vacío que tu pérdida producirá en su suerte? ¿Por cuánto? Tan frágil es el hombre, que aun donde estriba palpablemente su existencia, en donde su presencia es la única que verdaderamente hace bulto, se ha de borrar, se ha de desvanecer del pensamiento de sus íntimos... y ¡tan pronto!...

27 de octubre.

Es asunto de traspasarse el pecho y volarse los sesos, esto de valer tampoco unos para otros. Cariño, complacencia, ardor, alborozo, si no los atesoro en mí, no me los darán los demás; y con el corazón

cuajado de dichas, no me es dado traspasarlas a quien yace yerto y exánime ante mí.

Por la tarde.

¡Atesoro tanto, y la sensación de ella lo abarca todo! ¡Atesoro tanto, y, sin ella, todo se anonada!

30 de octubre.

¡Cuántos centenares de veces vengo a estar en el disparador de arrojarme a su cuello! Allá, sabe Dios lo que cuesta, a quien está presenciando lo sumo de la excelencia, no atreverse a abalanzarse a ella; el asir es, sin embargo, la propensión más entrañable de la humanidad. ¿No asen los niños cuando les apetece?... ¿Y yo?...

3 de noviembre.

Dios sabe que me suelo acostar con el ansia, y a veces con la esperanza de no despertar. Por la madrugada abro los ojos, veo el sol, y soy desdichado. ¡Ojalá estuviese tan destemplado, que pudiese descargar la culpa sobre el temporal, sobre un tercero, sobre el malogro de una empresa; pues entonces no me alcanzaría sino a medias el peso intolerable de mi despecho! ¡Ay de mí! En demasía estoy sintiendo que toda la culpa es mía... Pero culpa, no. Harto es que en mi seno se abrigue el manantial de toda desventura, como antes el de la felicidad entera. ¿No soy acaso aún el idéntico, que por dondequiera andaba rebosando de sensibilidad, que al dar un paso me venía siguiendo un paraíso, con un pecho

que abarcaba en sus arranques el orbe todo? Y este pecho falleció; ya no hay derrames de afectos; se agotaron mis ojos; y mis sentidos, sin el pábulo vivificante de mis lágrimas, demudan angustiosamente mi rostro. Debo lastimarme, por cuanto he perdido el único regalo de mi vida, aquella sobrehumana y animadora pujanza, que me creó un mundo para mí; voló ya... ¡Cuando me asomo a ver cómo señorean las lejanas sierras y se remonta el sol, arrollando las nieblas y plateando las praderas, y el manso río se desembosca sesgadamente de las arboledas desnudas!... ¡Oh! Cuando esta sublime naturaleza yace tan exánime para mí como un cuadro barnizado, y todos sus primores ni una gota de felicidad pueden exhalar de mi pecho hasta el cerebro, y toda mi máquina está en presencia del Altísimo como una fuente exhausta o como un cubo hendido... me arrojo al suelo y ruego a Dios por lágrimas, como un labrador por la lluvia, cuando el cielo so vuelve de bronce, y la tierra yace sedienta.

Pero, ¡ay!, me hago cargo de que el Señor dispone de riego o la serenidad, sin plegarias nuestras, y siempre que mi cavilación me atormenta, vuelvo a mis recuerdos pasados de cuando era tan venturoso, porque me avenía sufridamente a su voluntad, y cuanta dicha tenía a bien depararme, la recibía con pleno y entrañable agradecimiento.

8 de noviembre.

Me ha reconvenido por mis demasías... pero ¡con tanta amabilidad! Mis demasías, porque a veces, tras

un vasito de vino, vengo a parar en empinar una botella «No haga usted tal—dice—, piense usted en Carlota...» «¡Que piense!—digo–, ¿necesíta usted hacerme tal encargo? Ni pienso, ni cavilo, sino que a toda hora está usted conmigo. Hoy, me senté en el sitio de donde subió usted al carruaje...» Hablóme de cualquier fruslería, para atajarme el camino de engolfarme en mi tema. En esto hemos venido a parar, mi querido; hace de mí cuanto se le antoja.

15 de noviembre.

Te agradezco, Guillermo, ese interés entrañable y ese consejo sanísimo, y así, descansa. Déjame desahogar; pues en medio de tantísimos quebrantos, todavia me queda espiritu para el intento. Venero, como sabes, la religión, y se me alcanza que sirve de báculo para los cansados y de estímulo para los flojos. Ahora bien... ¿Puede y debe ser lo mismo con todos? Si tiendes la vista por el gentío, tropezarás con miles para quienes no existió, miles para quienes no será, amonestados o desatendidos, ¿y ha de existir para mí? ¿No dijo el mismo hijo de Dios, que estarian con él los que le diera el Padre? ¿Y si yo no soy uno de los tantos? ¿Y si el Padre dispone que sea de los suyos, según me dicta el corazón?... Te suplico que no lo interpretes siniestramente, no conceptúes algún escarnio en estas expresiones candorosas; te pongo de manifiesto mi alma toda; para no hacerlo así, enmudeciera; y así, sobre todo eso, que nadie cala al par que yo, no trato de hablar en balde. ¿La suerte humana viene a cifrarse más

que en sobrellevar cada cual su carga y apurar su vaso? ¿Y fué el cáliz para el Dios del cielo en sus labios humanados tan amargo, para que yo me envalentonase, aparentando que me sabia dulce? ¿Y por qué me he de sonrojar en el trance pavoroso en que toda mi esencia zozobra entre el ser y el no ser, donde lo pasado relampaguea en la lobreguez de lo venidero, y en torno de mí todo se derroca, y se hunde conmigo el universo?... ¿Y no es esta la voz de un viviente, acosado hasta en su propio centro, desvalido y despeñado sin recurso, y que allá en lo íntimo de sus entrañas se despacha por los extremos infructuosos de toda su pujanza? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me desamparas? ¿Me avergonzaré de mi invocación? ¿Por qué me he de sobresaltar por el trance de Aquel que todo lo alcanza, y arrolla y desarrolla el cielo como una tela?

21 de noviembre.

No ve, no alcanza, que me está preparando un veneno que ha de dar en tierra con entrambos; y yo, con tan regalada voluptuosidad, sorbo el cáliz hasta la hez, que me va a volcar a mi exterminio. ¿A qué viene esa mirada cariñosa que a menudo... o punto menos... a veces me clava, y el agrado con que agasaja la expresión de mis padecimientos, la lástima por mi sufrimiento, que se estampa en su rostro?

Ayer, al despedirme, tuvo a bien alargarme su mano y decirme: «Adiós, querido Werther»... ¡Querido Werther! Fué la vez primera que me llamó

querido; expresión que se me encarnó hasta los tuétanos. Me la he repetido centenares de veces, y anoche, al ir a acostarme, y estando charlando conmigo mismo, maquinalmente prorrumpí una vez: buenas noches, querido Werther, y no pude menos de echarme a reír de mí mismo.

22 de noviembre.

No puedo pedir a Dios que me la quite, y, sin embargo, se me aparece como mía. No me cabe articular: dámela... puesto que ya es ajena. Desbarro a diestro y siniestro con mis quebrantos; si me abandonara a ellos, escribiría una sarta de contradicciones.

24 de noviembre.

Se impresiona de cuanto padezco. Hoy mismo sus miradas me han traspasado las entrañas. Halléla sola, enmudecí, me miró. No vi en ella ni la hermosura peregrina, ni las chispas de aquel despejo exquisito... todo había desaparecido a mis ojos. Otra mirada más sublime vino a flecharme, y fué la expresión de su entrañable interés, de su lástima en extremo halagüeña. ¿Cómo no me arresté a postrarme a sus plantas? ¿Cómo no osé estrecharla en mis brazos con millares de besos? Guarecióse en su piano, y con voz suave y apocada hermanó armónicos acentos con sus ecos. Vi sus labios angélicos; estaban, como si se abrieran, sedientos para chupar las entonaciones que manaban de su instrumento, para redoblar la modulación que resonaba en su

purísima boca... Sí; ¿podré atreverme a decírtelo?... No resistí más; me incliné jurando: nunca he de arrojarme a estamparos un beso, labios, donde se mece un espíritu celeste... Sin embargo... allá voy... pero, si vieras... me atajaba los intentos como un tabique... ¡Qué bienaventuranza!... Allá me postro para purgar este pecado... ¿Pecado?

26 de noviembre.

Suelo decirme: «Tu suerte es única; ensalza la ajena venturosa... pero nadie como tú martirizado.» Leo luego alguna poesía antigua, y parece que estoy viendo su contenido en mi interior. ¡He de padecer tantísimo! ¿Fueron los hombres de antaño igualmente desdichados?

30 de noviembre.

Ya está visto: no he de volver en mí. Por dondequiera que voy, me asalta una aprensión que me trastorna y desencaja. ¡Hoy! ¡Oh suerte! ¡Oh humanidad!

Salgo al río hacia el mediodía, porque estoy desganado. Todo está desierto; una ventisca heladora sopla de la montaña, y un nublado pardusco va encapotando el valle todo. A lo lejos diviso un hombre, con un mal ropón verde, que trepaba por los riscos, en ademán de estar herborizando. Volvióse, al acercarme, por el rumor de mis pisadas, y vi una estampa agradable, empañada con cierto desconsuelo, donde asomaban unas potencias apreciables. Su negra cabellera, en parte arrollada en un moño

con dos agujas, se le tendia en trenza muy cuajada de toda la restante, por la espalda. Como, atendido su porte, era sujeto de muy mediana esfera, juzgué que no llevaría a mal hiciese alto en su incumbencia; y así, le pregunté: ¿qué era lo que buscaba? «Busco—me contestó con un suspiro entrañable—flores... y no las hallo.» «No es la estación»—le repliqué sonriéndome. «¡Si hay tantas flores!—dijo, acercándoseme—; en mi jardín hay rosas y madreselvas de dos especies, como que la una es regalo del padre, y crecen como la cizaña; ando en pos de ellas hace dos días, y no puedo hallarlas. Por ahí hay a montón flores pajizas, azules y encarnadas, y la planta centáurea cría una flor bellísima. Ninguna encuentro.» Advertí su destemple, y con un rodeo le pregunté para qué eran las flores. Disparó en una risa desencajada, que le inmutó el semblante. «No hay que descubrirme—dijo, apretándose los labios con un dedo—; tengo prometido un ramo a mi amor.»—Lo celebro en el alma—respondí—. «¡Oh! —replicó—trae allá otros quehaceres, y es rica.» Sin embargo apetece—dije yo—su ramillete. «¡Oh —continuó—, ya tiene perlas y corona!»—¿Cómo se llama?—«Si quisieran pagarme mis estados—me dijo —sería yo otro hombre. Por cierto que algún tiempo estuve bien; ahora se acabó. Soy ahora...» Una mirada llorosa hacia el cielo. «¿Sería usted tan feliz?»—dije—. «¡Ojalá lo fuera ahora!—respondió—. Entonces estaba yo brioso, lozano, ágil, como el pez en el agua...» «¡Enrique!—gritó una anciana, que venia de parte del camino—. ¡Enrique! ¿Dónde es-

tás? Te hemos andado buscando por mil parajes; ven a comer.» ¿Es vuestro hijo?—le pregunté, andando para ella—. «Sí, cierto—respondió—; es mi desdichado hijo. El Señor me ha cargado con una cruz bien pesada.» ¿Cuánto hace que está así? «Tan sosegado—dijo—, como medio año. A Dios gracias, se halla tan mejorado, pues antes ha estado un año furioso, con la cadena en la casa de locos. Ahora a nadie incomoda; sólo que anda siempre con reyes y emperadores a vueltas. Era muy quieto y bondadoso; ayudaba a mantenerme, por ser gran pendolista; de repente se puso pensativo, le sobrevino calentura, enloqueció, y se halla cual usted lo está viendo. Si yo me parase a contar, caballero.» Atajéle el torrente, preguntándole cuál era aquel tiempo que él celebra, en que vivía tan feliz y se le hace todavía tan apetecible. «¡Pobre demente!—exclamó con una sonrisa compasiva—. Se refiere a la temporada en que estaba ido; es la que celebra; la de su permanencia en el hospital, en que se hallaba fuera de sí.» Esta expresión fué para mí un centellazo; púsele una monedilla en la mano, y la dejé arrebatadamente. «¡Cuando eras dichoso!—exclamé, atropellándome hacia el pueblo, en que te hallabas en tu elemento, como el pez en el agua... ¡Dios de los cielos! ¿Dispusiste que en la suerte del hombre no cupiese felicidad, sino antes del uso de razón o en su carencia? ¡Desdichado! Y sin embargo, ¡cuánto envidio el destemple y trastorno de potencias en que yaces! Tú andas esperanzado de coger flores para tu reina..., en el invierno..., y te desconsuelas por no

hallarlas, y no alcanzas, porque no das con ellas. Y yo... yo salgo desahuciado y sin objeto, y me vuelvo como vine. Tú sueñas qué hombre serías si te pagasen los estados. ¡Dichosa criatura, que conceptúa toda su bienaventuranza atajada por estorbos humanos! Tú no percibes, tú no alcanzas, que en tu pecho alterado y en el trastorno de tu cerebro estriba tu desventura, que todos los reyes de la tierra no pueden remediar.»

Perezca sin consuelo, quien se mofa de un doliente que viaja en pos del manantial que le agrava su achaque y le hace más doloroso el resto de su vida, el que se sobrepone a toda angustia, y para libertarse de remordimientos y descargarse de cuitas, emprende un viaje a Tierra Santa. Cada paso que estampa en el escabroso camino, es una gota de bálsamo para su alma acongojada, y por cada día que aguanta, va desahogando su pecho... Y ¿llamaréis a esto locura, vosotros los chalanes de palabras?... ¡Locura! ¡Oh Dios, tú estás viendo mis lágrimas! ¿Pudiste tú, que criaste al hombre harto desvalido, darle unos hermanos que le defrauden de esa escasez, de ese asomo de confianza que tiene en Ti, en Ti, Amparador universal? Ahora bien: esa confianza en una raíz provechosa, en los lloros de la viña, ¿qué viene a ser sino confianza en Ti, que en cuanto se nos depara, nos franquea la sanidad y el alivio que por momentos necesitamos? Padre, a quien a conocer no alcanzo; Padre, que embargaste todo mi espíritu, y que sólo has desviado tu rostro de mí, habla, llámame a Ti, pues tu silencio deja

desvalida esta alma sedienta... ¿Podrá un padre airarse de que su hijo vuelva inesperado, se arroje de improviso a sus brazos y exclame: «Aquí estoy otra vez, padre mío; no te enojes de que haya interrumpido las correrías que me impuso tu albedrío.» Por donde quiera es idéntico el mundo: quebrantos y afanes, galardón y complacencia. ¿Qué me importa? Hállome bien donde estás, y a tu vista me avengo a padecer y disfrutar... Y tú, Padre celestial adorado, ¿has de echarle de Ti?

1.º de diciembre.

¡Guillermo! El susodicho, el feliz desventurado, era escribiente en casa del padre de Carlota, y enamorado de ella, con reserva y a las claras, paró en el extremo de arrojarlo a la calle y enloquecer de resultas. Por estas palabras volanderas, te harás cargo del trastorno que se me ha apoderado con tal acaecimiento, el cual me ha referido Alberto con tanta calma como quizá lo estás tú leyendo.

4 de diciembre.

Te suplico... esto es hecho; no puedo más. Sentado hoy junto a ella... sentado, mientras tocaba el piano, variando sus sinfonías; y todo, ¿con qué expresión?... ¡Todo!... ¡Todo!... ¿Qué te diré?... La hermanita aliñaba su muñeca sobre mis muslos. Me enternecí, me incliné, diómo en rostro su anillo de desposada... fué mi lloro un lamento... Vino luego a parar en aquella antigua y sobrehumana sonata, en términos, que se internó en mi pecho una sensación

consoladora y un recuerdo de lo pasado, del tiempo en que oí esos acentos, de los áridos intervalos de aflicciones y malogradas esperanzas, y entonces... Anduve dando vueltas por el cuarto; el corazón se me ahogaba de congoja... «Por Dios—prorrumpí, encaminándome a ella con vehemencia—; por Dios, cese usted...» Paróse, miróme desencajadamente. Werther—dijo con una sonrisa que me llegó al alma—, Werther, usted está muy malo, puesto que su manjar tan regalado le vuelca. Salga usted, se lo suplico, y sosiéguese.» Me arrojé de allí, y... ¡Dios mío, tú estás viendo mi desdicha y la remediarás!

6 de diciembre.

¡Cómo me persigue su estampa! Despierto o soñando me tiene embargada toda el alma. Aquí, cuando cierre los ojos, aquí, en el entrecejo, donde se encuentra mi íntima potestad visual, están clavados sus azabachados ojos. Aquí... no acierto a expresarlo. Desencajo mi vista, y ahí los veo, como un océano, como un abismo, ante mí, en mí, asombrando a todas mis potencias.

¿Qué viene a ser el hombre, el decantado semidiós? ¿No carece del vigor, que le es más indispensable? Y ya se encumbre en sus regocijos o se aterre en sus quebrantos, ¿no tiene igualmente que proceder a ciegas y ensimismarse yertamente, cuando quisiera engolfarse sin término en el piélago pavoroso de la eternidad?

EL EDITOR A LOS LEYENTES

Celebrara en el alma, que nos quedaran hartos testimonios de propio puño acerca de los últimos días memorables de nuestro íntimo, para no hallarme en la precisión de cortar con un relato la serie de sus cartas póstumas.

Esmerándome en recoger especies puntuales de boca de cuantos estaban bien informados de su historia, ésta es tan sencilla, y se van hermanando las noticias, a fin de que aun sus mismas nimiedades se concentren; sólo en cuanto al temple de los varios personajes hay desavenencia y van encontrados los conceptos.

Lo que a mí toca, se reduce a referir concienzudamente cuanto he podido rastrear con mi redoblado ahinco, e insertar las cartas traspapeladas, sin menospreciar el hallazgo de los más menudos billetillos; que es empresa muy ardua desentrañar los verdaderos móviles de una acción, cuando se trata de corazones que no son de condición vulgar.

El desconsuelo y el desabrimiento se iban más y más arraigando hasta lo íntimo del pecho en Wer-

ther, con enlace tan estrecho, que se encarnaron en toda su esencia. El asiento de su espiritu fué al través; un ardor y un vaivén interno, que estragaban a porfía sus potencias, acarrearon unos efectos encontrados, y por fin vinieron a parar en una postración, contra la cual forcejeaba más desesperadamente, que habia antes batallado con un sinnúmero de quebrantos. Su congoja entrañable destroncaba la pujanza de su espíritu, su travesura y su agudeza, terciaba adustamente en el trato, siempre desdichado y siempre descomedido, al par que iban a más sus desventuras. A lo menos esto dicen los amigos de Alberto: afirman que Werther no supo juzgar a aquel hombre pundonoroso y apacible, que, habiendo por fin conseguido la dicha tanto tiempo ansiada, se afanaba en conservarla para lo venidero; Werther, en cambio, consumía por la mañana su tesoro, para luego hambrear y padecer por la noche. Alberto, dicen, nada varió en aquella breve temporada; antes permaneció el idéntico, a quien Werther, desde su llegada, no cesó de apreciar y respetar. Quería a Carlota ante todo, se engreía con ella, y gustaba de que todos la reconociesen como preciosidad incomparable. ¿Era posible considerarle culpable si, aun queriendo desechar todo asomo de recelo, no gustaba de compartir con nadie la excelencia que atesoraba, ni aun en los términos más inocentes? Añaden que, en estando Werther, Alberto solía salirse de la estancia, no por encono o antipatía con su amigo, sino porque había echado de ver que su presencia le ataba.

El padre de Carlota habia enfermado, y envió su carruaje a la hija, que se fué en él con efecto. Hacia un dia apacible de invierno; habia nevado por la primera vez con abundancia, y estaba el suelo cubierto.

Werther, la mañana siguiente, fué en su busca, por si Alberto no iba, con ánimo de acompañarla.

El tiempo despejado nada obraba en su angustiado corazón; un mortal desconsuelo le traspasaba; visiones melancólicas se abalanzaban a su espiritu, y todas sus alternativas eran de una en otra aprensión dolorosa.

Siempre desavenido consigo mismo; la situación de los demás le parecia también más arriesgada y tumultuosa, y creido de que habia alterado la armonia de los consortes se disparaba en reconvenciones contra si, en las cuales tenia ya cabida algún desagrado con Alberto. Solia su pensamiento aferrarse en este objeto: «Si, si—se decia—, mordiéndose rabiosamente los labios; este es el trato llano, amistoso, entrañable, intimo con todos; esta la lealtad sosegada y duradera. Todo se reduce a saciedad y adormecimiento. ¿No le encarna más cualquier interés baladi que su amadisima y preciosisima esposa? ¿Acierta él a apreciar su propia dicha? ¿Palpa los quilates de su mérito? La atesora a sus anchuras. Lo sé, y sé también que me voy familiarizando con el pensamiento de que me va a enloquecer y a matar... ¿Aguanta su amistad estas pruebas? ¿No estará viendo en mi pasión a Carlota una usurpación terminante de sus derechos y en tantas atenciones para con

ella una reconvención tácita? Sé muy bien, lo estoy percibiendo, que me mira con desagrado, que anhela mi lejanía, y que le es gravosa mi presencia.»

Andaba, se paraba, o se volvía por arrebatos; encaminaba luego otra vez su marcha, y en sus confusos pensamientos y soliloquios vino por fin a llegar, involuntariamente, a la quinta.

Asomóse a la puerta, preguntó por el padre y por Carlota, y encontró la casa en una especie de conmoción. El mayorcillo le dijo que había sobrevenido una desgracia en Wahlheim, donde habían muerto a un campesino... Apenas hizo alto en cuanto le dijo. Entró en el cuarto, y encontró a Carlota afanada en amonestar al padre, que, a pesar de su indisposición, se empeñaba en ir al pueblo y al sitio para hacer la pesquisa competente. Ignorábase el malhechor, y, hallado el cadáver a la puerta de la casa, daba sospechas por ser criado de una viuda, quien había antes tenido a otro que salió mal de su grado de aquella colocación.

Al oír esto Werther, marchóse aceleradamente. «¿Es posible?—exclamó—; voy allá; no puedo sosegar un momento.» Se fué volando a Wahlheim, tenía muy presentes las especies, y no dudó un momento que el agresor era el mismo con quien solía hablar, y que había conceptuado tan recomendable.

Al pasar por los tilos para llegar a la taberna donde estaba depositado el cadáver, se horrorizó en el sitio, antes para él tan apetecido. Aquel umbral donde los niños del vecino solían travesear, estaba

salpicado de sangre; el cariño y la confianza, los impulsos más preciosos del hombre, se habian convertido en violencia y asesinato. Los gallardos árboles estaban desnudos y escarchados. La cerca que se arqueaba sobre las paredes del atrio de la iglesia estaba deshojada, y los sepulcros aparecian, por las viseras, todos nevados.

Al acercarse a la taberna, donde toda la aldea se habia agolpado, se oyó un ladrido y se vió a lo lejos una cuadrilla de gente armada, y todos gritaron que traian al matador. Vióle Werther, y no le quedó duda... Así fué: era el mozo enamorado de la viuda, al cual habia encontrado hacia poco batallando acá y allá con el desconsuelo mudo y la desesperación recóndita.

¿Qué muerte es esa, desventurado—exclamó Werther, encarándose con el preso. Este le miró, enmudeció, y prorrumpió con mudo sosiego: «Nadie la tendrá; a nadie tendrá ella.» Lo llevaron a la taberna, y marchóse Werther.

Con la conmoción vehemente y horrorosa, estremecióse hasta lo intimo de su ser. Su abatimiento, su desconsuelo y el abandono de la indiferencia volaron de relámpago; apoderósele un afán incontrastable de salvar al reo; con tal extremo se interesaba por él. Le consideraba tan desdichado y tan inocente en medio de su atrocidad, y se puso tan de medio a medio en su lugar, que conceptuó muy factible el persuadir lo mismo a los demás. Ya anhelaba poder explicarse a su favor, ya le asomaba a los labios un alegato impetuoso; volvió de un vuelo a la quinta,

y no pudo menos de ir diciendo a media voz, cuanto iba a representar al apoderado.

Al entrar en la estancia encontró a Alberto presente, lo que le atajó por el pronto; mas luego se rehizo, expuso al apoderado enardecidamente su dictamen. Este movió un tanto la cabeza; y por más que Werther alegase con suma vehemencia, pasión y propiedad, cuanto cabe en descargo de un reo, no hizo como se comprende, desde luego, la menor mella en el ánimo del juez. Cortóle y le contradijo resueltamente, tachándole de apadrinar a un asesino. Le manifestó que por ese rumbo todas las leyes iban al través, se socavaba la seguridad de los Estados, y añadió que en semejante causa nada podía hacer sin cargar con una responsabilidad enorme, y que todo debía ceñirse al orden y a la marcha prescrita.

No se rindió Werther, sino que se redujo a pedir al apoderado que se desentendiese, si se trataba de ponerlo en salvo por medio de la fuga. Negóse también. Alberto, que por fin terció también en la conversación, se puso de parte del anciano. Werther tuvo que enmudecer, y se echó fuera con una aflicción horrorosa, luego que el apoderado le dijo terminantemente: «Nada; no cabe salvación.»

Con cuánto extremo le traspasaron estas palabras, se echa de ver en un billetillo hallado entre sus papeles, escrito positivamente en el mismo día.

«¡Conque no te has de salvar, desventurado! Ya estoy viendo que no hay salvación para nosotros.»

Lo que Alberto habló por último en el asunto del reo, en presencia del Superior, fué lo que más indis-

puso a Werther. Se le figuraron asomos de pasión contra él, y aunque, por sus reflexiones reiteradas, no se podía encubrir a sus alcances que, quizá los contrarios iban fundados, sin embargo, contraponíase a su íntimo convencimiento, el tener que conformarse a su dictamen.

Una esquelilla sobre esto, y que quizá manifiesta sus relaciones todas con Alberto, se halló en sus borradores.

«¿De qué sirve estarme diciendo y repitiendo que es pundonoroso y leal, al paso que me descuartiza las entrañas? No puedo estar corriente con él.»

Como el día estaba apacible y el tiempo abonanzaba, se volvió a casa Carlota con Alberto a pie, y, entretanto, iba mirando a diestro y siniestro, como si echase de menos a Werther. Alberto se puso a hablar de él, y aun a vituperarle, por cuanto se estrellaba con la equidad, y luego, aludiendo a su aciaga pasión, se mostró deseoso de alejarlo. «Lo apetezco también—dijo—por amor de entrambos, y así te suplico veas de que varíe de conducta respecto de ti, menudeando menos sus visitas. Las gentes lo reparan, y me consta que andamos por ahí de hablillas.» Calló Carlota, y Alberto, calando su silencio, desde aquel punto no se lo nombró más, y si ella le mentaba, o no alternaba en la conversación, o la torcía hacia otros objetos.

La gestión infructuosa de Werther para el rescate del reo, fué el postrer destello de una luz apagadiza. Sumióse más en el quebranto y la inacción, y, sobre todo, salió de sí cuando supo que se trataba

de llamarlo a declarar contra el reo que se aferraba en la negativa.

Cuantos sinsabores había padecido en su vida activa, el sonrojo junto al embajador, cuanto le había desagradado o indispuesto, todo se abalanzó a su espíritu. En virtud de tanto desabrimiento argüía que su elemento era la inacción, se veía aislado, incapaz de hallar algún asidero donde ejercer los oficios de la vida ordinaria; se redujo finalmente, entregado a su extraña sensibilidad, fantasía y arranques perpetuos, a una soledad invariable con el trato desconsolado de una criatura peregrina e idolatrada, cuyo sosiego alteraba con sus potencias disparadas, destroncándose sin rumbo ni objeto, y arrojándose siempre a un paradero lastimoso.

Algunas cartas póstumas son el testimonio más terminante que podemos alegar de su menoscabo, de su pasión, de sus vaivenes y esfuerzos violentos y de su agonía.,

12 de diciembre.

«Amado Guillermo: me hallo en un estado, cual corresponde a quien vive persuadido de que algún espíritu maligno lo está acosando. Viene y se me agarra; no es congoja ni anhelo: es una rabia recóndita que amaga desgarrarme el pecho, que me estruja la garganta... Mal haya mil veces... Vago al azar por los medrosos trances nocturnos de la lóbrega y mortal estación.

Anoche me empeñé en salir. Abonanzaba completamente; supe que iba el río fuera de madre; los arroyos todos rebosando, y de Wahlheim abajo, toda

mi vega del alma anegada. A las once me arrojé fuera. Ofrecíanme el formidable espectáculo de las olas enfurecidas y despeñadas, arremolinándose a la claridad de la luna, arrollando campiñas, praderas y vallados; y el valle anchuroso, a diestro y siniestro, hecho un piélago, contrastando con su saña los bramidos del viento. Y cuando, por fin, la luna encaramada se entronizó sobre los nubarrones lóbregos, y que la riada estruendosa centelleaba a mis ojos, con redoblados y pavorosos reflejos, me estremecí todo, y en alas de mis ímpetus, iba a volar con los brazos tendidos para empozarme allá en el abismo, anheloso tras el alborozo de anegar de una vez mis quebrantos y martirios... ¡Ah! Con el empuje de mis vaivenes los pies no acertaron a elevarse y terminar mis tormentos... Ya estoy viendo que no es llegada mi hora. ¡Oh Guillermo, con qué gloria me desprendería de mi ser, y con cada ráfaga traspasaría las nubes y me abrazaría con las olas! ¿Y acaso este encarcelado no ha de disfrutar con el tiempo tanta dicha?

¡Con qué vehemencia estuve oteando hacia un sitio, donde me senté con Carlota, debajo de un sauce, tras un paseo acalorado!... También estaba anegado, y apenas reconocí el sauce, Guillermo. «¿Y sus prados—recapacité—, y las cercanías de la quinta? Tal vez, volví a reflexionar, el raudal arrollador volcó la glorieta... Me relampagueó todo lo pasado, como a un preso sueños de rebaños, praderas y señoríos... Paréme... No me reconvine, pues tengo ánimo para morir... Hubiera... Y aquí me estoy sentan-

do como una ancianilla, que va recogiendo leña por los vallados y mendrugos de puerta en puerta, para ir alargando por momentos su moribunda y desvalida existencia.»

14 de diciembre.

«¿Qué es esto, Guillermo? Me estremezco de mí mismo. ¿Por ventura no es mi cariño acendrado, fraternal y sobrehumano? ¿Abrigué allá interiormente algún anhelo criminal?... No lo juraré... Y ahora; ¡oh sueños! ¡Cómo aciertan cuantos atribuyen tan contradictorios extremos a extraños agentes! Esta noche, estoy temblando al decirlo... la estrechaba en mis brazos, la arregazaba en mi pecho, y èstampaba en aquella boca, toda amores, millones de besos...; mis ojos se desvanecian en la embriaguez de los suyos. ¡Ay Dios! ¿Soy criminal porque aun ahora mismo me estoy deleitando en recordar con lo íntimo de mi alma aquel calenturiento embeleso?... ¡Oh Carlota mia!... Desfallezco... Volaron mis potencias... Ya van ocho días que carezco de razón... Mis ojos están llenos de lágrimas. Allá y acullá me hallo bien y mal... Nada apetezco... Nada me interesa... Más valiera irme.

La resolución de abandonar el mundo habia por este tiempo, a impulsos de las circunstancias, internádose más y más en el ánimo de Werther. Desde su regreso hacia Carlota, éste fué siempre el postrer término de su perspectiva y de sus esperanzas; pero se aferraba en que no había de mediar precipitación ni temeridad, sino que la persuasión más entrañable

y la determinación más sosegada habían de acompañar este paso.

Sus dudas y contrastes sobresalen en un apunte, que probablemente era el arranque de alguna carta a Guillermo, y ha remanecido sin fecha entre sus papeles.

«Su presencia, su suerte y su interés por la mía, están todavía exprimiendo las postreras lágrimas de mi caldeado cerebro.

»En descorrer el telón y arrojarse viene a cifrarse todo... ¿Qué estremecimiento, qué demora es ésta? ¿Será porque no se alcanza a ver lo que hay detrás y porque nadie vuelve? Es, por cierto, propiedad de nuestra alma el suponer lobreguez y descamino, dondequiera de que nada se sabe a punto fijo.»

Por último, se fué ensimismando y empapando más en su aciago propósito, hasta aferrarse entrañablemente con él, como lo acredita la ambigua carta siguiente a su amigo.

20 diciembre.

«Gracias a tu intimidad, por el concepto que te merecen mis expresiones, tienes mil razones; me estaría bien el ir por allá. La propuesta que me haces para mi regreso no me llena; a lo menos quisiera dar un rodeo, y más cuando la helada firme y el buen camino me están brindando. También me es muy grato el que trates en venir en persona a cargar conmigo; dilátalo, sin embargo, por quince días, y espera todavía otra carta mía con particularidades...

No se ha de antecoger el fruto, y en la tal quincena quedamos dentro o fuera. Te servirás decir a mi madre que ruegue por su hijo, y que le pido mil perdones por cuantos sinsabores he podido ocasionarle. Fué mi suerte el apesadumbrar a quienes debía yo acarrear satisfacciones. Pásalo bien, querido del alma bendígate el cielo todo; pásalo bien.»

Cuales eran a la sazón las aprensiones dominantes de Carlota, y cuales sus impulsos respecto a su esposo y a su desventurado amigo, no acertaremos a deslindarlo; pero, desde luego, en vista de su carácter, podemos formarnos un concepto de aquella alma angelical tan femenina.

Como quiera, es muy positivo, que acordó esforzar la partida de Werther, y si titubeaba era sólo por un miramiento entrañable y amistoso, sabedora del sacrificio que había de mediar, reputándolo casi por imposible. Veíase por entonces más apremiada a hacerlo; su marido seguía callado, y ello la obligaba más aún a evidenciarle con el hecho, cuan cabalmente correspondía a su sentir.

El mismo día de la fecha de la carta recién citada a Guillermo, que era el domingo antes de Navidad, se fué Werther a visitar a Carlota, y la halló sola. Estaba entretenida en arreglar ciertas niñerías para el aguinaldo de las hermanitas. Le habló del gozo que tendrían las niñas y del tiempo en que, al abrir repentinamente una puerta, con la aparición de un árbol de candelillas, cuajado de dulces y manzanitas, les causaba un embeleso celestial. «También

para usted—dijo Carlota—, encubriendo su ofuscación con una sonrisa cariñosa, también para usted habría su presente si se hallase en disposición, aun hay un cirio. ¿Qué significa eso de estar en disposición—exclamó él—. ¿Cómo debo, cómo puedo estar; Carlota del alma? El jueves—contestó—es Navidad; vienen los niños, luego mi padre, en demanda de su porción, en seguida usted... pero no antes.» Werther se sobrecogió... «Debo suplicarle, las circunstancias lo requieren; debo suplicarle, repito, por amor de mi sosiego; esto no puede, no puede seguir así...» Volvió Werther la vista, y empezó a pasearse por el cuarto susurrando entre sus dientes: ¡con que esto no puede seguir así! Carlota, asustada de ver la violenta inmutación con que lo arrebataban estas palabras se afanó con varias preguntas por distraerle, pero sin fruto. —«No, Carlota—exclamó—; no la he de ver a usted más. —¿Por qué?—le preguntó—; usted puede y debe visitarnos con tal que se reporte. ¿Por qué se ha de disparar usted con esa vehemencia, con ese desenfreno, acalorándose por todo? Le ruego a usted—continuó, cogiéndole la mano—. conténgase usted. Ese despejo, esa instrucción, ¡cuántos recursos no ofrecen para explayarse? Sea usted hombre, y despréndase de ese aciago interés por una persona que nada puede ya más que compadecerle...» Mordíase los labios y miraba más desencajado. Estrechóle Carlota la mano, y le dijo: —Vaya, un ratito de sosiego, Werther. ¿No se hace usted cargo de que se engaña a sí mismo, llevando adelante ese empeño? ¿Para qué aferrarse conmigo

que soy ya propiedad ajena?... ¿Conmigo no más? Yo acá estoy recelando que esta misma imposibilidad de poseerme es la que arrebata esos anhelos.» Retiró Werther la mano, mirándola con una vista resuelta y airada. —«¡Qué cordura!—exclamó—. ¡Suma cordura! ¿Será Alberto el autor de tanta discreción? Viva la maña, viva. —Esto se ofrece a cualquiera—contestó Carlota; y ¿no ha de haber por ese mundo muchacha alguna que le hinche a usted sus medidas? Vénzase usted a si mismo y salga a la descubierta, que le juro no puede menos de dar con su hallazgo. Días hace que angustia, por usted y por nosotros, ese emparedamiento en que usted se ha confinado esta temporada. Vénzase usted, pues, y un viajecillo esparcirá ese ánimo. Busque usted y halle un objeto acreedor a su cariño, y vuelto luego por acá, proporciónenos el goce de la fina intimidad.»

«Plática—contestó Werther—, sonriéndose con desvío, propia para darse a la estampa y servir de cartilla a los ayos. Carlota del alma, franquéeme usted un tanto de sosiego, y todo variará. —Con tal de que no venga usted, Werther, hasta la nochebuena.» En esto entró Alberto en el cuarto. Se saludaron friamente, y se pusieron a dar vueltas, todos cortados. Werther apuntó una especie cualquiera que se apuró al golpe. Otro tanto hizo Alberto, quien preguntó en seguida a su esposa por ciertos encarguillos, y entendiendo que no estaban corrientes prorrumpió en algunas expresiones, en dictamen de Werther, frías y aun ásperas. Quería irse y no acer-

taba, y permaneciendo indeciso hasta las ocho su aflicción y despecho iban a más, hasta que viendo la mesa puesta tomó su bastón y su sombrero. Convidóle a cenar Alberto; pero creyendo que era todo mera ceremonia, se lo agradeció friamente y marchóse.

Fuése a casa, quitó la vela al criado que le alumbraba y se metió en su cuarto, donde se estuvo lamentando y hablando a solas interrumpidamente; se paseó arrebatadamente a diestro y siniestro, y por fin se tendió vestido sobre la cama, donde le halló a eso de las once el criado, que se arrestó a entrar y decirle si le habia de quitar las botas. Condescendió, encargándole que no entrase a la madrugada hasta que él lo llamara.

El lunes 22 de diciembre escribió la carta siguiente a Carlota, a quien la llevaron después, habiéndola a su muerte hallado cerrada en su escritorio, y la incluyo aquí de intento, porque aclara las circunstancias en que la extendió.

«Esto es hecho, Carlota; voy a morir; y te lo participo sin disparos anovelados en la mañana del dia que te veré por la vez postrera. Al leer tú, querida de toda mi alma, estos renglones, estará ya cubriendo la yerta losa los restos exánimes de este mal sufrido y desventurado, que, hasta el último punto de su vida, considera como suma bienaventuranza el conversar contigo. Acabo de pasar una noche espantosa, pero al mismo tiempo benéfica, puesto que ha corroborado y consolidado mi resolución. Voy a morir. Al desprenderme de ti anoche, en el disparado

alboroto de mis potencias cuando todo me estaba traspasando las entrañas y me aherrojaba esta desahuciada y acibarada existencia junto a ti... apenas entré en mi estancia, hinquéme de rodillas, y ¡ay Dios! me franqueaste el postrer alivio de un amarguisimo lloro. Miles de proyectos, miles de propósitos batallaban en mi espiritu, y por fin me aferré cabal e incontrastablemente en mi único pensamiento: voy a morir... Acostéme, y a la madrugada desperté sosegadamente, siempre aferrado, de lo íntimo de mis entrañas, siempre invariable en mi propósito: voy a morir. No hay desesperación, es denuedo que acreditará mi holocausto por ti. Sí, Carlota, ¿a qué viene callarlo? Uno de los tres debe quitarse de en medio, y este quiero ser yo. ¡Oh querida mia, en este pecho descuartizado entre sus desvarios ha cabido el de sacrificar tal vez... a tu consorte... a ti... a mi...! Esto es lo que ha de ser... Cuando trepes a esa cumbre, en una tarde apacible, acuérdate de mí, de lo mucho que anduve por esa vega y otea ese cementerio, esa sepultura mia, y ve cómo el ambiente va meciendo la crecida hierba, con los visos del sol en Poniente... Estaba sereno al empezar, y ahora lloro aquí como un niño, pues se me representa todo tan al vivo...»

A eso de las diez llamó Werther a su criado, y al vestirse le encargó, por cuanto dentro de unos días tenia que emprender un viaje, tuviese la ropa arreglada y los baúles corrientes, y con particularidad que pidiese la cuenta, recogiese algunos libros que tenia prestados, y a ciertos pobres que solia socorrer

semanalmente, pagarles la limosna correspondiente a dos meses.

Hízose traer la comida al cuarto, y, acabado de comer, montó para ir a casa del apoderado, a quien no halló en casa. Dió vueltas muy pensativo por el jardín, y parece que se empeñaba en redoblar los recuerdos de todos sus quebrantos.

Los niños le dejaron poco rato en paz, se le abalanzaron y refirieron que a la mañana, y la otra y el día de más allá, tendrían el aguinaldo de Carlota, abultándolo todo con su imaginación traviesa. «¡Con que mañana — exclamó—, y otra mañana, y luego un día!» Los besó a todos cariñosamente, y quiso desviarlos, cuando el menorcillo deseó decirle algo al oído. Le secreteó que los mayores tenían escritos tantísimos billetes para dar el feliz año nuevo; uno para el padre, otro para Alberto y Carlota, y otro para el señor Werther; y que iban a mandárselos el día de Año nuevo por la mañana tempranito. Esto le volcó; dió una cosilla a cada uno, volvió a montar, encargó saludos para el anciano, y se marchó todo lloroso.

Vuelto a casa a las cinco, mandó a la muchacha que tuviese cuidado del fuego hasta la noche encargó al mozo que fuese colocando en el baúl la ropa blanca y los libros, y luego los vestidos; y entonces, probablemente, escribió el siguiente párrafo de su última carta a Carlota:

«No me esperas; crees que seré obediente, y no te he de ver ya hasta la Nochebuena. ¡Oh Carlota! Hoy o nunca. El día de Nochebuena tendrás este papeli-

llo en la mano; temblarás y lo bañarás con tus lágrimas preciosas. Quiero, debo... ¡Cuán bien hallado estoy con mi resolución!»

Carlota, entretanto, se hallaba en una situación indecible. Tras la última conversación con Werther, echó de ver cuán violenta le sería su separación, y cuán dolorosa su lejanía.

Como por vía de preparación, se había dicho que Werther no volvería hasta la Nochebuena en presencia de Alberto, quien se había marchado en busca de un empleado vecino para despachar un negocio, y no debía volver hasta la noche.

Sola, y aun sin sus hermanitas, Carlota se engolfaba en las cavilaciones, que le iban y venían sosegadamente.

Veíase enlazada para siempre con un hombre, cuyo cariño y lealtad estaba experimentando, de quien vivía entrañablemente prendada, cuya apacible confianza había el cielo puesto a su cargo, y, como mujer discreta, debía cifrar allí toda su felicidad; palpaba cuanto trascendía su desempeño sin término, para sí y para sus hijos. Por otra parte, era tan estrecha su intimidad con Werther, y desde el punto de su primer encuentro había dejado asomar tal simpatía, fomentando luego con su trato y los varios trances sobrevenidos, que su afecto vino a encarnarle hondamente en el corazón. Habituada a comunicarle sus pensamientos y arranques todos de alguna entidad, amagábale su ausencia con un vacío mortal para siempre. ¡Si pudiera instantánea-

mente transformarlo en hermano, qué dicha la suya!... ¡Si estuviese en su mano enlazarlo con alguna de sus amigas! ¡Si cupiera el restablecer su armonía con Alberto!

Fué luego pasando reseña de sus amigas, y hallando peros y nulidades a todas; no hubo una a quien de corazón lo franqueara.

Tras este escrutinio, vino a deslindar en lo íntimo de sus entrañas, sin manifestárselo a las claras a sí misma, que todo su afán recóndito y ansioso era atesorarlo para sí misma, añadiendo en seguida que no podía ni debía retenerlo; y su espíritu acendrado, brillante, placentero y socorrido, se empozó en un quebranto que le atajó toda perspectiva de felicidad. Su corazón yacía en cadenas, y un lóbrego nublado le cuajaba la vista.

Eran las seis y media ya, cuando oyó subir la escalera a Werther, y conoció luego sus pasos y su voz, que preguntaba por la señora. ¡Cómo le latía el corazón, por la primera vez—nos atreveremos a decir—, con su llegada! Hubiérase negado; y al verle entrar, exclamó con cierto desentono entrañable: «No ha cumplido usted su palabra. —Nada he prometido—fué su contestación. —Pero algún caso merecían a lo menos mis amonestaciones—replicó—, y más habiéndoselo rogado por el bien de entrambos.»

Sin saber a derechas lo que hablaba o hacía, envió en busca de unas vecinas, para no estar a solas con Werther. Este le dió unos libros que traía, y preguntó por otros; mientras, Carlota estaba en parte deseosa de que vinieran, y en parte de que no,

las amigas. Volvió la muchacha con el recado de que se excusaban ambas.

Encargó a la criada que se trajese la labor al cuarto inmediato; luego tuvo otro pensamiento. Werther se paseaba por el cuarto; sentóse Carlota al piano, empezó un minué, y no acertaba. Volvió sobre sí, y sentóse con sosiego junto a Werther, que había tomado su acostumbrado sitio en el canapé.

«¿Trae usted algo que leer?—le preguntó—. Nada.
—Pues ahí—le replicó—tengo la traducción de usted de algunos cantos de Ossian; todavía no la he leído, y quisiera oírsela a usted; pero desde entonces ni trabaja, ni hace usted nada.»

Sonrióse; tomó las poesías; se estremeció todo al asirlas; se le arrasaron los ojos al irlas hojeando; sentóse, y empezó a leer:

Tu sien bella y centellante,
Antorcha del firmamento,
Al ocaso entre celajes,
Entronizado lucero,
La noche en vislumbres cuaja.
Calló el huracán tremendo,
Y tu luz bañando el bosque,
Ronca el raudal a lo lejos;
La espuma, allá en mil madejas,
se derroca con estruendo;
El enjambre de la tarde
Vuela y zumba por los cerros.
¿Por qué te vas, lumbre hermosa?
Huyes, arrebol risueño,

Y ufano te abraza el golfo,
Baña tu lindo cabello...
Adiós, destello apacible;
Brilla tú, Numen excelso;
Alma de Ossian, resplandece,
E inspírame desde el cielo.
Campea en su poderío;
Ya veo mis deudos yertos;
Ya acuden todos a Lora
Como en sus días más bellos...
Fingal viene, agigantado,
Allá cual vapor inmenso,
Y al par sus héroes; contempla
Al entonador excelso,
Ullin, cano; Rino, erguido;
Alpino, cantor perfecto,
Y tú, Minona amorosa,
Con tus ecos halagüeños.
Amigos de mis entrañas,
¡Qué demudados os veo!
Desde el gran festin de Selma,
Donde en concurso selecto,
Al feliz blasón del canto
Voló vuestro amor intenso;
¡Cómo allá de cumbre en cumbre
El céfiro lisonjero
Doblegó con rumor leve
El césped tupido y tierno!
Allí descolló Minona
En hermosura, sumiendo
Sus miradas abatidas

En lloro amargo y perpetuo.
Suelta su gran cabellera
Volaba a merced del viento,
En cuyas alas bajara
De los empinados cerros.
Contristáronse los héroes
Al oir su lindo acento;
Pues de Salgar tantas veces
La tumba estuvieron viendo,
Tantas veces la morada
Fatal de la blanca Colma.
Colma, allí desamparada,
Con su canto por los cerros,
A su Salgar esperando...
Mas tiende la noche el velo;
Y escuchad la voz de Colma
Que yace sola en el cerro.

COLMA

Anocheció y yazco sola,
En medio de la tormenta
Perdida por esos montes.
Brama el viento por las sierras,
Y aúlla de roca en roca
Más rabioso que una fiera.
No me abriga de la lluvia
Una choza... y la tormenta
Más y más por cada instante
Redobla en mí su braveza.
¡Descuella sobre las nubes,
Oh Luna! Brillad, estrellas;

Guiadme con vuestros rayos
Al sitio donde se acuesta
Mi bien, tras la ansiosa caza,
Con el arco sin saetas,
Y sus canes roncadores.
Sentaréme aquí en la roca
A esperar que la tormenta
Amaine. Y el bravo viento,
Y el aguacero resuenan;
Mas ¡ay! que su voz ansiada
A mis oídos no llega.
  ¿Por qué tardas, Salgar mío?
¿Olvidaste tu promesa?...
Aquí está el raudal sonoro,
Allí el árbol y la peña.
Al asomo de la noche
Hallarte aquí me ofrecieras.
¿Por dónde vas, Salgar mío,
Sin camino ni carrera?
Vuelo contigo, y por siempre
Padre y hermano allá quedan.
¡Qué soberbios! Si se enconan
Sin fin las raleas nuestras,
Yo no seré tu enemiga,
No, Salgar, mi dulce prenda.
  Enmudece un tanto, oh viento;
Un tanto, raudal, te aquieta;
Dejad que mi voz resuene
Por esa anchurosa vega,
Y mi extraviado del alma
Oirla al momento pueda.

Salgar, yo soy quien te llama;
Ahí están árbol y peña.
Aquí estoy, Salgar, mi dueño,
¿Por qué tarda tu presencia?
Ved cuál relumbra la luna,
Y el sesgo río platea;
Allá sobre erguidos montes
Tajadas rocas pardean...
Miro a su cumbre, y no asoma
El adorado, a quien cercan
Sus canes; ¡ay! que no ladran,
Ni sus pasos vitorean,
Anunciando su llegada...
Siéntome sola en su espera.
Mas ¿quiénes son los que yacen
Emboscados por la selva?...
¿Es mi dueño, u es mi hermano?...
Hablad... no responden... yerta
Está el alma... ¿Qué? ¿Finaron?
Sus espadas aun rojean
De la batalla. ¡Ay hermano!
¡Hermano! ¿Por qué a mi prenda,
A mi Salgar degollaste?
¿Por qué, Salgar, de tu diestra
Expiró mi dulce hermano?
Entrambos erais mis prendas.
Descollaba por los cerros
Entre miles tu belleza;
Y aquel era para todos
Formidable en la pelea.
Responded, oid mis voces,

Amores míos... ¡qué pena!
Enmudecieron por siempre,
Rostros yertos como tierra...
Desde las tajadas rocas,
Desde esa excelsa eminencia,
Que allá ronca, habladme sombras;
No me asusta la voz vuestra...
Difuntos: ¿adónde fuisteis
a descansar en la huesa?
¿Entre qué empinados riscos
Os hallaré, en ondas quiebras?
Ningún escasillo acento
Entre los vientos resuena.
Ni entre el bramar de las cumbres
Oigo respuesta halagüeña.
Llorosa y deshecha en ayes,
Ansio el alba que no llega.
Amigos de los finados,
Cavad, preparad la huesa;
Pero hasta el punto que asome
Por allá, tenedla abierta.
¿A qué tardar, si mi vida
cual sueño exhalada vuela?
Moraré allí con los míos
Sobre el raudal que se estrella
Con estruendo redoblado
Entre peñascos... y apenas
Anochezca, allá me arrojo
Por cumbres, vientos y selvas,
Y entono el duelo a los míos
En tristísimas endechas.

El cazador que me escucha
Teme el canto y lo celebra,
Pues lo suaviza el cariño
Que exhalo a mis dulces prendas.

Tal fué tu cantar, Minona,
Hija ruborosa y tierna
De Torman... Todos lloramos
Sin consuelo a sus querellas.
Ullín entró con el harpa,
Y nos dió el canto de Alpino...
La voz de Alpino fué grata.
Un rayo el alma de Rino.
Luego fué su estrecho albergue
Su voz de Selma el hechizo.
Volvía Ullín de su caza,
De los héroes ejercicio;
Y en el monte oyó el certamen
Del canto triste y divino.
De Morar el fin plañían,
De los héroes el más digno.
Otro Fingal en el alma,
Nuevo Oscar en el peligro...
Cayó y lloróle su padre.
Y al par están de continuo
Llorándole sus hermanas;
Minona sus ojos lindos
Baña en llanto, como hermana
Del campeón esclarecido.
Se eclipsó, de Ullín al canto,
Como la luna, en deliquio,

Al occidente se nubla
Con aguacero infinito.
Templé con Ullin el arpa
Para su lloro expresivo.

RINO

Cesó la lluvia
Y cesó el viento.
Roto el nublado
Quedó sereno.
El sol a ráfagas
Baña los cerros;
Rojo el torrente
Corre sin freno,
Desde la cumbre,
Surcando el suelo,
Con su murmullo
Siempre halagüeño;
Pero aun más grato
Es el lamento
Que el fiel amigo
Rinde a los muertos.
Ya cabizbajo
De afán y tiempo,
Sus ojos muestra
Rojos y llenos
De llanto. Alpino,
Cantor excelso,
¿Por qué tan sólo
Entre el silencio
De las montañas?

¿Por qué vertiendo
Estás tu lloro,
Cual vid en medio
Del bosque, o fuente
Allá a lo lejos?...

ALPINO

Por los finados correrá mi llanto;
Los moradores de la tumba canto.
Rino, en denuedo trepador descuellas,
Y la cumbre ostentó tus formas bellas:
Mas luego al par
Del gran Morar,
Tus arrogantes miembros se despeñan,
Y en tu huesa los deudos se desgreñan.
Te olvida ya tu cima idolatrada,
Y flojo el arco yace en tu morada.
Cual de corzo, Morar, veloz tu planta
Por los riscos volaba; y cual espanta
Celeste fuego,
Triunfabas luego;
Fué tu saña huracán, y en lid tu espada
Cual rayo que las selvas anonada.
Roncó tu voz como torrente fiero
Que hinchado se derrumba
Tras inmenso aguacero,
Oh trueno que en la sierra allá retumba.
¡Cuántos, cuántos cayeron por tu brazo!
La llama de tu ira fué su tumba...
Pero vuelto al regazo
De la paz halagüeña,

Con amistoso acento y faz risueña,
Cual bello sol tras tempestad furiosa,
Oh clara luna en noche silenciosa,
Mostrabas el sosiego de tu alma,
Cual cristalino mar en blanda calma.
Estrecha es tu mansión y tenebrosa,
Alcázar de tres pasos; en la huesa
La corpulencia aquesa
Cuatro losas
Ya verdosas
Abarcan; y tan triste monumento,
Con larga hierba y desmochado tronco.
Resuena en soledad el viento ronco,
Y muestra al cazador sobresaltado
La tumba de Morar tan ensalzado.
Madre ni amante, con mortal acento
Su amor te lloran, pues al par murieron...
La anciana de su hado,
La niña, de Morglan, víctimas fueron.
¿Quién el báculo empuña? ¿Quién blanquea
Por la cabeza de vejez, y rojos
Ya de tanto llorar muestra sus ojos?...
Es tu padre, oh Morar, único hijo,
Y cuya gloria militar bendijo.
¡Qué mortandad causaba en la pelea!
Escuchaste su fama esclarecida,
Y nada oíste de su cruel herida.
¡Oh padre de Morar! Llora y más llora;
Tu hijo ensordeció; le cupo en suerte
El sueño de la muerte,
Y un terrón por almohada

Tan solo tiene ahora,
Ni te oye, ni despierta a tu llamada;
No hay para la tumba madrugada,
Ni decir al oido,
Levántate, dormido.
Adiós, oh timbre del linaje humano,
Oh siempre triunfador en las peleas.
En el lóbrego bosque, ya no ufano
Con tu bruñido acero centelleas.
No dejas prole, mas en son subido
Se cantará tu nombre esclarecido;
Y el tiempo venidero allá asombrado
Hablará de Morar, el malogrado.
Sonó de nobles héroes el lamento,
De Armín sublime al suspirar violento.
Cantó del hijo la virtud temprana,
Cual flor, muriendo en mocedad lozana.
Principe de Galmal, valle sonoro,
Carmor sentóse en el augusto coro.
¿Por qué solloza Armín—dice—el lloroso?
¿A qué mostrarse aqui tan pesaroso?
¿No es mejor entonar tiernos cantares
Que destierran el llanto y los pesares?
La endecha es niebla que del mar se encumbra,
El valle anubla, el caliz de las flores
Cuaja de perlas, pero el sol relumbra,
Y la niebla a sus vivos resplandores
Huyó... ¿A qué, pues, gemir con tal empeño,
Del marítimo Corma, Armín, el dueño?
A redoblar sin fin mi triste canto
Harto me fuerza mi mortal quebranto.

Tú ni mozo, ni moza floreciente,
Carmor, perdiste; vive ese valiente
Colgar, y vive la tu Amira bella,
Que en dones mil descuella.
Carmor, con dos pimpollos ¿quién campea
Cual tú?... en Armin expira su ralea;
Tu mansión es, o Daura, tenebrosa,
Mudo en tu huesa el sueño.
Despierta con tu cántico halagüeño,
Con tu voz melodiosa...
Alzaos, vientos de otoño; alzaos, ea;
De vuestra saña campo el bosque sea:
Ronca, aúlla, raudal; con furia loca,
Tormenta, encinas en montón derroca;
Plácida luna, el nubarrón cuartea;
Cambiando ve tu rostro macilento,
Recuérdame la noche pavorosa,
El aciago momento,
En que expiró mi prole generosa,
Mi valiente Arindal, mi Daura hermosa.
Daura, hija mía de sin par belleza,
Cual luna que en raudal vierte su lumbre
De Fura en alta cumbre,
Tez de nieve al caer, de hablar precioso,
Cual el soplo del céfiro oloroso.
Arindal, con gallarda gentileza,
Ya el arco preparando,
Ya el rápido venablo disparando,
Tu mirada en la lid dejaba mudo,
Y rayo en la tormenta era tu escudo.
Armar, aquel guerrero decantado,

Al cariño de Daura aspiró osado:
Fué acogido su intento,
Y mi bando esperó bienes sin cuento.
Hijo de Odgal, Erat, siempre enconado
Contra Armar, que mató al hermano amado,
En traje de marino,
Sobre lindo bajel oculto vino.
Cano y sereno, de formal semblante,
Exclamó: hija amable y arrogante
De Armín, en la alta roca allá te espera
Armar que te idolatra en la ribera;
Y yo vengo a llevar su prenda amada
Contrastando la mar alborotada.
Siguióle Daura por su Armar clamando;
La roca sola el eco redoblando
Responde: Armar, Armar, mi bien, mi encanto,
¿Por qué me afliges tanto?
Hijo de Arnat, contesta:
Daura te llama ansiando tu respuesta.
Erat aleve se emboscó riendo;
Daura esforzó la voz, venid, diciendo,
Acá Armín y Arindal, padre y hermano,
¿No rescatará a Daura auxilio humano?
Voló sobre los mares su alarido;
Arrójaste Arindal, mi hijo querido,
Tras la caza afanado,
Las saetas resuenan a su lado;
El arco empuña; en torno cinco fieros
Guardianes son sus fieles compañeros.
Viendo allá por la playa a Erat osado,
Ya, ya le prende,

Y a una robusta encina, el vil, atado
Con gemidos sin fin el aire hiende.
Surca Arindal las olas con su leño
En pos de Daura; Armar en crudo ceño
Llega y dispara el emplumado dardo
Que zumba, y ¡ay! tu corazón gallardo
Traspasa, oh mi Arindal, hijo precioso.
En vez de aquel Erat, el alevoso,
Expiras tú, y al par el frágil leño
Zozobra entre las rocas con su dueño.
Baña tus pies la sangre del hermano.
Daura, y redoblas tu lamento en vano.
¡Ay que el barco se estrella!
Y Armar vuela a salvar su Daura bella,
O morir... sopla tramontana luego
Y hunde en las olas al amante ciego.
En la azotada peña yo aislado
Oi el lamento de la hija mia;
Agudo el alarido y redoblado
Fué... mas salvarla el padre no podia.
La noche toda en el confin clavado
Del mar, cual sombra apenas la veia
Allá a la luna... mas su voz oia...
El huracán bramaba,
Recia lluvia las faldas azotaba
Del monte; y su tristísimo alarido
Más y más se apocaba...
Antes del alba, cual ambiente blando
De la tarde entre el césped expirando,
Dejó de ver la lumbre,
Abrumada de inmensa pesadumbre.

Armin quedó abatido y solitario.
Y yo, aquel temerario,
En las lides flaqueo,
Y más en el pomposo galanteo.
Cuando entre cumbres la tormenta brama,
Cuando el norte alza el mar, y el aire inflama,
Me siento en la ribera estremecida,
Y contemplo la roca aborrecida,
Absorto en el fracaso,
Ya inclinada la luna hacia el ocaso,
Estoy viendo a mis hijos hermanados
Volar entre vislumbres, contristados...»

Prorrumpió Carlota en un torrente de lágrimas, y, para franquear algún desahogo a su pecho comprimido, atajó la canturria de Werther. Este soltó el papel, le asió la mano, y se la bañó en lágrimas de amargura. Carlota, apoyada sobre la otra, acudió luego con el pañuelo a enjugarse el llanto La conmoción de entrambos era violentísima. La suerte de los héroes era el retrato vivo de su desdicha, latía de mancomún en sus pechos, y sus lágrimas se juntaban. Abrazado Werther con Carlota, sus ojos y sus labios se enardecían; estremecióse, quiso huir Carlota, pero el quebranto y el interés la entorpecían y ataban cual una mole de plomo. Esforzó el aliento para rehacerse, y le suplicó encarecidamente, sollozando y con insistencias angelicales, que continuase. Trémulo Werther, con el pecho entumecido, alzó el papel y siguió interrumpidamente:

¿Para qué, cefirillo, dispertarme?
¿Para qué con halagos engañarme?
Maná celeste mis sentidos baña;
El plazo vuela y mi verdor empaña;
Ya asoma la tormenta
Y brama y se acrecienta,
Y llega y me despoja
De mi lozana hoja.
Mañana ha de venir el viandante
Que logró verme en mi beldad brillante.
Su vista con ahinco ha de buscarme,
Y otea la campiña, y no ha de hallarme.

La pujanza toda de estas palabras se desplomó sobre los desventurados. El se arrojó desesperadamente a Carlota, le asió las manos, las estrechó contra sus ojos y su frente, y le estampó como un arranque de su propósito pavoroso que se le apoderó del alma. Carlota, fuera de sí, le apretó las manos, las estrechó contra su seno, inclinósele con un impulso entrañable, y tocáronse sus mejillas. El mundo desapareció para ellos. Enlazóla Werther en sus brazos, estrechóla a su pecho, y estampóle, en sus labios trémulos y tartamudos, desaforados besos. «¡Werther!—exclamó ella con la voz anudada, desviándose—. ¡Werther!» Y le apartaba blandamente el pecho del suyo. ¡Werther!—clamaba con el tono apocado de un arranque pundonoroso. No se aferró; desenlazándose de sus brazos, se postró a ciegas a sus plantas. Levantóle Carlota, y, con ansioso trastorno, en el vaivén del cariño y de la ira, dijo: «Esta

es la despedida, Werther; no me verá usted más.» Y, con un mirar intenso de pasión y de lástima, corrió atropelladamente a encerrarse en el cuarto inmediato. Werther, con los brazos tendidos, no se arrestó a detenerla. Sentóse en el suelo, recostando la cabeza en el canapé, y así permaneció como media hora, hasta que cierto rumor le hizo volver en sí. Era la doncella, que iba a cubrir la mesa. Paseóse por el cuarto, y, viéndose otra vez solo, se fué a la puerta del gabinete, y, con voz muy queda, llamó: «¡Carlota! ¡Carlota! Siquiera una palabra, un adiós...» Calló... Esperó él, y suplicó, y esperó todavía... Al fin marchóse, exclamando: «¡Adiós, Carlota! ¡Adiós para siempre!»

Fuése a la puerta del pueblo; la guardia, que lo conocía, le franqueó la salida; forcejeó con la lluvia y la nieve, y volvió a las once. El criado reparó que su amo volvía a casa sin sombrero. No se atrevió a decírselo, y, al desnudarlo, vió que estaba todo empapado. Hallóse después el sombrero en una peña, a la falda del cerro que mira a la vega; y no se alcanza cómo en una noche tan lóbrega y lluviosa acertó a volver sin tropiezo.

Acostóse, y durmió un rato. A la madrugada, el mozo, al entrarle el café que había pedido, le encontró escribiendo lo que sigue, en forma de carta, a Carlota:

«Por despedida, pues; por despedida, abro los ojos; ya no han de ver más el sol; yacen encapotados tras un toldo revuelto. Enlútate, Naturaleza, puesto que este tu hijo, tu amigo y tu amante está asomado al

postrer trance. ¡Qué sensación tan sin igual, Carlota, que se acerca al sueño amortiguado, la de decir: ¡esta es la mañana última! ¡La última, Carlota! Ninguna mella me causa esta palabra: última. Heme aquí en mis potencias todas, y mañana yazco tendido y yerto en el suelo. ¡Morir! ¿Qué viene a significar esto? Estamos soñando al hablar de la muerte. He visto morir a varios; pero la Humanidad es tan obtusa, que no le cupo alcanzar el arranque ni el término de su existencia. Todavía soy mio... tuyo, tuyo, adorada mía... Y, en un momento, separados, desviados... quizás para siempre... No, Carlota, no... ¿Cómo puedo fenecer? ¿Cómo has de fenecer tú? De hecho existimos... ¡Fenecer! ¿Qué viene a significar esto? No es más, repito, que una voz, un sonido huero y sin sentido para mi corazón. Muerto, Carlota, enterrado en el suelo estrecho, lóbrego, yerto. Tuve una amiga, que era el todo de mi desvalida mocedad; murió, seguí el cadáver, me asomé al sepulcro, descargáronse los portadores, susurró la cuerda al bajar y subir, sonó allá abajo la primera palada, resonó hondamente el ataúd estrecho, fué a menos y a menos el eco, y quedó por fin encerrada. Arrojéme sobre la huesa, atónito, conmovido, angustiado, con las entrañas traspasadas, sin saber lo que me sucedía... ni lo que me ha de acontecer. ¡Morir! ¡Túmulo!... No comprendo estas palabras.

Perdona, perdona.. ¡Ayer! debió ser el punto final de mi vida. Angel mío, por la vez primera, por la primera vez, ciertamente, encarnó y abrazó mi más íntimo ser la sensación del sumo deleite. Arde todavía

en mis labios aquel sobrehumano fuego que despedían los tuyos... Me ama, sí, me ama... Nueva y fogosa delicia riega mis entrañas... Perdona, perdona.

Sabía yo que me correspondías; súpelo desde tu primera mirada del alma, desde el primer estrechón de mano; sin embargo, al hallarme lejos de tu lado, al ver a Alberto junto a ti, zozobré con vaivenes calenturientos.

¿Recuerdas aquellas flores que me enviaste cuando allá en la aciaga concurrencia no tuvimos arbitrio para hablarnos y darnos la mano? Pasé media noche arrodillado ante el ramillete, que era el sueño de tu cariño. Aquellas impresiones, ¡ay de mí!, ya volaron, como el agradecimiento a las finezas de su Dios se suele borrar del alma de los creyentes, cuando llegan a disfrutar las muestras palpables de la bienaventuranza.

Todo eso es pasajero, pero ni la misma eternidad alcanzará a desvanecer la vida intensísima que disfruté ayer en tus labios, y que estoy todavía paladeando... Me ama... Estos brazos la estrecharon, estos labios se desalaron sobre los suyos, y esta boca tartamudeó contra la suya. Ella es mía... Sí, Carlota, mía eres para siempre.

¿Y qué sirve que Alberto sea tu consorte? ¡Consorte!... Lo será para este mundo; y para este mundo peco amándote, y queriendo arrebatarte de sus brazos a los míos... ¿Pecado? Corriente; y allá va mi castigo; ya he gustado con toda la plenitud de la bienaventuranza ese pecado, empapando todo mi corazón en el bálsamo y la pujanza de la vida. Tú,

desde ese punto eres mía; mía, Carlota. Allá me adelanto; voyme hacia mi padre y hacia el tuyo. A él clamaré, y me consolará hasta tu llegada; y entonces vuelo a tu encuentro, te abrazo y vivo contigo en presencia del infinito, con enlace perpetuo.

No sueño, ni deliro; asomado al sepulcro, todo se me despeja. Renaceremos y nos reuniremos. Veré a tu madre, la veré, la hallaré, le explayaré lo íntimo de mi corazón. ¡Tu madre! ¡Tu imagen!»

A eso de las once, preguntó Werther a su criado si Alberto estaría ya de vuelta. Respondióle que sí, por haber visto pasar su caballo; y entonces le dió una esquelilla abierta con este contenido:

«¿Tendrá usted a bien prestarme sus pistolas para el viaje que tengo dispuesto? Páselo usted muy bien.»

Desvelóse la peregrina dama la última noche; presintió el aciago paradero, muy diverso de cuanto pudo presumir y temer; su sangre acendrada y apacible se disparó en arrebato calenturiento, y mil violentos latidos desgarraban su corazón candoroso. ¿Habiasele internado el fuego de los abrazos de Werther? ¿Indignábase por su temeridad? ¿Parangonaba amargamente su estado actual con aquellos días bonancibles de inocencia intacta y desahogada, tan bien hallada consigo misma? ¿Cómo le saldría al encuentro a su marido? ¿Cómo noticiarle un lance, que, aun cuando osase comunicárselo, no se atrevía a comunicárselo a sí misma? Después de haber estado tanto tiempo silenciosos, ¿sería ella la que

desenmudeciese, y que tan inoportuna e inesperadamente le hiciese aquella manifestación? Desde luego se recelaba que la mera participación de la visita de Werther había de amargarle, cuanto más la relación del impensado trance. ¿Podía vivir esperanzada de que el marido lo tomaría, sin rastro de preocupación anterior, bajo un sesgo favorable? ¿Y podía apetecer que la sondease y registrase sus interioridades? ¿Y, en fin, acertaría a ocultarse para con un hombre, ante quien, como en un espejo, se retrataban siempre los más recónditos arcanos de uno y otro? Y luego su mayor afán, su conflicto sumo era volver el pensamiento a quien yacía desahuciado, a aquel Werther que no podía echar de sí al desventurado que le era forzoso abandonar, y que, en habiéndola perdido, ya nada le venía a quedar.

¡Cuán arduo aparecía lo que, por el pronto, no alcanzara a comprender, esto es, el encuentro de ambos en ella, el desacuerdo firme y decidido. Unos hombres tan cuerdos y bondadosos se habían reservado las desavenencias íntimas, y ateniéndose siempre a la razón propia y a la sinrazón ajena, se enmarañaban y entretejían las disensiones en tal extremo, que se imposibilitaba el desanudarlas y aislarlas en el trance crítico. Si una confianza mutua y venturosa se hubiese antes entablado, donde el cariño y la previsión estuviesen siempre alerta para atajar los descarríos del corazón, quizá nuestro amigo aportara a salvamento.

Mediaba la circunstancia de que Werther, como

nos consta por sus cartas, no embozaba su anhelo de quitarse de en medio. Solía contrastárselo Alberto, y aun había sido materia de conversación repetidamente entre los consortes. Alberto, de suyo mal hallado con el intento, varias veces allá con cierta vehemencia, ajena de su temple, había dado a entender que no le cabían en la cabeza las veras con que solía aparentar semejante propósito; por tanto, se había propasado a ciertas chanzas, franqueando sus escasas creederas con Carlota. Bajo cierto viso, se sosegaba entonces su espíritu, despavorido con sus aprensiones; por otra parte se consideraba así atajada, en su ánimo de comunicar a su esposo el afán que la martirizaba.

Llegó Alberto, y le salió Carlota arrebatadamente al encuentro; estaba alterado por el malogro del negocio que traía con un vecino empleado, que se le mostró tacaño e inflexible; y lo trabajoso del camino le había indispuesto de remate.

Preguntó si había novedad, y ella le contestó apresuradamente: «Werther estuvo anoche.» Preguntó por sus cartas, y le dijo que había algunas con otros pliegos en su cuarto. Subióse a él, y Carlota se quedó sola. La presencia de un marido, a quien quería y reverenciaba, había causado nueva impresión en su interior. La consideración de su pundonor su cariño y su bondad, había serenado su ánimo, y le suscitó el arranque de seguirle; tomó su labor, y se subió a su estancia, como solía hacerlo. Hallóle afanado en abrir y leer sus pliegos, y no todos, al parecer, eran de su agrado; hízole Carlota

alguna preguntilla, a la cual contestaba muy lacónico, y se puso luego a escribir en su bufete.

Permanecieron así como una hora, y siempre se le fué más anublando el ánimo a Carlota. Se hizo cargo de cuán arduo sería desentrañar de su corazón aquel secreto con su esposo, aun cuando estuviese de temple muy placentero; y le sobrevino una congoja tanto más intensa cuanto procuraba encubrirla y tragarse las lágrimas.

Al asomar el mozo de Werther se agravó su conflicto; alargó la esquelilla a Alberto, quien sosegadamente se inclinó hacia su esposa, y le dijo: «Dale las pistolas»; y vuelto al muchacho, «que tenga feliz viaje». Esto fué un centellazo para ella: iba dando traspiés, enajenada toda. Se fué acercando pausadamente hacia la pared, descolgó temblando las armas, les limpió el polvo, y no acababa de entregárselas, hasta que una mirada significativa de Alberto arrolló su irresolución. Dió el fatal instrumento al mozo, sin acertar a proferir una palabra, y apenas se marchó el portador recogió su labor, y se encaminó a su cuarto en el vaivén de la más rematada incertidumbre. Horrorizábanla los anuncios de su corazón. Tan pronto le asaltaban impulsos de arrojarse a los pies del marido y ponerle de manifiesto la ocurrencia sobrevenida, su yerro y sus zozobras, como echaba de ver el malogro de su intento, sin recabar de Alberto que fuera a la casa de Werther. Estaba cubierta la mesa, y cierta buena amiga que había ido a hacer una pregunta y marcharse en seguida, se quedó por fin; terció mediana-

mente en la conversación y hubo de violentarse a hablar, esparcirse y distraerse.

Llegó el mozo con las pistolas, dáselas a Werther desaladamente al saber que iban de mano de Carlota; se hace traer pan y vino, manda al criado que se vaya a comer, y se pone a escribir:

«Pasaron por tu mano, limpiásteles el polvo; las beso mil veces recién tocadas por ti... ¡Y tú, angel del cielo, favoreces mi resolución! ¡Tú, Carlota, me aprontas el instrumento; tú, de cuya diestra ansiaba recibir la muerte, y ¡ay de mí! la recibo! Infórmame el mozo que temblabas al alargárselas, sin la menor despedida... ¡Oh, malhaya, malhaya!... ¡Ni un adiós siquiera! ¿Me habías de cerrar tu pecho por causa del trance que me ha estrechado contigo para siempre?... Carlota, ni los siglos de los siglos borrarán este cariño, y mis entrañas me están diciendo que no puedes llevar a mal los extremos de quien te idolatra.»

Mandó al mozo, después de comer, que lo empaquetase todo; rasgó varios papeles, salió y dejó corrientes algunas deudas. Volvió a casa, marchóse de nuevo, y saliendo del pueblo se estuvo paseando en medio de la lluvia por el jardín del conde; se explayó luego por el campo, y volviendo al anochecer escribió:

«Guillermo: acabo de ver por la vez postrera el campo, la selva y el cielo. Adiós, tú también. ¡Perdóname, madre mía! ¡Consuélala, Guillermo! ¡Ben-

digaos el Altísimo! Mis asuntos quedan todos corrientes; nos volveremos a ver más complacidos.

»Portéme mal contigo, Alberto, y me habrás de indultar. He alterado la paz de tu casa con la cizaña de la desconfianza. Adiós; esto llegó a su término. ¡Así con quitarme yo de en medio vinieses a ser dichoso! Alberto, Alberto, haz feliz a ese ángel y que la bendición del Señor se perpetúe en tu morada.»

Anduvo todavía papeleando por la noche; hizo una porción de pedazos y los arrojó a la lumbre; cerró un pliego con el sobre a Guillermo. Contenía ciertos bosquejillos y pensamientos sueltos, habiendo tal cual de ellos llegado a mis manos. Luego, como a las diez, mandó avivar el fuego y traerle una botella de vino; haciendo que se acostase el criado, que tenía su dormitorio como los demás huéspedes, desviado a la espalda, el cual se echó vestido, por cuanto le había dicho su amo que a las seis de la madrugada acudirían a la puerta los caballos de la posta.

Después de las once

«Todo en torno de mí está sosegado al par de mi espíritu. Doite gracias, mi Dios, porque en este último trance me franqueas tan denodado brío.

»Me asomo, dueño mío, y allá estoy viendo entre los nubarrones revueltos y tempestuosos, tal cual estrella del cielo sempiterno. No caeréis, no; el Hacedor os abriga... como a mí... en su pecho. Estoy allá viendo las estrellas delanteras del carro, mis as-

tros queridos del alma. Al desviarme anoche de ti, al atravesar tus umbrales, los tenía enfrente. ¡Con qué embeleso los contemplé miles de veces, y con las manos tendidas les tomé por nortes para encaminarme a mi bienaventuranza!, y todavía... ¡Oh Carlota! ¿Qué habrá que no me recuerde a ti? ¿Dónde no me estás presente? ¿No he estado, a manera de niño, arrebatando para mí desaladamente cuantas fruslerías hubieres llegado a tocar?

»Adorado retratillo: allá te lo devuelvo por vía de manda, y te suplico que lo custodies. Miles y miles de besos estampaba en él, y miles de saludos le rendía al salir y al volver a casa.

»Ruego al padre por medio de una esquelilla que se sirva resguardar mi cadáver. En el atrio de la iglesia, a la esquina que mira al campo, hay dos tilos, a cuyos pies anhelo descansar. Puede, y no dejará de hacerlo por un amigo, y más si tú se lo recomiendas. No trato de pedir a los fieles cristianos que coloquen sus restos junto a los de un triste desventurado. ¡Ay!, quisiera que se me enterrase en un camino o en un valle solitario, para que sacerdotes y levitas pasasen de largo con sus bendiciones, y los samaritanos derramasen alguna lágrima.

Aquí estoy, Carlota, no me estremezco al empuñar el yerto y pavoroso cáliz, en el cual voy a beber el sueño de la muerte. Tú me lo brindas, y no me emperezo. Aquí se cifra todo, y así se cumplen todos los anhelos y esperanzas de mi vida. Tan sereno y tan erguido descargo el aldabazo sobre la puerta herrada de la muerte.

»Es hacerme partícipe de la dicha el morir por ti, por ti, Carlota, rendirme en holocausto. Moriría animoso, moriría placentero, con tal que pudiera restablecerse el sosiego y el júbilo de tu vida. Pero ¡ay! quizá no ha cabido en suerte a muchos héroes el derramar la sangre por los suyos, y con tal sacrificio acarrearles una nueva y centuplicada vida.

»Con esta ropa, Carlota, quiero ser enterrado; quedó santificada con tu contacto, y así se lo suplico también a tu padre. Mi alma vuela ya en torno del ataúd. No hay que registrar mis bolsillos. Aquellos lazos rojizos que llevabas al pecho, la primera vez que te vi con los niños (bésalos mil veces, y particípales la suerte de su desventurado amigo, los preciosos del alma siempre me bullen al derredor; ¡cómo me aferré desde el primer momento en que no podía desviarme de ti!)... estos lazos se han de sepultar conmigo; ¡me los enviaste en mi cumpleaños! ¡Cómo me empapaba en tales logros!... ¡Ay de mí! No soñaba que tendría este paradero... Paz, paz, te lo suplico.

»Ya están cargadas... ¡las doce!... Ea, pues... ¡Carlota, Carlota, adiós, adiós!»

Un vecino vió el fogonazo y oyó el estallido; pero, como todo permanecía sosegado, no paró más la atención.

Por la madrugada, a las seis, entró el criado con luz; halló a su amo en el suelo, la pistola y la sangre. Lo llamó, lo afianzó, no respondía; pero aun le seguía el ronquido. Corrió en busca de facultativos

y de Alberto. Carlota oyó la campanilla, y un temblor se apoderó de todos sus miembros. Despertó a su marido, levantáronse; el criado, sollozando y titubeando, les dió la noticia; Carlota se tendió desmayada delante de Alberto.

Vino el médico, halló en el suelo y dió por desahuciado al infeliz, y aunque le latía el pulso tenía todos los miembros estropeados. Se había disparado sobre el ojo derecho y voládose los sesos. Abriéronle, aunque por demás, una vena en el brazo; corrió la sangre, y seguía alentando.

Por la sangre en los lados de las sillas se echaba de ver que, sentado ante el bufete, se había disparado, y luego en la convulsión se había volcado al suelo. Con el desfallecimiento se había respaldado cerca de la ventana, vestido enteramente con el frac azul y la chupa amarilla.

Huéspedes, vecinos y pueblo, todos acudieron en conmoción. Entró Alberto. Habían puesto a Werther en la cama y vendádole la frente. Estaba inmoble y con el semblante cadavérico. Los pulmones, ya más, ya menos, le roncaban horrorosamente y se estaba acabando por puntos.

Había bebido un vaso del vino, y tenía abierto sobre el bufete «Emilia Galoti».

No hay que ponderar el trastorno de Alberto y los lamentos de Carlota.

El anciano apoderado acudió traspasado al primer aviso, y besó al moribundo, con lágrimas entrañables. Sus mayorcitos vinieron en seguida a pie, y se sentaron a la cabecera, con ademanes de un que-

branto incontrastable le besaron las manos y la boca; y el mayor, que siempre le había merecido especial privanza, se clavó en sus labios, hasta que se hizo indispensable el separarlo y sacarlo a viva fuerza. Expiró por fin al mediodía. La presencia y disposiciones del apoderado evitaron un alboroto. A eso de las once de la noche se le sepultó en el sitio que habia escogido. El anciano y los niños asistieron al entierro. Alberto no pudo. Zozobraba la vida de Carlota. Menestrales fueron los portadores, sin acompañamiento de eclesiásticos.

FIN

ÍNDICE

Pág.



COLECCIÓN UNIVERSAL

PUBLICACIONES EN CURSO

Poema del Cid.—Texto y traducción. — La prosificación moderna ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios históricos.

LOPE DE VEGA.—*Fuente Ovejuna.*— Comedia.—La edición ha sido cuidada por Américo Castro.

M. KANT.—*La paz perpetua.*—Ensayo filosófico.—La traducción del alemán ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

O. GOLDSMITH.—*El Vicario de Wakefield.* Novela.—La traducción del inglés ha sido hecha por F. Villaverde.

LA ROCHEFOUCAULD.—*Memorias.*—La traduc-



ción del francés ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española.—*Relaciones contemporáneas.* Novelas breves.

P. Mérimée.—*Doble error.*—Novela.—La traducción del francés ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

Stendhal.—*Rojo y negro.*—Novela. (Tomos I y II)—La traducción del francés ha sido hecha por Enrique de Mesa.

Villalón.—*Viaje de Turquía.*—La edición ha sido cuidada por Antonio G. Solalinde.

L. Andreiev.—*Sachka Yegulev.*—Novela. La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

C. Castello-Branco.—*Novelas del Miño.* La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suarez.

Cicerón.—*Académicas.* La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

ANTONIO MACHADO.—*Soledades, Galerías y otros poemas*, 2.ª edición.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares*. (Tomo I.) (La Gitanilla y El Amante liberal.)

TIRSO DE MOLINA.—*El condenado por desconfiado*.—Comedia.—La edición ha sido cuidada por Américo Castro.

Y otras obras de Madame de Stael, Kuprin, Estévanez, Calderón, Plutarco, George Eliot, Ruiz de Alarcón, Massimo d'Azeglio, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso, etc.




Digitized by Google